Lydia Cacho

#ELLOSHABLAN

Testimonios de hombres, la relación con sus padres, el machismo y la violencia

Grijalbo

Lydia Cacho

#ELLOSHABLAN

Grijalbo

«El machismo es la idealización de la violencia como medio, como fin, como instrumento educativo coercitivo; es una trampa que normaliza lo inaceptable.»

Con estas palabras Lydia Cacho define el punto de partida de este libro imprescindible. **#EllosHablan** son testimonios de diversos hombres que hablan de su infancia y ponen en evidencia la violencia que vivieron en su entorno. Ellos nos dejan ver cómo en el ambiente hogareño y hostil, los niños normalizan aquello que más tarde detonará en relaciones verticales, violentas y discriminatorias que avalan un sistema de impunidad y paternalismo salvaje.

Lydia Cacho va a contracorriente de nuevo; acompaña a los hombres a mirarse al espejo en busca de un diálogo abierto para entender los orígenes de la violencia. La autora nos invita a pensar desde otro lugar para desmenuzar esto que llamamos "el hombre normal". Una investigación que busca replantear el liderazgo masculino; cuestionar la sumisión ante la violencia a fin de que niños y jóvenes tengan nuevos asideros para construir su identidad sin atavismos.

«El machismo es como una prisión bajo tierra. Un lugar rabioso, sobrepoblado y solitario a la vez. En ese sitio, todo se trata de romper a otros o que te rompan. Y uno descubre que está allá abajo un día, que está desde niño. Y entonces, a veces, uno decide escalar, rasparse, golpearse, arañarse y alejarse todo lo posible. Porque si hay una mejor vida que esa, seguro que está en otro lado.»

-Antonio Ortuño, escritor

JFSJ2 ESTUDIOS DE GÉNERO: HOMBRES
ISBN 978-607-316-714-7

www.megustaleer.mx
/megustaleermexico
@megustaleermex
Grijalbo

Lydia Cacho

#ELLOS HABLAN

Testimonios de hombres,
la relación con sus padres,
el machismo y la violencia

Grijalbo

PARTE 1

Palabra de hombre

Índice

Introducción

Confesiones personales 13

Parte 1
Palabra de hombre

Ignacio 43
Claudio. 51
Pablo 59
Gerardo 65
Ismael 71
Bartolomé 77
Matías 87
Tomás 97
Simón 105
Tadeo 113
Juan 123
Alberto 135
Maruán 147

Parte 2
#TimesUp!

La violencia: ¿instinto o cultura? 155
El machismo de todos los días 175
El sol negro: psicópata, no sólo maltratador 215
Los hombres les hablan a los hombres 235
¿Podrán los hombres cambiar su comportamiento violento? 253
Caballerosidad: ¿qué diablos quieren ellas? 263
¿Qué ganan los hombres con la nueva paternidad? . . 271
La doble moral de Hollywood: guerra sí, sexo no (por un rato) 289
México y su #MeToo 299
La verdad acerca de las campañas #MeToo y #TimesUp! 307

Conclusiones 321
Bibliografía 347

Introducción

Confesiones personales

«Cuando tenía dieciséis años robé de la biblioteca del colegio un libro de filosofía que me cambió la vida. En algún diario de ese entonces, que aún conservo, escribí la frase de Emmanuel Kant: "Todas las acciones deben ser juzgadas por la intención que las origina".»

En ese mismo cuaderno personal, en una página que el tiempo ha deslavado, escritas con letra de molde de mi adolescencia, encuentro un par de preguntas: ¿cuál es la intención del machismo?, ¿por qué surgen movimientos contra la violencia sexual, la pederastia, y pronto se diluyen?

¿Por qué un albañil violador sí termina en la cárcel y un cineasta como Roman Polanski, que admitió haber violado a una actriz de dieciséis años, es defendido por su industria y por los intelectuales? ¿Por qué un gobernador probado pedófilo puede seguir en el poder aunque su culpabilidad esté demostrada?

Como adolescente me enfrentaba a diario con el machismo; al mismo tiempo amaba profundamente a varios hombres: mis hermanos y mis mejores amigos, mis tíos favoritos, mi abuelo materno y Juan Sisniega, el primer chico del que me enamoré perdidamente, quien me correspondió con la dulzura y la pasión de un músico en ciernes, tierno y resistente a las formas de la masculinidad tradicional. Con él y otros chicos hablábamos del amor y la libertad, de sus miedos y los míos, de la sexualidad y el erotismo. Cuando tenía diecisiete años, Mario Cruickshank, uno de mis mejores amigos, me dijo por primera vez la frase que he escuchado reiteradamente desde entonces: "Lydia, eres mi mejor amiga-amigo", como si a los varones les hiciera falta especificar que yo tenía algo de masculino (de allí la palabra "amigo"), para denotar que nos amábamos, nos escuchábamos pero el sexo no era un componente en nuestra relación aunque sintiéramos auténtico deseo por estar cerca, por aprender de la vida mutua, de nuestras vivencias y sueños.

Las confesiones de mis amigos, hijos de líderes de la izquierda o de insignes filósofos y periodistas, me enseñaron

a entender las inseguridades de los hombres; sin justificar sus actos de violencia aprendí a dialogar, analizar e inquirir sobre las canalladas, por infantiles que parecieran, que cometían contra las niñas y contra los chicos más pequeños o menos privilegiados. Ahora, en 2018, en las charlas que doy por todo el mundo para presentar los libros que he escrito, me encuentro con una generación de chicas que, emocionadas, me dicen que quieren ser, o son, feministas, pero no saben cómo hablar de machismo, celos y violencia con sus novios, amigos o compañeros. No quieren ser princesas y tampoco buscan príncipes. También se acercan a mí varones muy jóvenes, casi en la misma cantidad que las chicas; ellos me hacen preguntas similares: ¿cómo se aprende a ser valiente como tú, sin ser violento?, ¿cómo me defiendo para que no me lleven de sicario? O la más fuerte que escuché hace muy poco en un festival literario de Perú, después de hablar en un teatro con estudiantes: ¿cómo le digo a mi madre que mi papá abusó de mí y por eso lo odio?

El machismo es una fórmula cultural, una de las estrategias educativas más recalcitrantes, basada en el ejercicio del poder y la violencia formativa. Desgaja a las personas, a las familias y a las sociedades de todo el mundo. Definitivamente no es un fenómeno mexicano; la denominación de origen del *machismo* puede ser hispana, pero las herramientas de esa opresión son globales y universales.

Algo está cambiando

En los últimos años me he dedicado a entrevistar de forma equitativa al mismo número de niñas y niños para un

proyecto audiovisual sobre la valentía. La violencia que narran y la forma en que la procesan niños y niñas dependen de muchos factores multidimensionales, emocionales y culturales. He reflexionado a profundidad sobre el cambio dramático que la violencia social y el machismo producen en quienes nacen en cuerpo femenino o en cuerpo masculino; lo más sorprendente es escuchar a varones de diez a quince años calificar el machismo y la desigualdad como algo inaceptable, atroz incluso.

Cuando un chico de Sinaloa que vive en un contexto de violencia y presión machista brutal respondió, mirándome a los ojos frente a la cámara, que los niños y las niñas tienen el mismo derecho a ser felices, y que las niñas son capaces de llevar a cabo las mismas proezas y trabajos que los niños, mi corazón dio un vuelco; me percaté de los logros que ha tenido el movimiento feminista. Y justamente cuando surge el movimiento de denuncias de violencia sexual en Hollywood #MeToo #YoTambién, chicas mexicanas y de otros países hispanoparlantes se sumaron en redes sociales a denunciar lo que antes les parecía indecible. Entre ellas aparecieron unos cuantos jóvenes, hombres que confesaron haber sido acosados o violados por algún hombre de poder cuyo nombre y apellido revelaron. Descubrí que, mientras mis colegas periodistas se mantienen flotando en la superficialidad de la nota, algo está cambiando: la rebelión de niños y niñas está frente a nuestra mirada y resulta urgente escucharlos, acompañarlos a narrar sus historias de vida y mostrarles que hay millones de personas adultas dispuestas a salvarlos del destino manifiesto del machismo destructor. La Historia no puede ser escrita por los mismos de siempre.

Un amigo, azorado, me buscó porque su hija adulta posteó un #MeToo del abuso de su padre biológico y desató un escándalo familiar. Comenzaron a llegarme cientos de mensajes de hombres conocidos que me preguntaban cómo ayudar sin estorbar, cómo opinar sin interrumpir a las mujeres víctimas. Recordé mi adolescencia, ese miedo petrificante de los niños que por un lado desean pertenecer a la tribu masculina y por otro quieren confrontar sus abusos. La diferencia es que ahora la voz es de adultos, no de púberes inseguros, aunque las preguntas son exactamente las mismas. Algunos de mis entrevistados tienen hijas y viven aterrados de que ellas se topen con un violador, un maltratador o un feminicida. ¿Por qué ese miedo?

Mientras leía los mensajes de varios hombres que pedían una especie de anuencia feminista para no ser descalificados, descubrí que también lo hacían para no ser atacados por los machos liberales de las redes. Sí, ciertamente su petición de consejos es honesta; lo que subyace oculto es, nuevamente, el miedo a que se les tache de traidores de la tribu de "los hombres". Entonces no pude sino recordar un fragmento del poema de Mario Benedetti titulado "Torturador y espejo" que recitábamos con las amigas en la preparatoria: "qué cangrejo monstruoso atenazó tu infancia / qué paliza paterna te generó cobarde / qué tristes sumisiones te hicieron despiadado / no escapes a tus ojos, mírate, así".

Treinta y ocho años después de haber escrito la pregunta sobre el machismo, la retomo. Salí a las calles a entrevistar a hombres y niños de diversas edades; en este libro ellos responden a esa cuestión desde la mirada de su infancia, su memoria sentimental y las cicatrices emocionales que les dejó la educación para llegar a ser *hombres de verdad*.

Hombres de verdad

¿Por qué las mujeres hemos cambiado tanto y los hombres tan poco? En febrero de 2018 Malala Yousafzai, la ganadora del Nobel de la Paz, asistió al Foro Económico de Davos y frente a los líderes de la economía mundial dijo: "La educación de los hombres jóvenes es crucial para que aprendan sobre los derechos de las mujeres y se termine con la inequidad de género".

Hay algo de sus declaraciones que me resuena incompleto en estos tiempos aciagos. La inequidad de género no comienza con un niño maltratando a una niña, sino con un hombre educando a sangre y golpes a su hijo con el fin de hacerle saber que para obtener un lugar en el mundo hace falta ser hombre, cruel, violento y abusivo. La desigualdad de género no sólo es la violencia contra las mujeres; comienza por la construcción del abusador, por el desarrollo psíquico del machismo, por un modelo cultural de liderazgo violento, despiadado, que lo ha permeado todo: la política, la literatura, la historia y el cine, junto con sus creadores y empresarios. Por ello, para complementar la frase de Malala (quien por cierto tiene un padre excepcional que toda la vida la ha apoyado, con lo que rompe el paradigma del macho paquistaní), me atrevo a decir que el primer paso para erradicar esa desigualdad que nos abruma y desgasta, que nos aterra en sus formas más vívidas —como la pederastia, la trata para la prostitución, la violación y el acoso sexual—, es enseñar a los niños varones a mirarse en el espejo, a desentrañar y admitir la génesis del machismo y la violencia; educarlos para que se rebelen contra la sumisión ante el machismo, cuya tierra prometida es el éxito material y un

intangible reino que se gana a punta de mentiras, engaños y malos tratos. En este libro las respuestas de los hombres hablan por sí mismas.

Mientras me entrevistaba sobre un nuevo libro para jóvenes, una reportera que recientemente tuvo un bebé varón me preguntó cuándo escribiría un libro con *perspectiva de género* para y sobre hombres. Ella y su esposo, como cuantiosas personas preocupadas por entender nuevos modelos de educación y convivencia afectiva, buscan cómo educar a los hombres lejos del paradigma del machismo. Interpelaba con razón pues, como a varias colegas, a ella le ha perturbado documentar el brutal incremento de denuncias de violencia machista en México y el mundo. La saña con la que tantos hombres de diversas edades atacan a mujeres de distintas razas y generaciones ahora es visible, aunque en la Edad Media era mucho peor: no se nombraba y los dueños de la tinta para documentar el horror eran los hombres.

Nos preguntamos el porqué de tantas noticias sobre jóvenes que graban violaciones colectivas y las celebran en las redes, las venganzas ciberpornográficas y hasta los crecientes feminicidios como estrategia de venganza masculina a raíz de que las mujeres se liberan de hombres a quienes amaron alguna vez y que, eventualmente, se convirtieron en sus captores, carceleros, maltratadores, propietarios ilusos, dominadores que extorsionan con el dinero y el poder sobre su paternidad, o que condicionan la libertad de su familia arrebatándoles el techo y el alimento vital como castigo. O los jefes hostigadores, que piden favores sexuales a cambio de trabajo en todas las industrias e instituciones. Políticos, jueces y fiscales, líderes de la revolución y guerrilleros que se alían finalmente a los agresores para dejar a las mujeres y

niñas en total indefensión, desgastadas primero y conscientes después del desgarrador entrampamiento de un sistema de justicia dominado por una ideología machista, misógina, adultocrática y, por si lo anterior no fuera suficiente, corrompida por sus propios gobernantes; esos políticos sagaces y cínicos que, a fin de evitar la rebelión y la toma del poder cívico de una vez por todas, han nutrido a conciencia la desigualdad para mantener a la sociedad y a sus pusilánimes medios de comunicación entretenidos con la narrativa del terror, estimulando la sumisión frente a lo que a ratos parece una inacabable desesperanza.

Nuevos paradigmas

Después de treinta años como periodista que escribe desde el contrapoder, he aprendido a buscar las verdades vitales que se hallan ocultas en las preguntas y respuestas de la contracultura, de las personas adultas y jóvenes que viven como valientes insubordinadas, reticentes a someterse al *statu quo* frente a lo que consideran injusto y antidemocrático en las relaciones sociales, así como en los sistemas que aplican las normas jurídicas. No soy una académica, sólo camino por las calles del mundo escuchando y corroborando historias. Por ello este libro no es un tratado de la masculinidad sino una revelación de la humanidad, de la individualidad detrás de una construcción cultural de las violencias que nos alejan de los afectos, de la paz, de la seguridad e integridad emocional y física.

Durante los últimos diez años se me han acercado infinidad de padres, madres, abuelos, expertos, para preguntar

si en mis pesquisas por todo el mundo (desde Senegal hasta Afganistán, desde Colombia hasta Madrid, Estados Unidos, México y Noruega) he conseguido averiguar a qué se debe lo que consideran un notable incremento de violencia masculina, la cual, además, se entreteje con una gran ansiedad relacional que aleja cada vez más a hombres y mujeres. Esta crisis en la que el sexo libre, dicen, es más accesible y el amor parece inaccesible para millones; en que se intenta reinventar las relaciones de todo tipo entre hombres y mujeres, pero sin cuestionar el poder y las trampas que subyacen en la pertenencia al mundo de lo masculino.

Los paradigmas de la identidad de género —es decir, ser hombre o mujer— han cambiado radicalmente en el último siglo; en contraposición, la violencia estructural apenas se ha movido un ápice, de allí que no podamos comprender la paradoja de los avances. Hemos entrado en una época en que se habla de fluidez de género, poligénero, binarismo, transgénero; se busca no etiquetar, elegir sin prejuicios la bisexualidad, la diversidad o la heterosexualidad, las amistades con beneficios eróticos. Hablamos públicamente de crear nuevas formas de relaciones afectivas, románticas, eróticas, asexuadas, poliamorosas; el problema es que todas ellas se montan en la estructura de poder vertical patriarcal, que sigue siendo el alma que atormenta el discurso.

La angustia social radica en que la búsqueda de identidad masculina ha quedado al margen, incluso en el discurso lésbico-gay y sus vertientes variadas. Lejos de ser cuestionados, el poder y la masculinidad permanecen prácticamente intactos en esta revolución iniciada por las mujeres sufragistas y feministas desde hace siglos; ellas, a quienes debemos esta avanzada civilizatoria por la cultura

de la paz, han sido el caballo de Troya para que mujeres y niñas logren encontrar —o al menos saber que existe— un lugar en el mundo en el cual puedan vivir sin miedo y sin practicar los sutiles juegos del machismo que ha prohijado el *hembrismo* como su perfecto complementario.

¿Cómo podemos seguir adelante con esta paradoja de los avances por la igualdad frente a los retrocesos o la parálisis de una masculinidad añeja, que ha quedado intocada por su eficaz anclaje al modelo de poder, liderazgo y violencia tradicional? Los hombres, en general, se sienten solos, agredidos y aislados en esta batalla. ¿Por qué? Los hombres de poder, quienes tienen el liderazgo sobre la economía, la política y la delincuencia organizada, se ríen de nuestras preguntas; sin embargo, jamás debemos olvidar que frente a ellos somos millones en busca de una cultura de paz. Cuando despertemos no seremos el monstruo, sino la oleada de agua pura, cristalina, que todo lo sanea y evidencia la podredumbre de ciertos pozos añejos, semiocultos, de los que a diario nos da miedo beber.

Hemos documentado la obviedad con que las instituciones político-culturales pretenden ocultar el machismo recalcitrante al ponerlo sobre la mesa vestido de fiesta, disfrazado de neomachismo inofensivo con sutilezas discursivas. Qué mejor manera de ocultar el machismo que normalizándolo y culpando a sus víctimas; qué mejor estrategia que descafeinarlo hasta quitarle en la forma —que no en el fondo— la fuerza didáctica que contiene al llamarlo "violencia de género", así, sin el contexto filosófico que 99% de la población jamás leerá.

Qué táctica más efectiva la de educar grupos de poder dentro de una nueva generación de chicas que aprenden a ser machistas para acceder el poder, aunque éste sea menor

que el de su jefe, siguiendo las reglas de la violencia excluyente. Los educadores del machismo, según expertos como Jackson Katz, son los hombres.

Como ejemplo sedante tenemos a las hijas de Zeus. Esas pocas mujeres jóvenes con poder real y concreto, las consentidas del padre poderoso, las que acceden a privilegios, son muy necesarias para reivindicar la existencia de su creador macho, el misógino, el feminicida, el empresario que viola a su secretaria, el patrón que abusa de su trabajadora doméstica, el líder político que procrea, de vez en cuando, a una lideresa para mostrarla como ejemplo normalizador de lo que es en realidad un excepcional acceso de las mujeres al poder económico y político concreto en el que puedan tomar decisiones propias sin miedo a ser expulsadas del paraíso masculino.

Las cifras de la violencia

Tenemos los números oficiales que gobiernos y organismos internacionales reconocen: cada 15 segundos, en el mundo, una mujer o niña es violada; una de cada tres mujeres vive violencia de su pareja romántica; 85% de los homicidios y feminicidios los cometen varones, no mujeres. El diagnóstico de la violencia contra mujeres y niñas está en nuestras manos; ahora van los varones.

Las mujeres y las niñas —más de 50% de la población mundial— se rehúsan, con razón de sobra, a ser vistas como víctimas perennes de la injusticia. También entrampadas entre la libertad concreta y el miedo intangible, temen ser consideradas víctimas propiciatorias de la desigualdad o mujercitas-princesas carentes de poder. Les asusta ser

tachadas de débiles o *feminazis* (un término acuñado por lo más recalcitrante del machismo violento para referirse a las feministas que supuestamente pretenden aniquilar a los hombres como género, al cuestionar su ejercicio de poder abusivo y desigual).

Hay millones de mujeres heterosexuales que temen no encontrar un hombre al cual amar si expresan abiertamente lo que consideran injusto, si no entran en el juego de las formas sociales de la seducción macho-hembra.

Entre mujeres y hombres hay un encuentro y una batalla cultural, una búsqueda y un debate pendiente; lo que algunos consideran una afrenta, otros lo celebran como una exploración justa por la igualdad en lo público y lo privado. No se trata, pues, de *sensibilizar* a los hombres sobre la masculinidad violenta, sino de crear liderazgos masculinos que se opongan abiertamente a la violencia y la discriminación. Esa tarea, ciertamente, les corresponde a quienes educan, en particular a los hombres; no debemos seguir imponiendo la carga de esa nueva revolución cultural al trabajo de las mujeres, de las feministas y educadoras. Ya hemos hecho suficiente: existen miles de libros, proyectos, videos, TED Talks, manuales educativos y organizaciones dedicadas a ello.

Lo cierto es que mientras los hombres —así, en general, con toda su diversidad racial e ideológica— no expongan y admitan los orígenes de su masculinidad, así como los obligados patrones de comportamiento varonil para los cuales han sido entrenados, educados, forzados e incitados, la radicalización del debate sobre violencia de género (la masculina contra las mujeres, niñas, niños, y de los hombres contra otros hombres que no aceptan el modelo machista) aumen-

tará en lugar de disminuir. Nuestras sociedades están urgidas de un diálogo *sentipensante*.

El profesor de medicina legal español Miguel Lorente Acosta asegura que los hombres constituyen una hermandad, una *fratría;* cuando un hombre hace las cosas de manera diferente de lo esperado por la mayoría, es tachado de *mal hombre* porque con la desviación en su camino de masculinidad tradicional cuestiona a todo un grupo: evidencia las trampas del poder.

Miguel, como experto en temas de igualdad y justicia, dice que no se nace hombre, que la masculinidad es una identidad por contraste; es decir, toda la educación se basa en lograr que los niños no sean como su madre, que no sean sensibles aunque sufran, que no lloren ni señalen las injusticias de las que son víctimas. Ser *hombrecito* es soportar la violencia, el abuso, la humillación; una tarea ciertamente muy difícil para cualquier niño. Por eso, a cambio, se les ofrecen referencias culturales para convertirse en héroes y eventualmente obtener privilegios: éxito económico superior al de las mujeres, un poder que sólo les da la pertenencia al género masculino y la posibilidad de resolver conflictos de acuerdo con los intereses masculinos, desacreditando todo lo sensible como las voces de niñas, niños y mujeres.

Si no se documenta a profundidad la experiencia de cómo narran los hombres esa conversión desde la niñez, no avanzará el debate sobre la violencia y la crisis mundial creada por los hombres de poder.

Sus voces son indispensables para ahondar en la exploración de una nueva forma de masculinidad que fomente relaciones sociales y políticas capaces de atajar esta violencia que nos separa como un dique culturalmente construido, devastador y muchas veces mortal.

La rebelión global

Las frases acuñadas en forma de hashtag —#MeToo y #Times Up!— por el movimiento norteamericano contra el hostigamiento sexual dieron forma a un llamado global de las mujeres de todas las edades contra ese fantasma que recorre las calles, las oficinas, los palacios legislativos y de justicia de todo el mundo. La opresión y sus tácticas, que son reveladas en este libro por los mismos hombres, constituyen el tema central que nos ocupa. Ellos también han sido víctimas del poder masculino arrasador y cada día de su vida deciden si reproducen —o no— el papel social que la cultura patriarcal les ha asignado.

Lo que comenzó como una rebelión contra verdaderos delitos sexuales en Hollywood —a raíz de la cual varios hombres con poder real sobre sus víctimas admitieron haber abusado sexualmente de mujeres connotadas— se convirtió ya en una discusión fraccionada en compartimentos que van construyendo muros ideológicos para anular el debate. Un grupo de francesas dijo que la sociedad estadounidense es sexualmente conservadora, lo cual es falso. En Estados Unidos existe una doble moral que resulta avasallante; basta decir que es uno de los países más violentos del planeta en escuelas y hogares, y que a la vez se autodenomina la policía del mundo. La llegada al poder de Donald Trump —hombre que ejemplifica y celebra el sexismo y la misoginia, entre otras de sus características más notables— demuestra que buena parte de la ciudadanía en ese país sigue siendo profundamente racista, sexista, xenófoba e inculta. Al mismo tiempo, los referentes religiosos que aparentemente unen a los estadounidenses —por ejemplo, contra actos terroristas

o masacres escolares— han normalizado y bañado de glamur la violencia, la guerra y el machismo con un alcance inusitado en virtud de la masificación mundial de los contenidos cinematográficos y televisivos norteamericanos. Estados Unidos fue el país que más dinero produjo durante las décadas de gloria de la pornografía; ahora es líder mundial del porno juvenil, que es considerado un crimen y a la vez un gran negocio. Son los amos de la guerra y quienes califican a los países por sus bajos índices de paz o sus altos índices de corrupción.

Por tanto, los señalamientos del grupo de mujeres francesas encabezado por Catherine Deneuve no descalifican las voces que han revelado los delitos sexuales y abusos de poder, pero terminan justificando el hostigamiento; además, hacen un análisis muy pobre, sesgado, con el que terminan ayudando a quienes pretenden desactivar el movimiento acusándolo de exagerado. Otra vez se pone el énfasis en las mujeres y no en los patrones culturales que fortalecen y protegen a los hombres que ejercen violencia.

Aunque es importante la discusión sobre cómo se ha utilizado la moral religiosa para crear mayor confusión respecto a la autonomía sexual de las mujeres, la seducción y el placer, también lo es que no debemos confundirnos. Históricamente los líderes religiosos de todo el mundo han aprovechado momentos como éste, de exigencia femenina por la igualdad, para regresar a las damas a casa, a cerrar las piernas para no *provocar* a los hombres. Para lograrlo siempre han tomado a un puñado de "malos hombres", "facinerosos y depravados", como ejemplo para disuadir a las mujeres de pelear por su derecho a una sexualidad libre y plena. Como contraparte siempre ha salido un puñado de

liberales, bellas, espectaculares, a defender esa libertad atajada por la cultura. La dupla perfecta: los maltratadores y las privilegiadas de la sumisión. Este comentario, aclaro a mis lectoras y lectores, lo anoto como una privilegiada de la insumisión. Soy autora autodidacta, defensora de los derechos humanos, y ante todo soy una mujer multirracial que ha sido libre durante 54 años, con una vida sexual elegida y una vida emocional plena a veces y otras, lastimada, pero nunca sumisa. Escribo desde el lugar que he construido gracias a mi educación y a grandes esfuerzos por rebelarme contra el patriarcado; un lugar de paz que no da tregua ni admite la violencia, que no manipula ni se somete a los juegos del poder. Escribo también desde el ostracismo de mi gremio. Todo ello tiene una carga cultural y al mismo tiempo es lo que me permitió sentarme frente al policía que me torturó hace once años y decirle que lo perdonaba si confesaba quiénes eran sus amos. No lo sabía. Como la mayoría de los hombres violentos, no se había mirado al espejo y temía al poder que lo prohijó cobarde y violento al mismo tiempo.

Es cierto que el puritanismo en ciertos sectores de Estados Unidos es absolutamente real, como real es que, dentro de esas profundas contradicciones culturales y políticas de gran hipocresía, los violadores y asesinos han aprendido a admitir frente a las cortes que son culpables; cosa que no sucede en la mayoría de nuestros países latinos, donde la impunidad alcanza niveles hasta cien veces más elevados que la impartición de justicia.

En Francia como en México, por ejemplo, para un fiscal es muy difícil lograr que un violador admita su delito; esto se debe a la cultura que, en aras de ondear la bandera de la

sensualidad y la libertad sexual como símbolo patrio, ha creado un doble discurso que justifica el machismo soterrado y el hembrismo que avala la violencia sexual como divertimento cinematográfico. Vaya ironía.

A principios de 2018 hemos atestiguado cómo algunos personajes públicos estadounidenses señalados por delitos sexuales han pedido perdón públicamente sin siquiera haber pisado una fiscalía o haber recibido el beneficio del Estado de derecho. La presión mediática los ha forzado a hacer actos de contrición que a varios líderes del *rating* les costó ya el trabajo en la televisión. Quien diga que son víctimas de las acusaciones no comprende la cultura estadounidense ni las formas en que su valiente feminismo ha permeado en sus leyes e instituciones a través de las grietas; sí, ha permeado y llegó para quedarse. Es un error creer que hablamos de *political correctness* (lo políticamente correcto); esas mujeres señalaron a los hombres con los pantalones en las rodillas y ellos se encontraron forzados a descargar una culpa largamente contenida, hallaron un espejo, sintieron vergüenza de sus acciones; era hora de que eso sucediera.

Esa compleja contradicción confunde a muchos; de ahí que sea vital sacar de Hollywood la discusión sobre los delitos sexuales y la desigualdad, para llevarla a las calles y hogares del mundo donde todos los días se libran batallas por la vida de mujeres y niñas, desde Chile hasta México, desde España hasta Rusia. Allí donde no se debate con suficiente brío y fuerza pública acerca de cómo la violencia masculina afecta a los niños varones. Decir que los hombres también son víctimas no implica jugar a la recompensa de lo positivo, como pretenden muchos promachistas; implica lo contrario: desentrañar las trampas culturales que procrean

el machismo mientras nos entretienen como si ésta fuera una guerra entre hombres y mujeres.

Lo que esas notables actrices y mujeres de los medios lograron fue atraer nuevamente el tema con el fulgor del glamur, para reconocer que incluso a ellas, las más hermosas y célebres, les pagan menos que a sus iguales y han tenido que guardar silencio frente al impuesto secreto que les ha cobrado el patriarcado por llegar a la fama. Pasado este momento, resulta vital compartir herramientas y argumentos polifónicos para debatir cómo acabaremos con este sinsentido de violencia que nos divide, en lugar de permanecer entrampadas en la telaraña discursiva de si la sociedad estadounidense es moralina o no, si unas son más feministas que las otras.

Ellos hablan

Lo fundamental es desentrañar los patrones culturales que nos llevan a la normalización de ciertas actitudes discriminatorias y criminales que se convierten en valores para un grupo determinado de personas.

Decidí por ello entrevistar a varones de diferentes ámbitos y culturas con una pregunta inicial sobre sus padres o tutores, porque cientos de mujeres jóvenes me preguntan en conferencias y presentaciones qué les sucede a los hombres que se muestran tan indecisos, enojados, inseguros, celosos o temerosos de las relaciones igualitarias.

Antes los hombres podían decir que las mujeres buscaban a su príncipe para casarse; ahora, la gran mayoría busca a un compañero, no para que las mantenga sino para que las acompañe en su libertad, y parece que muchos varones

están más inquietos que nunca. Para entender cómo procesan su propia masculinidad y la relación con las mujeres, el poder y lo femenino, entrevisté a hombres de diversas edades sobre los ejemplos de virilidad que lograron dejar prescrito ese comportamiento machista en su memoria emocional como algo ineludible.

¿Quién mete a los niños en el cajón del machismo y cómo quedan atrapados en él? Quise que ellos dijeran qué hay fuera de ese cajón que les inspira temor a salir, y qué hay dentro para incitarlos a reproducir el modelo machista, por más intelectuales o cultos que sean.

Los resultados de mi investigación demostraron que los hombres no se arrodillan frente a los hombres de poder sin antes someterse frente a la mirada paterna que representa el poder masculino, frente al padre, al patriarca en plural exponencial: al patriarcado.

El machismo no es una cosa, no es un concepto aislado; es la idea del masculino universal del poder humano. Es la idealización de la violencia como medio, como fin, como instrumento educativo coercitivo; es una trampa que normaliza lo inaceptable: la guerra, la muerte, la tortura, la violación, la impunidad, el *bullying* machista, el acoso y el hostigamiento, la esclavitud, el terrorismo y la delincuencia organizada.

Ellos mantienen el poder fomentando el terror para luego aparecer como los salvadores de sus propios estropicios, como los justicieros que nos contienen en una interminable órbita de sumisión y desconcierto, de alivio y deseo para que ellos, los pilotos de la nave, sean quienes nos salven del daño que han causado estratégicamente, al seguir el mismo rumbo a pesar de saber que la ruta es inadecuada y lleva a millones hacia la dominación de la injusticia y la impunidad.

El poder del machismo alcanza tales proporciones en todos los ámbitos que condena al ostracismo a los hombres que se rebelan contra ese ejercicio del poder tradicional. Pero ¿qué sucede con esos hombres que están en el ostracismo? ¿Acaso pierden poder por criticar el machismo? No. Frente a las mujeres son los héroes excepcionales de esta historia, aunque para los líderes del machismo violento sean sumisos y, con su silencio público, cómplices invisibles.

A las mujeres que se rebelan contra la violencia machista se las castiga de todas las formas posibles. Incluso a aquellas a las que el machismo institucionalizado acepta en sus filas —como demostraron las actrices famosas— se les somete a la desigualdad y la reproducción de discursos, narrativas, conceptos y valores machistas, porque para formar parte de las filas del poder deben asimilar la exclusión de las liberadas, sojuzgarlas, hacerse cómplices y a la vez esclavas del machismo que les abre una pequeña puerta pero jamás les retira la correa del cuello; deben fingir ser princesas aunque en el fondo sean heroínas en potencia.

A los hombres que intentan rebelarse de verdad —y no simplemente hablando de vez en cuando del feminicidio o el machismo como si fueran castillos de arena nefandos y volátiles— el patriarcado les da una bofetada, les cierra una puerta e inmediatamente después les abre una ventana para que vuelvan, porque un hombre sin poder no es viril y la virilidad es símbolo de potencia y vida. Un hombre sin poder siempre buscará ser protegido por alguna mujer amorosa, sea la madre, la hermana o la amiga; la oprimida que comprende y conoce los atajos para viajar por el mundo sin perder la vida, estudiando al opresor, negociando con él, enamorándose de él, embarazada de él.

Sin embargo, hay hombres que han preferido el ostracismo. Éstos visitan el machismo en fiestas y ceremonias familiares, participan en eventos públicos o festivales de cine contra el feminicidio, pero apenas un puñado de ellos, entrevistados para este libro también, dedican el ejercicio de su poder, liderazgo, inteligencia, sensibilidad real, tiempo y voluntad a abatir la cultura machista. Los hechos demuestran que esos líderes educadores contra el machismo mantienen el estatus masculino, pero desde otro lugar. Los demás, colegas periodistas, actores o personajes públicos, se "ponen el pin" en las demostraciones, y aun cuando en lo personal y privado se autocalifican de indignados o feministas, siguen sin usar su poder para liderar una liberación del machismo, que es el problema más importante de los hombres. Son ellos quienes tienen la respuesta, a veces sin ser plenamente conscientes de lo que revelan, como veremos en este libro.

Escribo estas páginas como un acto de esperanza, soñando con un futuro en que millones de hombres jóvenes se sumarán a la causa civilizatoria más apremiante de los próximos siglos: la deconstrucción de la cultura patriarcal, que incorpora la violencia como forma de convivencia, que fomenta liderazgos verticales cuya supervivencia depende de la opresión; esos liderazgos que tantas chicas jóvenes están imitando, al creer que reproducir el modelo machista significa ser feminista, cuando lo que hacen es fortalecer el modelo *hembrista*, ese que resulta complemento perfecto del machismo: violencias integradoras, la sutil y la concreta, que van demoliendo nuestra capacidad de relacionarnos, de amar y desear sin miedo al otro, a la otra.

Los hombres hablaron conmigo sobre esos breves instantes en que las mujeres rebeldes —amigas, hijas, hermanas,

parejas, madres— pueden vivir sin miedo a las violencias masculinas, en que chicas y mujeres pueden decidir que son feministas pero deben ser princesas para ser amadas por hombres que no han asimilado la libertad femenina como una forma de igualdad concreta, porque a ellas el poder de la libertad absoluta sobre sus cuerpos no les ha sido concedida.

La maternidad y la madre son para ellos la salvación, el camino de la vida y, al mismo tiempo, las insignes culpables de la violencia que ellos, cuando niños, reciben de sus padres; algunos incluso las culpan por la ausencia del padre, como si ellos, los poderosos, no tuvieran libertad para decidir sobre su paternidad más allá de ser, o no, pareja de la madre. Ellas, las madres, los perdonarán por señalarlas; ellos, en cambio, podrían matarlas o despreciarlas hasta la locura. Las cárceles y los sanatorios psiquiátricos están llenos de inocentes porque es más fácil culpar a quien carece de poder para defenderse de la afrenta que a quien violenta con el respaldo de un sistema cultural, político, estructural y social que justifica y protege.

Los hombres aquí hablan de las "madres escudo", a las que cada uno les adjudica un adjetivo diferente, porque las entrevistas apelan a la memoria emocional de los que narran su infancia. Sus voces revelan el mundo desde la mirada masculina, la del niño que quiere convertirse en hombre y necesita una guía para lograrlo.

#TimesUp! es el grito de la re-evolución de las mujeres, el llamado que, a raíz de lo que parecía una simple denuncia de violencia sexual del famosísimo productor de Hollywood Harvey Weinstein, desató el secreto mejor guardado por las sociedades de todo el mundo: la igualdad de las mujeres y su acceso a los espacios de trabajo —desde el papel mereci-

do en una película o programa de televisión hasta un trabajo como productora de cine, como empleada del hogar, jefa de un hospital, directora de una empresa, congresista o conductora de radio— han dependido de condicionantes de violencia normalizada que, de no ser aceptados, habrían mantenido a las mujeres más admiradas del mundo del cine y otros ámbitos públicos guardadas en casa, esclavizadas, en la cocina, criando niños y niñas en silencio, obedeciendo. Entrar en el espacio público tiene un costo; ahora corresponde a los hombres revelar el porqué de este humillante impuesto a la libertad y qué pueden y deben hacer ellos para desarrollar liderazgos no machistas.

Varias actrices han exigido a los hombres del mundo del espectáculo que guarden silencio: "¡Es hora de escuchar a las mujeres!", han dicho públicamente figuras destacadas de la música, el arte, la ciencia y la cultura. Ciertamente es momento de escuchar las historias que muestran con toda claridad el sufrimiento causado por los abusos reales de poder; la manifestación de los secretos guardados por hombres prominentes y poderosos, los cancerberos de esa puerta que han abierto a las mujeres y con la que, sin que nadie se percatase, les han pillado los dedos para que ellas nunca olviden quién tiene el verdadero poder para abrir el cerrojo que las hace visibles y exitosas o que puede excluirlas hasta la invisibilidad total. Sin embargo, sería un error estratégico centrarnos sólo en las víctimas/supervivientes y borrar de nuestro plano psíquico el nombre de los agresores, sus estrategias y el modelo educativo que destruye la integridad emocional de millones de niños varones en todo el planeta.

Habrá quien diga que a los hombres les sucede algo similar, que muchos grandes empresarios son violentos y abusivos

con ellos; es muy cierto, y en esa verdad radica la justificación de lo que se denomina el *estado libre de sospecha:* si tantos hombres lo hacen, no debe ser tan punible. Esa violencia opresiva y sexista se reproduce en un mundo en que los patriarcas del capitalismo moderno ofrecen dos opciones: ser oprimido u opresor, aceptar y aprender a imitar un modelo de verticalidad humillante y corruptora que condiciona a las mujeres con su sexualidad y sumisión, y a los hombres con la complicidad —a veces obvia y vulgar, otras veces silente— que siempre, en mayor o menor medida, los pondrá contra la pared para elegir el lado del déspota o el del esclavo. Unos cuantos elegirán el ostracismo y pasarán su vida intentando confrontar, acaso con la imaginación, a un padre violento que intentó destruirlos por rehusar convertirse en machos replicantes.

La mayoría de los hombres vivirán agotados, portando máscaras de *hombres de verdad* que los desgastarán hasta la escisión emocional, actuando frente a las mujeres y frente a sus pares, todo por miedo a salir del modelo machista, progre o no, de izquierda o derecha, que les impusieron padres o tutores violentos. La pregunta que ellos deben hacerse es ¿cuántas veces al año la máscara se convierte en el Yo, toma su lugar y abusa del poder sobre un niño, una niña o una mujer? ¿Qué sucede en la mente de un director de cine al que toda la gente señala como un buen hombre, buen padre, buen profesional, y que un día cualquiera, frente a una niña de 16 años que actuará en su película, sin siquiera pensarlo y por primera vez en su vida, decide bajarse los pantalones y exigir a la chica, a pesar de ser el descubrimiento actoral del año, que le haga sexo oral si quiere el trabajo? Después se va a casa, la vida sigue. ¿Y cómo procesa eso su

inconsciente? Se dice que fue una travesura. ¿Qué recuerdos y mecanismos de la niñez fortalecen la negación de un delito, de un abuso de poder?

Ellos reflexionan sobre esos temas en este libro, desde el espacio más político de todos: la antidemocrática vida privada del hogar, donde se desarrollan y perpetúan los modelos de poder.

Este libro se escribió respetando las voces de mis entrevistados. El estilo narrativo busca excluir la voz de la entrevistadora para dejar que ellos respondan sin ambages; por eso reproduje el tono emocional con el que cada cual expresó sus sentimientos y emociones, evitando explicar las condiciones, gestos y paisajes en que nos encontramos. Las palabras son de ellos; la estructura fue una decisión de quien esto firma. Me pareció indispensable que este libro fuera escrito con la transparencia y la fuerza que requiere desnudar la infancia como destino.

México, febrero de 2018.

Ignacio

«Lo que mejor recuerdo de mi padre son sus dedos gruesos como ramas de un árbol duro, rugoso, inaccesible. Su mano era un puño… a veces una palma humillante que enrojecía mi piel hasta herirla. Yo era un niño enclenque que a los siete años se escondía en el clóset a dibujar. Tendría seis años la primera vez que pensé que lo odiaba.»

Recuerdo haberme metido al baño del pasillo de la casa en que vivíamos en Nuevo León; abrí la llave para empapar mi rostro con agua helada, tomé una pomada de caléndula que la abuela usaba para los golpes. Sabía que de no hacerlo al día siguiente iría al colegio con las mejillas enrojecidas que se convertirían en cardenales imborrables y los niños me señalarían de nuevo como si fuera un cachorro abandonado; odiaba ese sentimiento de inferioridad.

La muchacha que limpiaba la casa me preparaba árnica cocida. Hervía unas flores amarillas del jardín que crecían salvajes y mientras me ponía las compresas frías narraba cómo su padre les hacía lo mismo a ella, a su madre y a sus hermanos. Así son los hombres, decía, ignorando que yo era un varón en ciernes y algún día sería uno de ellos... ¿Te imaginas mi miedo? Uno de ellos.

Ese día, a los seis años, con el agua escurriendo en la piel de niño me miré al espejo.

> «Odié a mi padre, con todas las fuerzas con que un niño puede odiar a quien le humilla. Pero algo sucedió: me quedé mirando sin poder escapar del reflejo. Soy idéntico a papá.»

Mis ojos, la barbilla, las cejas tupidas, la piel blanca que enrojece fácilmente.

Creo que ése fue el día que me odié por primera vez al odiarlo a él.

También ésa fue la primera vez que comencé a detestar secretamente a mi madre por no haberme protegido de la rabiosa angustia de su esposo.

Cuando me fui de casa terminando la universidad nunca más volví.

Tuve que ir a terapia muchos años después de mi segundo divorcio para entenderlo.

Cuando me sentí medianamente preparado tomé un avión y volví a Monterrey a ver a mi madre. La llevé a pasear por primera vez en años. Le pedí perdón por haberla odiado, por haber aprendido a resentir a todas las mujeres culpándola a ella.

Con un gesto de asombro me preguntó si en verdad la odiaba. Y tuve que decirle que sí, que en las noches deseaba abofetearla como mi padre lo hacía conmigo.

Por no haberme protegido de esa ira de un adulto inconforme con su vida, de ese hombre de poder, culto y refinado, que por las noches se transformaba en un tirano doméstico.

No respondió nada al principio; parecía que acabábamos de hablar del clima.

Uno se cree que cuando está preparado para hablar de sus traumas infantiles los demás recibirán el diálogo con brazos y corazón abiertos. Pero es mentira: cada quien tiene su momento. En mi egoísmo no pude entenderlo. Secretamente me enojé de nuevo con ella por no darme lo que esperaba. Se supone que las madres son una fuente de comprensión infinita, inagotable; eso decían los libros, las abuelas, las canciones y las películas mexicanas.

Mi madre me tomó del brazo mientras caminamos por los senderos del parque Chipinque en Monterrey. Habló de todas las cosas buenas de mi padre y yo creí que iba a

enloquecer de rabia. Me quedé callado respirando profundamente para controlar ese sentimiento de desesperación. Pensé secretamente que era una mujer estúpida, limitada e incapaz de ver lo que yo, con tanta claridad, llevaba para mostrarle, eso que consideré un gran acto de sanación mutua. Me siento culpable de contarte esto. Sé que ella lo va a leer, la voy a lastimar de nuevo, pero acordé decir lo que siento; cumpliré mi palabra de caballero, ella lo entenderá.

Discutimos un poco. Mamá bajaba la voz con un tono de maestra de kínder; repitió lo que me decían de niño: "Así son todos los hombres, es normal". Ahora que te hablo de ese momento me doy cuenta... Creo que mamá me tuvo miedo en el parque, solos, por eso bajaba la voz, por eso actuaba con cierta sumisión. Creo que le recuerdo a mi padre. No sé qué demonios hacer con este sentimiento. Tengo ganas de llorar. No puedo hacerlo frente a una mujer valiente.

Unas horas más tarde, ya sentados en un restaurante y luego de tres copas de tequila, mi madre se confesó largamente. Con la uña del dedo índice pintada de rosa pastel rasgaba suavemente una servilleta de papel.

No me miraba; sus pupilas se mantuvieron fijas en el cuadrito blanco que se deshacía como una cebolla hervida, deshilada por una pequeña garra decorada.

"Yo también lo odiaba a él y a mí misma por ser incapaz de protegerte, de defenderme, por la cobardía de no poder huir de una vida miserable. No te preocupes, hijo. Yo te perdono; perdóname tú, porque también temí tu odio y tu abandono." Bueno, así lo recuerdo, palabras más, palabras menos.

Luego me contó que su padre era igual que el mío. De una forma extraña seguía justificando la violencia como si fuera equivalente de hombría. Dijo que cada cual respondió

a los designios de su educación. Yo sólo podía pensar que mi abuelo, ese adorable viejo que me consentía, no podía ser igual. El estómago me dio un vuelco de ira, otra vez en contra de ella. Me descubrí mirándola casi con desprecio; lo noté porque mi madre bajó la mirada de nuevo. Por primera vez en la vida estuve plenamente consciente de que ella me tenía miedo; me avergoncé, pero no hice nada.

Yo, con un gesto de violencia apenas perceptible, había roto nuestra complicidad en un segundo. Tardé un poco para volver a pedirle perdón. Hice tiempo, llamé al mesero, pedí tragos, agua, algo más de comer, ya era momento de cenar. Entonces ella se armó de valor. Me habló de la crueldad de su padre, destapó un pozo de fétidos recuerdos que yo no conocía. Hubiera deseado nunca ver ese lado oscuro de mi abuelito consentido.

Volví a la ciudad y le dije a mi terapeuta que nos habíamos perdonado.

> «Él me asignó la tarea más difícil de mi vida: aprender a defenderme de los agresores y tratar amorosamente a las mujeres.»

Tengo cincuenta años. Fue a los cuarenta y seis que comprendí que yo no soy mi padre. Todavía no sé quién soy, pero esa tarde con mamá descubrí por qué tampoco soy mi madre, aunque tenga tantas virtudes que ella sembró en mí, aunque mi tono de voz se le parezca, lo mismo que mi sonrisa y la manera en que beso y abrazo a mis amistades como si supiera que nunca más les volveré a ver. De ella aprendí a cuidar

a los demás, preocuparme por los más débiles. He temido ser mujer, porque los hombres que son mujeres son maricas, y yo de eso, nada. La odiaba, quise protegerla y me rompía cada vez que me descubría inútil frente a mi padre. No quiero ser mujer, pero tampoco me gusta ser hombre como los que me han rodeado. Practico el arte de la masculinidad y soy hombre rudo a diario en la oficina, en el club, cuando manejo, cuando ligo. Sí, es cierto. Me gusta la velocidad, me arriesgo a veces innecesariamente, odio ir al médico; así me educó mi padre, para ser hombre y aguantar los retos de la vida. Ahora que lo pienso... sí, mi abuelo también me daba consejos de cómo engañar a las mujeres, por ejemplo, y de cómo aguantar el dolor.

«Pensar que detesté tanto a mi madre... que me inspiraba ternura y compasión. La odié por haber sido domesticada, la sigo culpando secretamente por no haberse rebelado contra su padre. Yo tampoco pude. Eso tenemos en común mi madre y yo: nos criaron cobardes y sumisos.»

Para ella ese designio se convirtió en una especie de doble vida que permanecía escondida en un clóset de esqueletos que prohíjan violencia y no se nombran. Para mí, en cambio, se transformó en una necesidad imperante e ineludible de imitar las maneras de ellos para no seguir siendo

su víctima. Me fui volviendo rudo a punta de golpes. Mi cuerpo atlético es engañoso, porque en el fondo no lo soy; por dentro sigo siendo el niño enclenque y miedoso que dibuja para huir del mundo.

Odié a las mujeres que amo, de verdad he amado con toda el alma, aunque suene a canción cursi. A mis dos exesposas al final las odié por haberme elegido, por no haberse rebelado contra mí cuando me parecía tanto a mi padre.

Incluso cuando me sacaron de sus vidas las creí débiles por no luchar por nosotros. A mis hijas, las dos mujeres por suerte, las adoro. Mataría por ellas, para defenderlas de cualquiera. Soy un poco bestia, pero así somos los hombres.

Mi tarea es pedirles perdón a las mujeres que amé y luego desprecié. Pero no sé cuándo, ni si seré capaz, porque tal vez se abrirán otras puertas que despertarán la ira en mí y no quiero acercarme más a mi padre.

Claudio

«Mi madre era una musa. De hecho, mis hermanas y yo le apodamos la Venerable; ella sonríe. Sólo nosotros sabemos el porqué de ese apodo a una mujer tan fuerte, la más hermosa de su generación, una Brigitte Bardot mexicana. Hablaba tantos idiomas como le dio la gana aprender. Sólo Dios sabe para qué aprendió mandarín. Tal vez para impresionar al viejo.»

No cualquiera se codea con las élites culturales de Hispanoamérica como mis padres.

Él vivía de un viaje en otro, enredado entre las piernas de las mujeres que encontraba en su camino. Era un hombre bajo, poco atractivo, delgado y desgarbado con los ojos desparramados y unas pupilas más bien pequeñas. Carecía de gracia al caminar, pero bastaba que hablase en la presentación de alguno de sus libros para que todos, hombres y mujeres, quedaran hechizados por su inteligencia.

Era un seductor; nunca un hombre amoroso. Estaba enamorado de sí mismo, de su sabiduría, incluso de sus defectos, como la rudeza y el desprecio hacia otros escritores, un desprecio que sus críticos señalaban como envidia y sus amigos como buen gusto de crítico literario.

A mi padre le gustaba hacer tertulias en las que él era el centro de todo; una especie de enciclopedia parlante, de memoria prodigiosa y léxico impecable. Recuerdo desde niño que tenía a su alrededor a las mujeres más lindas, en minifalda (porque entonces se usaban minifaldas y las mujeres celebraban la liberación sexual en nuestros círculos).

«Lo veía pavonearse frente a mi madre, que desarrolló un silencio estoico ante la humillación constante. Algo dentro de mí lo admiraba con franco azoro.»

A ella también la admiraba por ser tan noble con él.

¿Enojo? No lo creo. Ya de mayor, cuando ella me narró el infierno que vivía sentí pena; pero mentiría si dijera que me

enojaba mi padre por tratar así a mamá. Creí que era un acuerdo tácito entre ellos, que así eran los matrimonios. Las otras parejas de intelectuales que visitaban mi hogar no eran tan diferentes, la promiscuidad es ya conocida; ahora se saben las historias de quiénes se pelearon con cuáles por infidelidades y romances, inquinas y envidias.

Yo mismo me parezco a papá. Era un niño más bien tímido y monacal. En el fondo pensaba que si él, feo y gruñón como era con nosotros a puerta cerrada, podía tener a tantas mujeres como quisiera, si había adquirido ese prestigio intachable por ser un hombre brillante, aunque cruel con los suyos, tal vez yo tendría salvación. Nunca me consideré cruel, mucho menos mujeriego.

Creo que tenía quince o dieciséis años cuando supe que yo podía, también, seducir a las mujeres con palabras brillantes como joyas. Bueno, a cierto tipo de mujeres... a las que atrae el poder de la inteligencia más que el poder del dinero. A esas a las que atrae el prestigio, la fama y el dinero es más sencillo deslumbrarlas, al igual que a las más jóvenes que quieren un hombre que les muestre el mundo; a mí no me interesan.

Mi padre era un maestro en el arte del romanticismo clásico; siempre tenía en la punta de la lengua una cita perfecta, una frase destellante, una anécdota picaresca. Era, irónicamente, un macho perfecto y el antimacho intelectual.

¿Ausente? Sí, el mío fue un padre lejano. Lo doméstico siempre le pareció mundano, los niños le aburrían al igual que los asuntos familiares. A él le interesaban los otros como concepto; era un experto en la alteridad. Amaba a los indígenas, al Che Guevara; el socialismo era su pasión y se codeaba con las élites de los revolucionarios latinoamericanos.

Escribió un sinfín de ensayos sobre la ética y la mirada a los excluidos, además de sus novelas.

¿Un ejemplo? La cocinera de la casa, una chica oaxaqueña que fue llevada a trabajar con ellos, forzada a dejar a su familia desde que tenía quince años, ella lo trataba como a un rey. Con la precisión de un reloj humano, la chica, después ya mujer porque sigue en esa casa, se levantaba a las cuatro de la mañana de lunes a domingo para llevarle a mi padre el desayuno perfecto a su estudio, Sabía que el café debía estar caliente, así que cobijaba con una manta de lana la jarra de porcelana que la Venerable compró en Francia, para que fuera como él lo deseaba. No recuerdo haberlo visto agradecerle nunca, ni siquiera haberla mirado a los ojos. Con su mano mi padre le hacía un gesto de aprobación, como el de un sacerdote que suelta un mendrugo de bendición a una transeúnte sin importancia. No. Nunca nos golpeó.

> «Su forma de herirnos consistía en pasar a nuestro lado sin mirarnos, en juzgar nuestra existencia por las notas del colegio, así como del conocimiento y uso apropiado del lenguaje.»

Éramos una extensión de él y su prestigio. No sé si llamarlo violencia; eran otros tiempos, hay hombres que no nacieron para ser amorosos y entregados a la vida familiar. Tal vez también hay mujeres así... No conozco a ninguna que me venga a la mente; seguro las habrá. No hay buenas

novelas u óperas sin mujeres crueles que abandonan a sus hijos. En la literatura las hay de todas, te las puedo enlistar, pero probablemente no te interese. Claro, si el aborto hubiese sido legal... si fuera legal en todo el mundo, a saber cuántas madres así habría.

Sí... me parezco a él de cierta forma; por fortuna algunas de mis facciones son de mi madre. A diferencia de mi padre yo sí me enamoro, yo sí amo a mi hijo, aunque no viva con él. No creo que la paternidad sea destino. Bueno, la mía con mi hijo espero que sí lo sea. Ama la literatura como yo, le hemos dado herramientas para la vida; desde que tenía ocho años platicamos como adultos, le recomiendo libros y los lee con auténtico interés.

No, no soy mujeriego como mi padre. Yo sí me enamoro. Soy un romántico en el fondo, voy en busca del amor y el deseo. Bien podríamos decir, como has señalado, que soy un monógamo serial; mi relación más larga fue el matrimonio de ocho años, que terminó porque estábamos desgastados, lejanos, y porque me enamoré de otra mujer.

Después han sido relaciones bellas pero pasajeras. No cualquier mujer soporta la vida con un escritor; tenemos manías y una gran necesidad de espacios personales. Sí, en lo que toca a mi hijo siempre me di tiempo para ir por él a la escuela, para llevarlo al teatro y exponerlo a cine menos comercial. A veces le aburrían las películas francesas o alemanas; sé que de adulto agradecerá esa experiencia cultural. Aunque no fue fácil para mí, hubo días en que tuve que ceder y llevarlo a la Frikiplaza (un sitio comercial horrible con videojuegos y otras bobadas); pude verle comportarse como un niño común y corriente. Me pedía que me escondiera cuando llegaban sus amigos; nunca fue difícil hacerlo pues

llevaba un libro y me sentaba en algún lugar cercano. Confío en su cordura.

> «¿Misoginia? Es un vocablo mal utilizado; yo diría que en exceso. Quien ama a las mujeres no las odia. Bien, es posible que se les deteste un poco a veces, es el eterno femenino producto de esa educación para ser buenas y manipuladoras.»

Mi madre era un poco así, pero ella era culta y lista, debía seguir el juego para no perderse en la depresión. No me atraen las mujeres tontas ni las vanidosas, por más guapas que sean; las prefiero inteligentes y educadas, aunque en esta cultura es difícil... ¿Por qué? Porque las mujeres más educadas en general se preocupan poco por su apariencia y las que se preocupan demasiado resultan frívolas para mi gusto.

¿Eterno masculino? No existe. La virilidad como elemento biológico-cultural es otro asunto. Pero no... definitivamente no creo que se correlacionen.

¿Mujeres intelectuales? Claro que las hay. Yo conozco pocas; por alguna razón me rodeo más de hombres, ellos tienen más tiempo para compartir y debatir. ¿Por qué? Pues las mujeres están en otras cosas, supongo que estarán en casa, con la familia y otras ocupaciones propias de su elección.

Sin duda hay grandes escritoras y científicas, puedo nombrar un par. Filósofas insignes sí, algunas europeas, un

par de latinas. No lo sé. Habría que preguntarles a las mujeres por qué no se desarrollan en el mundo cultural en la misma medida que los hombres. No es mi especialidad, de allí que sea incapaz de responder como esperas. Como alguna vez me señalaste, efectivamente en las mesas de ferias literarias hay un porcentaje mínimo de mujeres; sin duda ésa es responsabilidad de los organizadores, de ninguna manera nos corresponde a los intelectuales corregir a quienes coordinan ferias. Cuando yo lo he hecho, me han ignorado como si fuera mujer o feminista; lo que puedo asegurarte es que no guardo silencio frente a las injusticias.

¿La maternidad? Sin duda puede ser su talón de Aquiles; vivimos en una sociedad en que las madres dedican más tiempo a la crianza. Sí, la madre de mi hijo está con él. Sí, comenzó a trabajar de medio tiempo desde que nació, luego del divorcio siguió igual. Ambos elegimos tener un hijo y está claro que los hombres perdemos menos con la paternidad, porque no es nuestro cuerpo el que engendra al ser humano, ellas desarrollan una relación diferente. Yo pago una pensión sustanciosa para que ella viva bien y cumpla con lo que le corresponde.

Por ejemplo, mi madre y yo somos muy cercanos; ella se hizo cargo de nuestro bienestar emocional y alimenticio mientras mi padre se hizo responsable de la manutención y de la cultura. Es una buena combinación. No la ideal, y debes reconocer que eran otros tiempos. Hoy en día, en 2017, todo es diferente; las feministas han hecho grandes aportes a la cultura de la democracia, e incluso de la democracia en el hogar. La igualdad es imprescindible para convertirnos en seres más civilizados, más amorosos.

¿Mi hijo con quién vive? Con su madre, ella tiene más tiempo. Bueno, es que mi carrera es más exitosa que la suya, yo soy quien aporta más recursos, por eso acordamos que yo tendría más libertad. Creo que la pregunta es tramposa. Ella podría haber ganado más que yo, pero no puedo hacer hipótesis de si me hubiera gustado ser un padre que se queda en casa de tiempo completo durante toda la infancia de mi hijo; no fui educado para ello, eso de la maternidad es casi una profesión... De hecho escribo en casa, aunque viajo mucho. No. Imposible responder algo tan iluso como reconstruir mi pasado.

¿Que si le presento mis novias a mi hijo? Sí, no me gusta ocultarle nada; la honestidad es un valor que equivale a un músculo que debe ejercitarse a diario. A él le han caído bien, a las más jóvenes les pone motes curiosos, es buen chico con ellas. Entiende que es mi vida. De su madre no lo sé. Ella ha elegido no presentarle su pareja a nuestro hijo hasta que sea algo serio; me parece que ésa es una decisión individual, cada cual toma las que considera mejores. Mi hijo debe aprenderlo para después como adulto tomar sus propias decisiones.

Pablo

«Tendría diez años cuando vi por primera vez a mi padre con un hombre y sentí algo extraño, una especie de rabia inexplicable. Vivíamos en Mérida, de donde es toda la familia.

Creo que mi madre lo sabía. Sabía que las familias se pusieron de acuerdo para casarlos, aunque a él le gustan los hombres.»

Sabían que su carrera como político sería muy exitosa. Lo tenían todo preparado, como se escribe una gran obra teatral. Ambas familias tienen dinero, prestigio, apellidos e influencias. Pero supongo que en los años cincuenta estaba muy mal visto que un hombre que quería ser gobernador y después presidente de México fuera homosexual.

Somos tres hermanos. Yo soy el único que no habla con él. Desde hace cinco años tuvimos una desavenencia de la que no hablaré.

Nunca estuvo presente. Sólo en las comidas de los domingos, en los eventos púbicos, las bodas y bautizos tomaba a mamá de la mano e incluso la besaba en la mejilla. En casa la trataba mal, la humillaba recordándole que era una ignorante aunque puedo asegurar que nunca lo fue. Mi madre es más culta y preparada que él, pero por mucho.

Aunque debo decir que él tiene mucho conocimiento de política; es lógico porque está más fogueado. Mamá se quedó en casa a atendernos; se dedicó a resolverle a él su vida social, mientras papá ha vivido la mayor parte de su vida en la Ciudad de México, entre el Senado, la Cámara de Diputados y otros puestos importantes como secretarías de Estado y demás.

¿Un adjetivo o una descripción? No sé... Resentimiento. Sí, ésa es la palabra correcta. Sí, con ella: con mi madre por no rebelarse contra su familia y contra papá. Por dejarse humillar así, todo el tiempo, frente a sus tres hijos, frente al personal doméstico. Se encerraba a llorar; a veces venía su hermana a consolarla y yo escuchaba tras la puerta. Le decía que así son todos los hombres.

Definitivamente sí, mi padre nos humillaba todo el tiempo, nos decía putos o niñitas cuando no hacíamos bien las

cosas, o si se nos salían las lágrimas cuando nos pateaba tras las rodillas o nos daba coscorrones con un grueso anillo de oro que lleva en el dedo meñique; nos golpeaba por equivocarnos o por no responder como él esperaba. Lo hacía de forma inteligente, jamás en lugares visibles. Bueno, no digo que los golpes inteligentes sean buenos, lo que digo es que eso muestra que es un estratega, sabe cómo dañar al enemigo sin que nadie se dé cuenta. ¿Enemigos, sus hijos? No, no quise decir eso. Me refiero a que es un estratega; nada más.

¿Rebelarnos? ¡Imposible! Es un hombre muy fuerte, nos podía quitar todo; vivíamos amenazados de echarnos a la calle, de mandarnos a escuela pública, o lo que es peor: desheredarnos.

Sí, a mi mamá también la amenazaba, sobre todo con decir que estaba loca y quitarle a sus hijos; él podría haberlo hecho fácilmente. En el hospital psiquiátrico de Mérida hay varias señoras, algunas de buena clase; dicen que sus esposos así lograron deshacerse de ellas usando el poder y las influencias.

«Creo que alguna vez le dio alguna bofetada a mi madre, pero ella ya era adulta, se podía haber ido, mas era su obligación cuidarnos, ¿no? Si no, ¿para qué tienen hijos las mujeres? No, de ninguna manera la estoy culpando, pero tampoco voy a justificarla.»

¿Poder? No entiendo a qué te refieres con eso de la diferencia de poder entre ellos... Son adultos, los adultos son libres de elegir.

No, nunca he querido casarme ni tener hijos. Las mujeres me parecen hermosas, pero poco confiables para cuidar de los hijos si no tienen el esposo adecuado.

¿Un hombre adecuado? Pues yo qué sé, es uno que para empezar no niega su propio ser, su identidad. No.

«Nunca le tuve miedo a mi mamá, más bien lástima y cariño, lo dio todo por nosotros. A mí lo que más orgullo me da es haber nacido hombre. Ser mujer o gay debe ser espantoso.»

Mamá era tan dulce conmigo... Cuando papá salía de viaje y la dejaba sola, yo dormía con ella; me pedía que le hiciera cariños en la espalda hasta que se durmiera. Era como una niña encantadora. Sí, bueno, a los quince años dejé de dormir con ella porque la familia creía que no era adecuado. Yo nunca vi nada de malo, son un hijo y una madre que se aman. Cuando no dormía con ella tenía pesadillas de que amanecía muerta. No sé de dónde saqué esa tontería de niño.

¿Definirme yo? Tengo un patrimonio importante, soy un hombre de éxito, sólido, fuerte, y tengo todo lo que quiero cuando lo quiero, autos, viajes, mujeres, un yate, terrenos en las playas de Tulum y de Progreso. Yo le llamo a un gobernador y me toma la llamada, porque soy respetable. Cualquier cosa puedo tener; me las merezco porque lo he trabajado.

Creo que las mujeres más que cobardes son débiles. Ellas sí se entregan por amor, nosotros no. Yo a los treinta y siete años soy un hombre pleno. ¿Cuántas mujeres plenas de mi edad conoces? Bueno, que tengan el dinero y el prestigio empresarial que yo tengo. Pocas... seguramente son pocas. No estoy hablando de ti, tú eres una periodista conocida.

¡Claro que creo en la igualdad! Sólo que cada quien tiene su lugar en la sociedad, eso no lo podemos negar. Yo sí heredé en vida, sí he tenido facilidades, pero no me las voy a gastar en cosas de belleza; he invertido muy bien mis recursos, me he preparado. ¿Este traje? Sí, es Ermenegildo Zegna; toda mi ropa es buena, me la merezco. Tengo una colección de zapatos de Yohei Fukuda que compro directamente en Japón; también de Enzo Bonafé, de Italia. Mira, son éstos, muy cómodos y valen lo que pago por ellos.

¿Qué? Es desigual, entiéndeme: las mujeres se compran moda por aparentar, nosotros porque el trabajo exige elegancia.

Creo que es diferente, nunca me hago esas preguntas; de hecho me parecen preguntas muy de mujeres. No todo necesita explicación.

¿Que si me he enamorado? De eso no voy a hablar. Me siento emocionalmente más cerca de las mujeres, pero más seguro entre hombres. Es muy complejo, no sé por qué la gente pide que nos etiquetemos. Si me tengo que etiquetar diría que son un donjuán; sé enamorarlas pero me aburro muy rápido. Soy, como ya dije, un empresario exitoso y mi vida privada es eso: privada.

Gerardo

«Desde niño nos dijeron que ser hombre era ser como mi padre y mis tíos, todos militares. Supe lo que significaba ser hombre de verdad la primera vez que vi a mi padre golpear a mi madre por desobedecerlo. Era algo muy trivial, yo siempre estaba pegado a sus faldas y a él le enojaba eso. Decía que me iba a convertir en un ser débil, femenino.»

Sí, supongo que mi padre tenía terror de perder su virilidad o la nuestra, al menos la de sus tres hijos varones. La casa parecía un campo de entrenamiento en que siempre debías demostrar dureza, crueldad. Mi padre era un humillador espectacular. No lo digo con admiración, pero sí me impresionaba un poco. Con la voz y la mirada te hacía temblar. Tenía un fuete pequeño para caballos; jamás lo vimos montar un equino, pero cada vez que nos mandaba llamar o que quería reprimir a mi madre salía con el látigo en la mano y lo movía delicadamente casi acariciando su pierna, con el puño cerrado amenazante, como en las películas.

> «Un día golpeó tanto a mi madre que la ambulancia se la llevó. Dos días después, el 9 de julio de 1971, nos dijeron que mamá estaba muerta.»

Que había fallecido de un infarto. Yo sabía que eso era mentira, pero todos en la familia decidieron ocultar la verdad para no manchar el nombre o la reputación de mi padre, que tenía una carrera importante en el Ejército mexicano.

Mi peor pesadilla durante casi toda mi juventud se repetía idéntica, como un corte de película. Mi padre golpeaba a mi madre, yo sostenía una gallina en la mano, por el cuello, sin percatarme de que la estaba ahorcando; llegaba corriendo frente a ellos, mi padre pateaba a mamá, que yacía en el piso. Cuando me acercaba a ella, era yo quien recibía una patada en la cabeza. Sólo veía la bota de papá, que parecía el pie de un gigante que a su vez se transformaba en un

tanque militar. Entonces mi madre desaparecía y yo me quedaba allí en su lugar, recostado en posición fetal sobre un charco de sangre abrazando a una gallina muerta.

En cuanto pude salí de la casa, aprendí a huir de mi padre, a esconderme en los libros. Conocía todos los rincones de la casa; abajo de la mesa de la cocina me pasaba horas leyendo ciencia ficción. Nunca me gustaron las novelas que mis compañeros leían; todas eran de guerras, espadachines y militares.

Mi padre me enseñó a odiar la guerra, la que se da en casa; la otra también. Antes de irme del hogar paterno destruí su juego favorito de ajedrez; eran piezas de militares tallados a mano en marfil, su orgullo absoluto. Nunca se lo había confesado a nadie. Los rompí con un martillo, a otros los enterré en el jardín. Disfruté esa mañana que no había nadie en casa como he saboreado pocas cosas en la vida.

Estudié en la universidad pública para ponerme a trabajar y alejarme de él tan pronto ahorrara un poco. El cine es mi profesión y mi pasión; desde la ficción puedo contar historias.

Sí, me casé a los veinticinco años. Tengo una obsesión por la verdad, la honestidad, que no es más que decencia. Le conté todo a mi esposa. Ella sabe que no puedo con la violencia. Nuestras dos hijas son lo más importante para nosotros. Queremos que crezcan en un mundo seguro, por eso jamás las presenté con su abuelo.

Sí, les conté la verdad, les dije que por eso dejé de hablarle a mi padre, porque era un golpeador. Cuando vemos en las noticias historias de un nuevo feminicidio no puedo dejar de pensar en mis padres. Sí, mis hijas me preguntaron un día, ya adolescentes. Yo les dije que, efectivamente, fue un

feminicidio porque había violencia familiar desde antes, porque mi padre lo hizo con premeditación y crueldad.

Y no, no tengo excusa. No lo denunciamos porque a los niños nadie les cree y después, bueno, después la historia cambió. Toda la familia lo ocultó porque había que proteger al proveedor, al líder moral de la familia, al más poderoso. Ahora que me preguntas pienso que tal vez por eso somos tan agachones con los políticos corruptos, porque son los líderes morales de la familia nacional. ¡Qué asco!

Mis hijas ven las fotografías y dicen que soy idéntico a él. Ya no me molesta que me lo digan. Sólo nos parecemos en lo físico.

¿Miedo? No creo que esté instigándoles a mis hijas miedo hacia los hombres. La verdad no hay que maquillarla; siempre les digo que deben tener cuidado al elegir a los hombres. Sí, ambas son heterosexuales. Ellas mismas me platican que en el colegio los niños son más agresivos, los que hacen más trampas en los exámenes, por ejemplo; yo les respondo que eso es corrupción, y ellas son lo suficientemente inteligentes para comprender la importancia de la honestidad.

Mi esposa es científica, es investigadora y tiene una plaza fija. Gana más que yo y acordamos que yo trabajaría medio tiempo para estar con las niñas. Son mi orgullo.

¿La palabra para definirlo? Creo que es machismo.

«Papá se comportaba como un macho de película, como un macho del mundo animal que no quiere dominar sus instintos ni sus pulsiones.»

No, no soy como mi padre, por fortuna para mi esposa y mis hijas.

Yo lo he trabajado, aunque mis amigos y mis hermanos digan que soy un oprimido, un mandilón. No entienden que pueden existir familias sin oprimidos ni opresores. No voy a perder mi tiempo en esa discusión.

¿Yo cómo me defino? Como un hombre feliz, pleno, que no hace daño a nadie, que ha pasado una vida preguntándose cómo pude haber salvado a mi madre. Sí, sé que no pude hacer nada, era sólo un niño. Yo pongo el ejemplo en casa, no me interesa ser líder social ni salir a pelearme con los machos; los hombres en general son muy necios y siempre vamos a perder esa discusión. Pues simplemente porque así ha sido siempre, son siglos de cultura que un hombre como yo no puede cambiar. Educar hijas fuertes es mi aportación, seguramente ellas darán la batalla contra los machos.

No sé si hubiera podido denunciar a mi padre, pero era mi palabra contra la suya y la de sus amigos del Ejército, como ya dije... Una guerra perdida. Eso sí lo entendí desde muy niño, no me preguntes por qué; sabía que hay hombres con los que uno no debe enfrentarse porque son capaces de matar a sus seres queridos.

Ismael

«Doy show en este sitio BDSM (bondage sadomasoquismo) porque me gusta, además porque es sano para mí.

Tal vez tenía como nueve años cuando entré por error a la habitación de mis papás. Tenía pesadillas y quería decirle a mi madre algo que ahora no recuerdo por más que lo intento. Mi papá la tenía amarrada con una cuerda gruesa, colgada de una viga.»

Nunca olvidaré cómo sus carnes se veían como tajos de piel enrojecida, simulaban un embutido como los que cuelgan en las carnicerías finas. Mis padres estaban teniendo sexo rudo. Yo no entendí nada; a esa edad un escuincle no comprende ni la o por lo redondo.

Lo que sí recuerdo y revivo cuando lo hablo es que se me estrujó el corazón de niño, algo no estaba bien. Mamá me miró con ojos de angustia; ella estaba llorando, el maquillaje se le escurría y el negro de los ojos formaba líneas que parecían rejas en los labios rojos vibrantes. Yo estaba seguro de que ella no la estaba pasando bien. Mi padre tenía una sonrisa cáustica. Me gritó que sólo estaban jugando como lo hacen los adultos, que me fuera de inmediato.

Claro, me mandaron a mi cuarto y la pesadilla anterior perdió importancia frente a la realidad de ver a mi madre sometida así y a mi padre haciendo cosas que años después me parecían indecibles ante mis amigas y mi terapeuta.

Fue hasta que una amiga me presentó a una sexóloga que pude hablar de esto, entenderlo. Bueno, hasta donde es posible. La terapeuta me dijo que son prácticas eróticas para adultos y que si son consensuadas no hay nada de malo en ellas. Con mi madre medio lo hablé varios años después; ella me dijo que estaban jugando. Luego, ya como a los veintiuno, que ella descubrió que yo iba a lugares donde teníamos sexo grupal y eso, entonces comenzó a decirme que todo era su culpa.

«Sí, me confesó que mi papá sólo podía tener erecciones si fingía que la violaba, y que muchas veces en efecto la violaba...»

Bueno, casi siempre, porque ella era medio puritana y el sexo no le gustaba tanto.

Porque cuando se casaron ella era virgen, entonces no sabían nada el uno de la otra. Sí, mi papá quería una esposa virgen. A él le encantaba ir a los puteros desde joven; me decía que no convenía casarse con una mujer con experiencia sexual, porque siempre te van a juzgar y comparar, que era mejor agarrarlas más inexpertas y enseñarles tus modos.

Su papá y su abuelo lo llevaban a los prostíbulos, luego leía novelas en que los hombres inteligentes y cultos tenían vidas sórdidas, entre burdeles y cantinas. Le gustaba la idea ser como un detective, un pintor o un escritor maldito que sólo podía ser brillante en la voracidad de la dominación, en los ambientes sórdidos de hombres imperiosos que someten a las mujeres y pagan para que les obedezcan. Decía que le interesaba porque era cultura, porque era ficción y no le hacía daño a nadie con la imaginación.

¿A mí? Sí, me llevó a un puticlub VIP en la Zona Rosa. No, nunca hablamos de sexo y mucho menos de sado ni bondage. Hablábamos de futbol, de libros, de política, pero nunca de intimidad. Lo mismo me regalaba libros de Borges, de Hemingway, de Octavio Paz, de José Agustín, Baudelaire, Vargas Llosa (mi favorito es *La ciudad y los perros*), o la biografía del Marqués de Sade.

¿Que cómo cambió mi vida? Pues un día me metieron un susto pavoroso en una fiesta de swingers en Cancún. Casi me violan unos tipos; estábamos en un hotel *nice*, pero como que era todos contra todos. Después yo tuve sexo rudo con una chica más joven... Ella acababa de cumplir diecisiete y yo tenía treinta. A la mañana siguiente me dijo llorando que la había violado.

Me sentí muy mal, le pedí perdón, la llevé a desayunar y le dije que yo no era así normalmente; ella fue muy comprensiva, estaba asustada pero se fue relajando cuando se dio cuenta de que no soy un mal hombre.

Fue entonces que empecé con la terapia más en serio.

> «¿Cómo lo justifiqué? Pues como le hace todo el mundo, diciendo que si ella estaba allí era porque quería sexo de ese tipo.»

Me tardé mucho en ver esa cobardía; uno aprende con los años. Me arrepiento de verdad.

Por eso de mis padres doy el show. Con él saco esta parte que me mueve tanto. Es como si no hubiera cortado el cordón umbilical; entonces, para no dañar a nadie inocente lo hago con profesionales. No, no vivo de eso. Soy programador freelance y hago radio, también cabaret.

Sí, estoy trabajando con mis adicciones al porno y algunas otras cosas. A mi padre hace años que no lo veo, no sé por qué comencé a odiarlo. Siento que mucho de lo que me sucede, de todos los problemas que estoy enfrentando, son debido a él. Era muy, pero muy violento y nadie decía nada. Todos le teníamos miedo.

Él era impresionante con las palabras, siempre sabía qué decir y cómo decirlo; si queríamos rebatirle sobre su comportamiento invariablemente terminaba haciéndonos sentir imbéciles, inadecuados. Como si la realidad fuera una mentira y su verdad fuese lo que determinaba la existencia de los otros en su entorno. Sólo podíamos vivir cerca de él si

aceptábamos su verdad, por falsa que fuera frente a cada cicatriz que ahondaba en nuestra memoria.

¿La cicatriz? Bueno, es como quien deja adentro de tu cabeza de niño un alfiler y, cada vez que piensas en tal o cual cosa, ese alfiler se mueve como un péndulo mientras se profundiza el dolor. Dejas de pensar en ello para que la cicatriz no abra más, no duela más, para que ya no sangre porque te puedes volver loco de recuerdos infantiles.

Yo no quiero ser un hombre al que le tengan miedo; como cualquier ser humano añoro que me amen, pero es un poco difícil decir la verdad a las parejas, por el temor al rechazo, por mis gustos o tendencias hacia la violencia teatralizada. ¿Por qué la defino así? Porque para mí es una actuación. Así divido mi vida: entre lo falso y lo verdadero, para no confundirme. No me gusta dañar a nadie.

¿Las mujeres del club? Pues en realidad no se me antoja enamorarme de una como ellas. Las viste el día que te invité; todas tienen muchos traumas y creo que me iría peor. Hay mucha putería, mucha droga, el cuerpo se les marca; algunas se atraviesan agujas en los senos y no me late una chava así para una pareja o la madre de mis hijos.

¿Ser hombre? Sí, mejor que ser mujer.

Hay una cita del libro *Fiesta* de Hemingway que me gusta: "Pensé que lo había pagado todo de una vez, al revés de las mujeres, que pagan y pagan y vuelven a pagar". Me refiero a que pagan por ser mujeres, con el sufrimiento y el abandono de los hombres, por ser madres se aguantan. Ésa es una ventaja de ser hombre; tenemos más libertad. No tiene sentido, lo sé, pero la tenemos, así es la cultura. Yo quiero tener hijos, ya se me está pasando el reloj biológico, que claro que tenemos los hombres; yo quiero ser padre, no abuelo.

Por el momento pienso que lo mejor sería mantener en secreto esta parte de mi vida: odiaría que mi hijo, o si fuera una niña, ¿te imaginas?, me descubriera como yo a mi padre. Nunca me lo perdonaría.

No sé. Sí, mi terapeuta dice que si hubiera tenido otra infancia no estaría pasando por esto, pero yo ya asumí que ésta es la vida que tengo y con ella algo habré de hacer para no reproducir el patrón de mi padre. Vete tú a saber qué cosas hizo con otras mujeres. Yo por lo menos sé qué tipo de hombre soy, voy día a día, pero jamás he lastimado a una mujer fuera del escenario. Sí, claro, después de aquella chica que no me acuerdo cómo se llamaba, a ninguna. Ahora soy consciente de que mi debilidad es querer ser como mi padre.

Bartolomé

«Fue el día en que me secuestraron aquí en Guadalajara cuando de verdad cambió mi vida. Yo siempre le dije a mi esposa que no me acordaba de nada de mi infancia. Es cierto, no es que lo quisiera ocultar; es como si alguien me hubiera borrado la memoria de los cero a los doce años.»

Mi madre contaba historias de cuando mi hermana y yo éramos chicos, pero nosotros siempre nos mirábamos cómplices, pensando en el fondo que estaba narrando la vida de una familia que no era la nuestra. Mamá insistía en que fuimos muy felices, en que mi papá nos llevaba a montar a caballo al rancho de mis tíos, en que hacíamos muchas cosas divertidas en familia; nos retrataba como a mi padre le gustaba: una familia de abolengo, perfecta, intachable, religiosa, educada. Nosotros no recordábamos más que silencios tensos como la cuerda de un equilibrista; mientras mi hermana y yo éramos los que intentaban siempre caminar por ella de puntillas, sin hacer ruido, guardando la compostura para no caer y causar un estropicio en la red de salvación de la familia perfecta.

Le decía que me secuestraron. Soy empresario; tampoco es que sea el más poderoso de Jalisco, pero hice una fortuna importante. Esa tarde iba en mi camioneta, una sencilla; no me gusta lo que es demasiado ostentoso. Saliendo de la fábrica el chofer se desvió por una calle pequeña, que porque había tráfico. Ya estaba todo listo: nos cerraron la calle por las dos vías, de una casa salieron seis tipos armados y me sacaron del vehículo. El chofer les abrió los botones eléctricos. Yo no podía creerlo: siempre fui un buen patrón y cuidé de su familia como si fueran de la mía; hasta padrino de sus dos hijos era. Esa traición despertó mi memoria como un primer balazo, fue brutal.

Estuve tres meses encerrado en un sótano, allí mismo en Guadalajara. Mi esposa contrató una empresa especializada en rescatar personas secuestradas; si no fuera por su amor y su necedad, yo no estaría contando esta historia. Las mujeres son más fuertes que los hombres; a ella le debo mi vida.

Lo que vino después ya no fue su culpa sino de mi padre. Nos terminamos separando porque yo me convertí en otra persona y ella no pudo entenderlo. Nunca volví a ser el hombre con el que se casó.

Pero le estaba diciendo que mis captores se iban turnando. Había días al principio en que no me dejaban dormir, me echaban agua helada en la cara y de pronto agua hirviendo en las manos. No entendía por qué me torturaban. Sabían que les daríamos el dinero; no obstante, la crueldad humana no tiene límites cuando se desata como un caballo salvaje que pierde las riendas y se escapa enloquecido, sin rumbo ni sentido.

Uno de los secuestradores tenía algo que me era familiar; fumaba un tabaco dulzón que empezó a despertar recuerdos escondidos en mi memoria. Al tipo le llamaban Alfa; se sentaba a diario durante varias horas frente a mí. Yo tenía una silla y un catre.

Ordenaron horarios para que estuviera sentado y acostado; sólo me quedaba obedecer. A ratos, durante las primeras semanas me amarraban las manos y los pies. Alfa se la pasaba viendo su teléfono celular y por momentos leyendo los periódicos en voz alta para que yo supiera de las noticias; o tal vez para que me diera cuenta de que todo seguía normal en mi ciudad mientras yo estaba secuestrado y mi vida había dado un vuelco hacia el horror.

«Algo en su voz, sumado a la forma en que leía el periódico frente a mí, cubriendo su rostro para hacer evidente que ignoraba mi presencia, comenzó a despertar mi infancia.»

Cada noche tenía una pesadilla. En trozos de periódico y con un lápiz que olvidó uno de ellos, comencé a escribir algunas palabras clave de cada sueño; los guardaba bajo el catre.

«En mis pesadillas mi padre entraba en la habitación del rancho, un cuarto muy amplio en el que dormíamos mi hermana y yo, una cama en cada orilla. Iba a la cama de mi hermana y abusaba de ella.»

Yo intentaba detenerlo y él me llevaba como un borrego al lomo para amarrarme en mi cama y taparme la boca. Siempre traía con él unas corbatas de seda para amarrarme. Olía a cigarros dulces y a loción de lavanda.

Estaba seguro de que mis pesadillas se debían al secuestro; pensaba que la tortura —porque eso que me hicieron fue tortura— estaba despertando proyecciones extrañas sobre mi padre, porque fue un hombre muy rudo con nosotros, muy ausente y frío.

Había noches en que los secuestradores me decían: "Mañana sale sano y salvo. Ya pagaron". Y me dejaban solo.

En el catre lloraba acurrucado, le juro, como si fuera un niño y no un hombre adulto. Me sentía aliviado y quebrado al mismo tiempo. Pensaba que no iba a poder enfrentar a mi familia, así como estaba, roto por dentro, lleno de ideas enloquecedoras en la cabeza.

Llegaba el día siguiente, uno de mis captores me despertaba, me mandaba a bañar y luego, ya sentado, me daban

un pedazo de pan o machaca con un huevo y café soluble servido en una taza de peltre. Me decían que no iba a salir, que mi familia les había dado sólo la mitad. Pasaron tres meses y un día llegó un comando de la policía federal. Los especialistas que contrató mi mujer me sacaron de allí para llevarme a casa.

Primero uno de ellos me acompañó a una habitación de visitas de mi casa en Guadalajara, se sentó conmigo y muy amable me dijo que iba a tomar mucho tiempo en adaptarme, que era mejor que me bañara y me arreglara solo antes de ver a mi familia. Habían comprado rompa limpia y nueva para mí: una chamarra negra, una camisa blanca de algodón fino y suave. Sentí mi dignidad restaurada con ese joven psicólogo.

Luego salí y ya se imaginará el shock, las lágrimas, mi familia, mi hermana, mis hijos. No podíamos parar de llorar y abrazarnos. Horas y horas y nadie quería decir nada malo. Sólo que nos queríamos, que ya todo estaría bien; era como si nos sintiéramos vigilados. Como si la libertad fuera ficticia.

Al día siguiente en la mañana encontré a mi hermana en la cocina tomando café. En cuanto me vio se paró a abrazarme y comenzó a llorar otra vez; yo también. Entonces le empecé a contar como un descosido todas mis pesadillas y ella lloraba mientras asentía y seguía llorando. Nunca le solté la mano; me acuerdo porque nos sudaban pero no quería dejar de tocarla, casi como niño, como si eso la protegiera de lo que nos decíamos. Yo tenía una gran necesidad de afecto, de abrazos, de sentir que estaba con mi gente en casa por fin.

Todo era cierto. Mis padres ya están muertos ahora, pero todo es real. Los recuerdos se borraron porque yo no podía manejarlos; al menos eso dijo el terapeuta semanas

después. Mi hermana me dijo que ella sí lo había logrado hablar con mi madre muchas veces, que mamá le pidió perdón por no haberse dado cuenta.

Confesó que en el fondo ella nunca perdonó a nuestra madre, porque cree que sí se daba cuenta, pero no se atrevió a defendernos. No importaba si era por miedo, o porque quería más a mi padre que a nosotros, o porque no sabía cómo manejarlo frente a la familia de él, que lo consideraba una especie de Dios... Ya no importa. Muy probablemente a ella también la hubiera amarrado si se metía, tal como lo hacía conmigo. Era un hombre muy fuerte.

Eso tienen casi todas las mujeres: son más valientes porque se atreven a hablar de sus emociones, se pelean, discuten, quieren clarificar. Nosotros los machos no. Nos lo guardamos para no exponernos. ¿Por qué? Pues por miedosos. Los padres nos hacen miedosos. Yo no sabía a qué le tenía miedo hasta mi secuestro; ni me lo imaginaba.

A mí eso me enseñó el secuestro. Yo me creía muy fuerte, sólido, un hombre respetable, educado para aguantar, para mantener a la familia, para ser exitoso, educado, para callarme lo que siento, porque creía que sólo los gays expresan sus sentimientos. Perdone que lo diga pero es cierto, eso pensaba.

> «¿El machismo? Es pura cobardía. Yo nunca me sentí más hombre, más ser humano real que durante esas noches de los tres meses capturado por los secuestradores.»

Lloraba, pedía, suplicaba, les agradecía cada gesto de amabilidad como si me hicieran un favor. No importa si son criminales, eso ya no interesa, están en la cárcel.

Yo en mi cautiverio aprendí a expresar lo que sentía. No tenía nada que perder, estaba seguro de que me iban a matar; así sucede cuando tu vida está en manos de alguien más. Uno lee tantas historias parecidas, las personas secuestradas terminan convirtiéndose en número de muertos o desaparecidos... Así que fui yo mismo. Me di permiso de abrir la puerta sentimental que estaba cerrada a piedra y plomo desde mi infancia.

No sé, no lo puedo responder. Tal vez si no me hubieran secuestrado me habría muerto sin memoria de quién fue mi padre, de su crueldad y la forma siniestra en que actuó con mi hermana y conmigo. Nunca voy a agradecer lo malo que me sucedió. No estaba en mis manos, como dice el terapeuta. Lo que sí puedo hacer es aceptar la realidad. Cuidar de mi hermana, que ha sido una valiente y nunca me reclamó nada, aunque siempre recordó cada instante, buscó maneras de sanar. Ésa es valentía, no andar sacando pistolas y amedrentar a la gente. Valientes son quienes se curan las heridas y siguen adelante, aunque a ratos sientan temor.

No voy a perdonar a mi padre; ya hice la paz con eso. Lo único que agradezco es que se me borrara la memoria todos esos años para subsistir en el hogar, para seguir adelante y hacerme fuerte, estudiar, crear mi propia familia sana con problemas normales, nada de abusos ni malos tratos.

Ahora que lo pienso..., no lo sé, es un milagro que yo sea buen padre, que sea un esposo amoroso. Con esos padres que tuve podría ser un secuestrador o un político corrupto. Tal vez fue haber sido sometido en la infancia lo que me hizo no

desear parecerme a los hombres de mi entorno. Es una especulación porque casi todos mis amigos son como sus padres; aunque los resientan, los imitan.

Lo que me interesa hoy es lo que yo descubrí de mí, de mi padre, de ser un hombre que decide con claridad: o un camino de crueldad o uno del bien, sin hipocresía, sin doble moral.

> «Yo siempre dije que eso de ser macho es de película mexicana, que ya no sucedía; pero ahora reconozco que el machismo es eso… la doble moral, el poder, el abuso, la mentira, el sentimiento de superioridad para perjudicar a otros.»

No es una casualidad que más de 90% de los secuestradores y asesinos sean hombres; son hijos de machos abusivos.

Yo hago activismo contra el secuestro. Es muy importante la cultura de la salud mental, eso hace toda la diferencia del mundo. Mis hijos han aprendido también, accedieron a ir a terapia y les ha ayudado a procesarlo. Fue difícil convencerlos porque sus amigos hombres se burlaban de ellos; que si iban al terapeuta era porque estaban locos. La presión entre jóvenes es muy dura para que uno acepte ir al psicólogo o psiquiatra; no tenemos esa cultura de la salud mental. Cuando a uno lo secuestran toda la

familia vive la pérdida, el miedo, y eso no lo vemos hasta que nos sucede.

Tengo una confesión: siempre pensé que algún día en la Feria del Libro me armaría de valor para ir a buscar a esa periodista valiente, para contarle mi historia. Ella sí va a saber de qué hablo; ella sí va a entender sin juzgarme. Eso pensé, y míreme ahora: viví para contar esto.

Matías

«Nunca entendí por qué mi mamá se casó con mi padre. Eran polos opuestos. Ella era una mujer culta, bella, inteligente, progresista, divertida. Él es un hombre serio, limitado intelectualmente, muy interesado en el dinero, sagaz para los negocios, atractivo; pero su timidez lo hace hosco.»

Sus socios de toda la vida le hablaban de usted, como si fuera patrón del siglo XIX. Ha tenido pocos amigos que con los años ha desechado como si fueran basura.

Fue un padre ausente, clásico conservador latino. Yo nací a finales de los años sesenta. Recuerdo a mi padre siempre lejano, egoísta, invadiendo espacios en la casa. Su guardarropa era mucho más grande que el de mi madre, porque él tenía negocios importantes con gente influyente y debía vestir bien.

No nos maltrataba, por lo menos no físicamente. Sólo recuerdo una vez que abofeteó a mi hermano mayor porque lo descubrió fumando mariguana. A él le bastaba usar su voz de mandamás para ponerme a temblar. Yo era más bien tímido, siempre pensé que no me parecía en nada a él. Vaya sorpresa que me llevé con los años.

Gritaba el nombre de alguno de mis hermanos o hermanas y nos hacía pararnos frente a él. Forjaba una mirada feroz que nos hacía temer un golpe que nunca llegaba; la espera del maltrato físico y la incertidumbre eran su forma de enseñarnos a temerle. Le gustaba llamarnos para preguntar qué habíamos hecho mal. Tenía una forma tan sutil de humillarnos que no había manera de evidenciarlo. Lo único importante para él eran la educación escolar y los buenos grados; las apariencias, que nos portásemos bien —aunque él no ponía el ejemplo, ordenaba; para eso era bueno—.

¿Un ejemplo? Cosas tan sencillas como ésta: cuando en la mesa del comedor él se servía el agua de limón y tiraba un poco por distracción, se enfurecía diciendo que esa jarra era una porquería, mirando a mamá como si fuera la fabricante de jarras de porquería. Pero si mis hermanas se ser-

vían y se escurría el agua, les gritaba que eran torpes, tontas, que hicieran las cosas con cuidado. No había manera de contradecirle; creó un ambiente en el que sus equivocaciones eran invisibles porque era el padre, el mandamás del hogar, totalmente acrítico de sí mismo.

Sí, efectivamente coincido: los hombres educan con el ejemplo, las madres educan con la reflexión, el acompañamiento; al menos en los casos que me rodean es así. ¿Cómo?

> «Ellos son el ejemplo de la forma en que funciona el poder en la familia, en las empresas. Es nuestra responsabilidad, pero no la asumimos.»

Decimos que son las madres las que educan; ellas casi siempre van remendando los errores brutales de padres como el mío. No tienen mucho tiempo para más que eso: se dedican a mantener zurcido lo que llamamos tejido social, que empieza siempre por el tejido familiar.

A mi madre se la pasaba agrediéndola por su peso. No había comida en que no la humillara frente a nosotros por tomar una ración de pan o una porción de sopa igual a la de él. La complexión de ella era hermosa, un poco robusta, como las mujeres de los años cincuenta: una cintura pequeña, caderas amplias y unas piernas que mi padre le chuleaba. Él fue delgado y atlético. Además, hacía ejercicio a diario; tiene una disciplina extraordinaria.

«Desprecio… Tal vez ésa es la palabra correcta de lo que sentía por él cada vez que humillaba a mi madre. Ella sabía torearlo, no entiendo cómo.»

Por un lado, era una mujer tan inteligente, tan brillante; por otro, siempre lo disculpaba, justificaba todos sus errores, decía que era humano. El contraste entre ellos dos era brutal.

Yo lo descubrí un día besando a otra mujer en su auto, a unas cuadras de la casa. Ese día decidí conscientemente que lo odiaba, por mentiroso, por traidor. Mi madre hacía todo para mantener a la familia unida, era ama de casa, trabajaba en bienes raíces, nunca paraba. Él era un hipócrita, ese día lo confirmé. ¿Yo? Pues tendría como doce años cuando eso sucedió. Sí, fue un evento que me transformó la vida; le dejé de hablar durante años, sólo le respondía lo indispensable.

No lo miraba a los ojos. Con los años fui acumulando un resentimiento desmedido contra él. Al pasar de los años descubrimos que tenía una doble vida; era un mujeriego y mi madre lo sabía, pero en casa predicaba como si fuera el más probo de los hombres. Mis amigos dicen que eso es normal, porque no entienden o porque se quieren justificar a sí mismos.

El problema no era que tuviera sexo con otras mujeres; era su feroz racionalidad para exigir que fuéramos siempre éticos, de moral intachable. Todo error era imperdonable frente a él. Sí, tal vez me puso rabioso saber que mi padre

era en realidad un hombre vulgar, que ese tipo ejemplar del que mi madre hablaba no existía. Es probable que mi relación con él hubiera sido diferente si él se hubiera mostrado falible, si hubiera intentado amarnos, al menos si hubiese anhelado hacernos sentir que le importábamos. Fingía tan bien frente a las demás personas que resultaba insoportable el contraste.

Con los años, cuando me fui de casa empecé a repetir lo que mis hermanos mayores decían: que al menos siempre respetó nuestras decisiones, que fue buen proveedor. Mi hermana grande es su consentida; papá siempre marcó las diferencias frente a todos. Nos dividía con una precisión quirúrgica... La buena, el inteligente, el vago, la rebelde tonta, el inseguro probablemente maricón, la niña dulce... En fin.

Aún no soy capaz de explicar la forma en que construía ese escenario álgido, siempre tenso. Hasta la fecha estar con él es esforzarse por romper la acritud del ambiente a su alrededor. Se sienta como un rey, esperando que mis hermanas, mis sobrinos y nosotros actuemos como la familia perfecta.

Nos retoma y nos desecha dependiendo de qué tan bien le hacemos sentir. Su tiranía emocional va acompañada de una debilidad moral tremenda; es un tipo inaccesible. ¿Qué haces con un padre así? Sobrevivirlo.

Sí, mi madre murió hace una década. Seguían casados cuando ella pasó por un cáncer tremendo. Allí es cuando él nos mostró sus verdaderos colores: mientras ella estaba en los tratamientos más desgastantes que la dejaban devastada, él ya salía con una mujer con la cual se casó antes de cumplir el año de viudez. Mi padre desecha a las personas como a la ropa vieja; con las mujeres hace igual.

«Durante años fui a terapia psiquiátrica para poder trabajar el odio a mi padre.»

Lo peor fue que en el camino de esa búsqueda interior comencé a sacar una parte de mi personalidad parecida a la de él. No fue fácil admitirlo. De hecho, después de perder a mi madre, enfrentarme a mí fue lo más difícil.

Tendría unos treinta años cuando me divorcié. Ahora puedo reconocer que todo lo que aborrezco de mí mismo es de mi padre. Conforme hice la paz con él, gracias a mi terapeuta, me fui transformando en un tipo intolerante, obsesivo, invadiendo los espacios de mi casa y de mi esposa como él hace. Hacía cosas buenas por los demás, en el fondo para demostrarme que soy bueno, que no soy egoísta como mi padre, que siempre fue un tirano en la oficina, racista, cruel con sus empleados. Yo quise hacer todo lo contrario, al grado de casi llevar a la quiebra mi empresa por ayudar a todos.

No soy un mal hombre, no me estoy fustigando; sé que tengo cualidades, sólo que hablar de mi padre abre heridas profundas.

A los cincuenta años, a raíz de un problema empresarial volví a terapia con un nuevo especialista. Gracias a él lo pude ver claro: mi padre nos odiaba a mis hermanos, a mis hermanas y a mí por haber nacido, por quitarle el amor y la atención de mi madre. Es complejo explicarlo, porque papá sí quería una familia grande, pero para ser el general de un ejército obediente de niños y niñas perfectos que le hicieran ver bien a él. Hay hombres que viven la fantasía de

la paternidad como su coronación como patriarcas. Les interesa el linaje, pasar su nombre, pero no saben amar ni les interesa aprender a educar. La crianza la dejan en manos de las mujeres; así, todo lo que sale mal es culpa de la madre. En el caso de mi padre es más evidente, porque nunca le interesó ser padre, sino algo más primario, como demostrar su hombría a través de la reproducción; es absolutamente biológico, casi animal.

Sí, entiendo que soy categórico en mis opiniones; simplemente respondo con honestidad a las preguntas. Todo ha girado siempre a su alrededor, es un narcisista perfecto de libro de texto. ¿Si mi padre es categórico? Supongo que sí...

¿Que por qué maltrataba a mi madre si la amaba? Pues no sé si la amaba, no creo que sea capaz de amar. Le enseñaron desde chico que ser hombre era ser macho, no mostrar sus emociones; eso confunde mucho a los hombres. Papá tiene intereses; mi madre para él era una mujer con la que capitalizó un atractivo, cultura y un don de la palabra de los que él carecía. Seguro que le gustaba, muy pocas veces los vimos divertirse, pero sí creo que pudieron enamorarse, ya después cada cual mostró su patología.

Ella era la culta, la que le organizaba las cenas de trabajo, la que intercedía entre él y nosotros para que lo tratásemos bien. Él maltrataba a los meseros; ella les llamaba por su nombre y les daba doble propina. Iba detrás de él recogiendo la basura emocional que dejaba tras de sí, cargando la máscara para que no se mostrara como lo que es: un hombre de espíritu pequeño, tacaño, ensimismado en sus propios intereses. Mamá ni siquiera estaba con él como otras mujeres por la manutención; ella trabajó, ganó dinero toda su vida y lo invertía todo en casa.

Ella siempre lo perdonó porque su madre lo abandonó de niño. Años más tarde nos enteramos, al mismo tiempo que mi madre, que la abuela había huido de una relación de violencia doméstica que casi le cuesta la vida; que nuestro abuelo paterno, ese hombre que mi padre decía que era un patriarca ejemplar, casi mató a su esposa. La abuela por eso huyó, para seguir viva.

Mi padre lo sabía, pero siempre estuvo del lado del ganador; del maltratador, más bien.

Mi terapeuta insiste en que mi mamá jugó el rol de la suplente de la madre de papá, que por eso él no pudo con la paternidad. Que la quería para él, para que atendiera todas sus necesidades y deseos. Yo no lo creía hasta ahora que lo veo con su cuarta esposa. Después de mi madre las elige sumisas, muy típicas hembras adaptadas que juegan el rol de madre y de hija a cambio de dinero, manipuladoras, oportunistas. Supongo que se merecen mutuamente. ¿Enojo? Claro, siento rabia cuando hablo de esto. Acordamos que expresaría mis sentimientos, no sólo mis reflexiones, ¿o no?

No. Creo que ya no le odio; lo que siento por él es desprecio, y todo parece indicar que pasaré el resto de mi vida en terapia para resolver eso. No sé si cuando se muera me arrepentiré; no lo creo.

La gente no entiende cómo un maltratador psicológico puede mantener a su familia en hambruna sentimental toda su vida, buscando migajas de cariño en cada evento familiar, en cada Navidad o cada cumpleaños o boda. Esas sobras nunca llegan; sin embargo, las esperamos porque mi madre nos daba cariño por dos, nos acostumbró a creer que los afectos eran colectivos. Con su muerte descubrimos que era men-

tira, que él lo único que puede darnos es dinero, y a ninguno nos interesa su riqueza.

Tal vez por eso me siento huérfano de padre también. Claro, ¿ser reconocido? Todos lo necesitamos. Lo que me frustra es que al tiempo que añoro su reconocimiento y cuando lo veo, un destello de angustia se me aloja en el pecho. Ese niño que fui, abandonado como él. Inevitablemente me conecto con su desolación contra toda mi voluntad. En mi mente, como un procesador emocional sin carácter propio, busco excusas para perdonarle antes de que se muera; aunque esté tan sano y fuerte, es ya un hombre mayor. No sé si me entiendes.

> «Ahora estoy convencido de que la orfandad se puede heredar por generaciones; los padres sentimentalmente ausentes que viven en casa nos dejan huérfanos desde niños.»

No todos los hombres podemos ver eso. Por eso disculpamos, o justificamos, tantos comportamientos inaceptables; por eso, a pesar de la rabia, el resentimiento, seguimos buscando excusas cada vez que vamos a visitar a esos abuelos que fueron crueles, a esos hombres que jamás debieron ser padres. No tenían derecho a la paternidad, pero decirlo es un atrevimiento contra los propios hombres huérfanos como yo. Cuando lo digo y sé que estará en un libro me siento liberado y a la vez culpable, como si estuviera traicionando a los

hombres, como si les debiera algo a los que son machos. Es todo muy extraño, muy doloroso.

¿Por qué? Simplemente porque exhibirlos es exhibir nuestra propia miseria, y los hombres fuertes como nosotros no debemos traicionar a los hombres; a las mujeres sí, porque a ellas las entrenan para perdonar, pero a los hombres nunca. Me llevó más de una década entender eso. Sí, he perdido muchos amigos por analizar el machismo de mi padre y por ir a terapia. Seguramente no eran tan amigos míos.

¿Por qué no debemos traicionarnos? Porque perdemos poder, porque tenemos miedo de la exclusión de la orfandad que tutelamos hasta la náusea. Yo por eso ahora sólo tengo amigas mujeres; las verdaderas, con las que hablo desde el alma, son ellas. Con los otros juego al dominó, fumo puros y veo el futbol; hago mis rituales para no quedarme solo entre las mujeres. No, miedo no; sólo que de vez en cuando hablar de tonterías y estar rodeado de testosterona es bueno para despejarse. Sí, para eso sirven mis compas hombres, para dejar de pensar y sólo pasarla bien.

Tomás

«La mejor forma de definir a mi padre es diciéndote que de sus cinco relaciones amorosas más importantes nacimos tres hijos, y que ninguna de sus exmujeres le habla; se lo ganó a pulso.

Mi madre es estadounidense. Lo conoció en México en un curso de yoga, en la época en que tantos querían ser hippies. Se gustaron y la segunda vez que tuvieron sexo quedaron embarazados.»

Ella sí estaba enamorada. ¿Él? Francamente no lo sé; nunca lo hemos hablado.

Intentaron estar juntos. Ella se sentía muy sola en México, él estaba ensimismado en su propia carrera, y mi madre, una feminista rodeada de mujeres libertarias en Estados Unidos en la época de la revolución de los derechos civiles, decidió que no iba a convertirse en un ama de casa tradicional, que era lo que mi padre esperaba de ella. Así que se regresó a Estados Unidos. Tuvieron dos intentos de volver, más por el sentimiento de culpa cristiano de mi padre que por amor auténtico. En ese ir y venir nació mi hermana. Al principio mi padre nos visitaba de vez en cuando, a veces enviaba dinero. Poco a poco se fue desapareciendo como un fantasma. Por eso digo que eso de que los padres mexicanos son proveedores debe ponerse en duda. Hay tantos que dan la vuelta, tienen hijos y ni eso hacen.

Conoció a otra feminista argentina que estaba haciendo un doctorado; entonces él quiso hacer un doctorado que nunca terminó, se fue a Berlín con ella, tuvieron una hija. Él nunca aprendió alemán y después dejó a su esposa por una nueva mujer. A veces nos llevaba a México, pero la relación era lejana, álgida; las diferencias que ambos hacían entre mi hermana, yo y la nueva bebé eran insondables y dejamos de ir a visitarlo.

Era demasiado doloroso sentirse abandonado de lejos y rechazado de cerca. Mi madre lo comprendió, escuchó nuestras razones y aprobó la decisión. ¿Ella? Por supuesto que tenía defectos, pero siempre estuvo allí para nosotros. Ha trabajado toda su vida; no quiso tener pareja hasta que llegamos a la adolescencia. Tenía dos trabajos y encima nos

llevaba al futbol y a clases de natación. Mi hermana es campeona femenil de futbol.

Mi padre se inventó una carrera como empresario de medios; no es un hombre muy culto, sólo se esfuerza lo suficiente. Yo me cansé de intentar establecer un vínculo con él, y cuando supo que quería unirme a la Marina de Estados Unidos para estudiar ciencias, se sintió avergonzado de mí. En ese entonces él estaba construyendo su imagen de hombre de izquierda; no le iba bien que su círculo supiera que su hijo estaba en la Marina gringa.

Mi madre siempre estuvo allí para respaldarme; aunque ella sí es progresista me dijo que respetaba mi decisión. Me convertí en un navy seal de los mejores. Allí encontré a los hombres ejemplares que estaba buscando en mi padre, hombres valientes y de principios firmes. Mis compañeros se convirtieron en mi segunda familia. Mi padre jamás me preguntó durante años a qué me dedicaba. De vez en cuando le preguntaba por correo a mi hermana. Ella sólo le respondía que yo estaba bien, que me encontraba en una misión y no podía decir más. Jamás recibí una carta de él, todo era a través de mi hermana. Me acostumbré a ser huérfano de padre.

No puedes echar en falta algo que nunca has tenido, así de sencillo.

Hasta que mi padre se hizo pareja de otra feminista, ella insistió en que nos reuniéramos. Ella luego me confesó que durante dos años él le habló de sus dos hijas, mas nunca de que yo existía y era marine. Ella logró que nos reuniéramos en vacaciones, en Navidades en México. Fue un poco difícil.

En esos días yo ya estaba enamorado; quería casarme, tener una familia normal, amorosa. No tenía nada que perder.

Sé que mi padre se avergüenza de mi trabajo, como si fuera un asesino; no lo soy. Soy un experto en geolocalización y acciones de rescate. Salvo vidas, aunque eso a él nunca le importó. Su imagen siempre es primero. Aunque para ser franco es un hombre débil de carácter, que se hace pasar por bonachón, en realidad vive de las ideas de las demás personas. Es un sujeto parasitario. ¿Que a qué me refiero? Pues siempre ha buscado mujeres más inteligentes que él, que lo ayudan a ascender socialmente. Sí sabe hacer dinero, pero eso no te hace un hombre respetable; hacer dinero es fácil, lo importante es convertirte en un ser humano íntegro.

Yo ahora tengo treinta y dos años. Ya puedo decirte cosas que no te hubiera dicho antes. Mi esposa es una mujer buena, bella e inteligente; es empresaria, es una mamá excepcional.

«Yo no soporto que los hombres usen a las mujeres como escaladoras de sus propias carencias, ya sea intelectuales o emocionales. A cada quien le toca analizar su vida, ¿o no?»

He vivido rodeado de mujeres fuertes, buenas. Mi hermana es la más dulce; es psicóloga y me ha ayudado mucho. Ella sí lo perdonó, aunque sigue esperando algo que él nunca le va a dar; ella sí tiene ilusión. ¿Yo? Pues no, tal vez

porque, como conozco bien a los hombres, sé que cuando uno es desalmado no hay mujer que le construya un alma. Pobre de mi hermana.

Mi padre no sabe amar, él sabe recibir. A cambio del afecto que recibe es espléndido con las cosas materiales. Ha logrado hacer una fortuna considerable en México, al costo de crear medios que luego vende y deja que otros destruyan; usa el progresismo como una escalera también.

¿Yo? Al menos soy honesto, no utilizo a las personas; si necesito algo sé formar equipos, pedir ayuda, crear proyectos colectivos. Soy disciplinado y muy leal. Entiendo que mi madre no hable con mi padre. No tienen nada en común, no hay nada que decirle.

El esperma no te hace padre. La presencia, la constancia, la lealtad, el amor, la honestidad: eso es la paternidad. Yo por eso admiro a mi suegro. Es un hombre de familia. Tienen sus problemas pero nunca se abandonan, nunca se traicionan; eso para mí es más importante.

Mis suegros discuten sus desavenencias. Mi esposa y mi cuñado, que ya es como un hermano, han suplido lo que mi padre se negó a darme: una familia que me hiciera pertenecer, que me aceptara y admirara quién soy yo. Efectivamente, no sé otros, pero yo estoy convencido de que un hombre necesita ejemplos masculinos a su alrededor, y yo me busqué uno porque mi padre estaba ocupado con su vida. Ahora quiere reclamarme cosas. No tengo nada que decirle; le dejo ver a su nieta de vez en cuando, pero no le admiro, no hay nada de él en mí... Probablemente el nombre latino y el apellido, nada más.

En esa ocasión en que fui a la reunión en México, la pareja de mi padre habló conmigo, intentó entender lo que

sucedía. Creo que ella en un solo día supo más de mí de lo que mi padre supo en una década. Eso sí le admiro: sabe elegir mujeres y amigos que son moralmente superiores a él. No sé cómo lo hace; no es tan inteligente como creen.

Su excusa, ahora que ha cumplido sesenta y cinco y siente lo que supongo es algo de arrepentimiento, es que tuvo una terrible infancia. Me narró que cuando era niño su padre era un hombre ausente; que lo dejaba durante horas en la clínica cuidando a su madre mientras ella se moría de cáncer con unas radiaciones que él relata como algo espeluznante. Aunque mi tía, la hermana mayor de papá, dice que su madre les consolaba a ellos todo el tiempo; ella era la enferma y les hacía juegos en el hospital, les contaba cuentos para espantarles el miedo.

Un día escuché a la tía decir que mi padre odiaba a su madre por estar enferma, por abandonarlo. Puedo entender que de niño no lo comprendas, pero como adulto debes hacer la tarea de buscar razones racionales de tu comportamiento. Supongo que el problema de mi padre es que siempre le ha gustado robarse las vidas de los otros, en especial de las mujeres. Siempre las abandona cuando ya no le son útiles; cuando ya adquirió aventuras que ellas crean para que él tenga una vida interesante, se va a la siguiente novia. A mí no me gusta que me las presente; me siento avergonzado de saber dónde va a terminar esa historia. No, nunca he dicho nada.

Lo recuerdo en los tiempos que pasó soltero. Solitario, leyendo en su casa, viendo horas de televisión y películas, deprimido, haciendo dinero en los periódicos, hablando de ética pero aceptando sobres de dinero del dueño del diario; sobres que él bien sabía eran de dinero del gobierno, porque el gobierno mexicano compra así a los directores de los

periódicos para que falseen la historia. Hay un reportaje de *The New York Times* sobre eso.

Nos invitaba a su casa a llenar un vacío en su vida, no a construir una familia, como hacen mis suegros. Por eso ya no voy; no quiero ese ejemplo para mis hijos aunque todavía sean bebés.

> «No creo tener mucho de mi padre, al menos eso espero. No solamente porque no pasé tiempo con él, sino porque no sentí ningún apego emocional ni admiración.»

Sus libros están en español; no los he leído. Ignoro cuántas cosas buenas ha hecho por los demás. Sé que fue al entierro de mi abuelo paterno por la fuerza, llevado por su hermano. Dicen que papá estuvo en el teléfono todo el tiempo, como si hubiera muerto un ser lejano, sin importancia.

Para algunos de nosotros la paternidad es una misión en la vida, una oportunidad para aprender a amar, a ser felices, y sobre todo tratar de criar ciudadanos felices que quieran vivir, que sientan que pertenecen a algo mucho más grande que ellos, que hagan algo por su país y su familia; eso es para mí.

Mi padre francamente fue el hombre que colaboró a que mi madre me tuviera. No jugó un rol importante. Sé que es una reflexión cruel. Sí, estoy seguro, puedes publicarla; es tan sólo la verdad. Honestamente sólo espero que mi hija encuentre hombres buenos, no oportunistas como el hombre que ayudó involuntariamente a que yo naciera.

Podrá ser un hombre famoso en México, pero para mí la fama es una estupidez; la verdadera hombría, la gloria que nos llevamos a la tumba, es la de haber hecho algo bueno por la patria, por la familia, por la justicia. Soy un ciudadano norteamericano; no tengo nada que me una a México, ni siquiera un padre, aunque lleve su apellido latino.

Simón

«Yo nunca me puse a pensar en mi padre hasta que me metieron a la cárcel; bueno, al reformatorio, le dicen, pero la verdad es como un infierno donde o te haces duro o te quiebran.

Conocí a Yolanda a los trece años. Ninguno de los dos habíamos tenido pareja; nos enamoramos a primera vista. Yo le di un beso y ella fue la que se atrevió a decirme que ya fuéramos novios.»

A los quince nos quedamos embarazados; bueno, pues ella. Yo era bien tímido, pero quería pasar toda la vida con ella.

Ella era, bueno, es como un ángel en mi vida. Todo lo que sé del amor me lo enseñó ella. Yo crecí solo con mi papá; mi mamá nos dejó cuando yo era chamaquito y no me acuerdo de ella. Mi papá era rudo. Yo siempre que oigo a los hombres decir que más vale un golpe a tiempo a los hijos que un año de arrepentimiento, pienso que no conocieron a mi jefe.

Mi papá y los papás de Yolanda no querían que nos casáramos. Dijeron que ella debía tener al bebé y después darlo para adopción a una buena familia. Yo me impuse; nosotros nos amábamos y queríamos tener una familia y la tuvimos.

¿Al reformatorio? Pues porque un tipo abusó de mi Yolanda cuando iba de regreso de la prepa; la agarró afuera del metro, allí enfrente de otros la violó. Ya ve que también siempre hay gente buena y la ayudó una señora que la llevó a una clínica. Me dijo todo y yo no pensaba en nada más que en ir a buscar a ese bato. Lo busqué y lo busqué en esa estación del metro y lo agarré bien duro, le di con todo, le rompí unas costillas y le quebré la cabeza con un palo. No lo maté, pero la verdad es que yo sí quería matarlo por haberme mancillado a mi mujer. El chavo violador es de familia con influencias en la Procuraduría y rápido me agarraron; que había cámaras y que me vieron. Y yo preguntaba: "Si había cámaras, ¿por qué no grabaron lo que le hizo a mi esposa?" Y ellos se quedaban viendo, así como si una mujer a la que violan no fuera importante; que eso no lo guardaron en las grabaciones, dijeron ellos, y que yo estaba muy chamaco para estar casado. Aunque Yolanda fue a testificar, llevó el certificado de matrimonio y al bebé y todo, pues no le

creyeron tampoco. No, pues yo no entiendo por qué la gente no les cree a las mujeres; por cabrones será.

Pasé un año y medio hasta que la Yola logró que una abogada me sacara de la cárcel porque todavía no cumplía dieciocho, y si me esperaba me iban a pasar a una cárcel de adultos y allí sí, pues, me iba a pasar toda la vida sin juicio. Lo digo porque así es esto de la impunidad y la corrupción; uno lo ve en las noticias y en las películas. Seguro si hubiera defendido a un chavo rico me dan una medalla, pero defendí a una chava que violaron, que es mi esposa y éramos menores de edad que tenemos un hijo; así me vieron como si fuera un criminal por ser menor, casado y pobre.

Allí en el reformatorio conocí a doña Irma, una trabajadora social, una señora gordita muy buena; ella me hablaba y me ayudó a pensar en muchas cosas que nunca había pensado. Me preguntaba de cuando era niño. Así fue que, un día, como si la vida pasa le enseñé mi ceja derecha y le pregunté:

«"¿Ve esta cicatriz? Pues me la hizo mi papá cuando era niño, que me aventó contra la pared por no querer comer una sopa, como a los seis años. Es que estaba rancio el pollo y sabía feo". Y así me seguí con las cicatrices y las historias como si yo, bueno, mi cuerpo, fuera una carretera llena de señales, pero de la vida de niño.»

Le conté cómo nos encerraba a mi hermano y a mí en una bodega oscura toda la noche y cómo rapó a mi hermano con una navaja que le arrancó el pellejo por haberse cortado el pelo como un emo. Pues así las historias.

La señora me puso con un psicólogo que es buena persona. Creo que es el primer señor hombre que conozco que es bueno conmigo; así, uno que me mira a los ojos como persona. Con él yo hablé mucho porque doña Irma fue la que me insistió que tenía que contar todo para curarme. El psicólogo me dijo que cada cicatriz era una historia y que tenía que llorarlas. Yo no quería, porque si lloras entre hombres te va peor. Con las mujeres uno sí puede llorar, pero los hombres te dicen puto y te va peor, te haces fama de debilucho. Con el psicólogo pude descargar todo mi enojo; con él vi clarito que cuando fui a tratar de darle su merecido al que violó a Yola, todo lo que tenía en la cabeza era la cara de mi padre. Me imaginaba que le pegaba a él, así, con saña, como dicen, con mucho odio que uno guarda.

«Desde niño yo quería una familia; no éramos eso. Mi papá siempre estaba encabronado, siempre nos decía que teníamos que estudiar para ser alguien de bien en la vida, pero de qué te sirve ser alguien si ese en que te conviertes no es bueno.»

Pues de nada. Eso lo aprendí con Yola.

No, nunca le he pegado a mi bebé; nomás le hablo y lo castigamos, que al rincón del cuarto, dice una experta de la televisión que vemos Yola y yo. Sí le hemos dado alguna nalgada, pero suave, nomás para que sepa que no está bien desobedecer. Yo le pido a mi esposa que ella sea la que le pegue, porque ella es más débil y no lo agarra con fuerza como la que yo tengo.

Es que no se puede negar que las mujeres son más débiles que los hombres. No... si a mí me intentan violar como a ella, pues primero los mato, aunque sean muchos. ¡No! Por eso, no digo que ella no se haya defendido, digo que yo sí me hubiera defendido bien. Pero a los hombres no los violan. Ah... ¿sí? ¿De verdad? No sabía. Bueno, pero seguro son los gays y yo no le doy a eso.

Pues fue así que fui contando toda la historia de mi padre; entonces me di cuenta que es en verdad un hombre muy maldito. Porque no es que estuviera borracho cuando nos pegaba a mi hermano y a mí, o drogado; nada de eso como para perdonarlo. Mi padre es cristiano y quiere ser pastor, va todos los días al templo y ayuda mucho a la gente. Yo creo que para él nosotros no éramos gente, porque nunca nos habló como a los niños del templo.

Cuando éramos chicos, mi abuelita me decía que a mi papá se le metía el demonio a la cabeza y por eso se ponía así con nosotros. ¿Mi mamá? No sé si él le pegaba. Nadie nos dice nada de ella, pero si le pegaba a lo mejor se lo merecía; ya ve: nos abandonó a unos niños con un hombre bien cobarde y golpeador, bien mustio. Nos hubiera llevado con ella y no tendríamos esta carretera de cicatrices.

Yo ahorita tengo veintitrés años. Yo no soy religioso, solo guadalupano. Porque cuando estaba en el reclusorio

Yola me llevó una estampita de la Virgen de Guadalupe y me enseñó a pedirle para que no me malearan adentro los chavos maras, y me cuidó, puso en mi camino a doña Irma y al psicólogo.

A mí el doctor me enseñó que yo decido, que puedo ser hombre de bien. Cuando me pongo con mucha rabia tengo que respirar y respirar y hacer movimientos con los brazos para que se vaya de mí el enojo.

Pues sí me parezco a mi papá. Tenemos la voz igualita; mi tía dice que cuando le llamo por teléfono me confunde a veces. Le digo que no me friegue; no quiero que se me meta el demonio en la cabeza como a mi papá. No, cómo cree; a Yolanda nunca le he pegado. Sólo cuando me hace enojar le grito, pero ella tiene que entender que así somos los hombres, nos desesperamos.

Nos tardamos en que ella quisiera hacer el eso... el amor conmigo, por eso de lo que le hicieron, y como yo soy celoso pues sentía como que me había traicionado, aunque ya me había dicho la trabajadora social que con el esposo se tiene la intimidad y amor, y con el violador no, que es a la fuerza y ellas no lo pasan bien como con el esposo.

Es lo malo de los celos, que uno no quiere que toquen a su chava ni con una mirada; eso es bien cabrón, porque cuando ves a las chavas de otro pues se te antoja, eso está mal. Yola me dice que no debo chulearlas en la calle, que eso no les gusta. Pues ya no les digo cosas en la calle aunque las piense. Mi jefe siempre les chiflaba a las mujeres, les decía de cosas y así.

«Mi Yola es una santa. Ella me entiende y me escucha mis problemas, y cuando grito se queda callada hasta que se me pasa; luego ya como si nada y toda la fiesta en paz.»

Yo todos los días por una cosa o por otra tengo que respirar mucho y subir los brazos para relajarme y que no se me meta el diablo en la cabeza. Sí, señora, me considero un buen papá y voy a lograr muchas cosas cuando sea grande. Lo que sí es que jamás voy a ser mi padre ni voy a abandonar a mis hijos.

Tadeo

«Le voy a explicar por qué me voy a atrever a hablar de esto para un libro. A usted la conocí cuando yo tenía casi cincuenta años y presentó su libro *Los demonios del edén*, en la Ciudad de México. Allí, a la casa del poeta Jaime Sabines fuimos a verla. Compramos el libro y cuando lo leí lloré mucho; fue así que le conté a mi esposa lo que había vivido de niño.»

Nunca se lo había dicho por cuantiosas razones, difíciles de explicar. Resulta que en el libro una y otra vez va explicando los mecanismos que hacen que los niños se sientan responsables del abuso sexual, de muchas formas dice por qué. Lo que más me impresionó fue la historia de un varoncito, de cómo tan pequeño se atrevió a explicarle a usted y a la gente de la Procuraduría todo lo que le hicieron.

¿Cómo se lo dije a mi esposa? Pues una mañana cambié mi rutina. Yo me despierto a las cuatro y media, tengo ya un ritual: salgo a caminar al jardín, a darles de comer a los gatos y a leer con un café. Pues ese día, en lugar de salirme me esperé en la cama, mirando a mi mujer, pensando si habría de tener el arrojo de ese niño, y lo tuve. Ella se despertó y yo le llevé un café a la cama. Me preguntó si me sentía mal. Sí, la verdad, di un poco de rodeos y al final le expliqué cómo mi tío abusó sistemáticamente de mí durante años. Ella comenzó a llorar. Yo estaba conteniéndome, pero no pude hacerlo más; estaba como un dique a punto de romperse.

Fue un alivio hablar. Me hubiera gustado que cuando niño algún adulto me hubiese asegurado que yo no era responsable de lo que me sucedía, que temer a mi tío y al mismo tiempo sentir cierto afecto por él era normal, que los adultos debieron protegerme. Parece un sinsentido, pero nadie habla abiertamente de esta cuestión; denuncian, sí, pero no reivindican eso que ahora llaman el derecho de la voz de los niños. Si más expertas lo hicieran, seguro este siglo se erradica la pederastia.

Bien, hablemos de lo que nos convoca. Sería un lugar común decir que mi padre en general fue un buen hombre, pero lo fue. Murió muy joven; apenas había cumplido sesenta y pereció de un infarto fulminante. Era profesor univer-

sitario; hizo lo mejor que pudo para educarnos. A él sí le tocó la bala en el juego de la ruleta rusa con ese padre que tuvo. Mi abuelo era un canalla, de los peores; por eso mi papá nunca quiso que lo conociéramos. A veces dejaba que su madre, mi abuela, fuera a visitarnos, pero cada vez se alejaron más las visitas hasta que un día la abuela Clara no volvió. Porque su relación de madre e hijo estaba muy tocada por el vínculo con mi abuelo.

«Efectivamente, el abuelo era un abusador; violaba a mi padre y a su hermano. El tío que abusaba de mí se llama Ernesto; eso es, a los canallas por su nombre.»

El tío Ernesto y mi padre fueron a escuela religiosa. Mi abuelo era miembro de un consejo especial de los que ayudaron mucho a Marcial Maciel a crear su fortuna en México; eran Legionarios de Cristo, pertenecían a la élite religiosa de México. El abuelo y el tío defendieron siempre a Maciel cuando salieron todas las acusaciones en su contra. Aseguraban que eran patrañas inventadas por los periodistas maledicentes. El abuelo decía que los niños querían tanto al padre Maciel que soñaban fantasías sexuales con él, porque los niños tienen despertar sexual muy temprano.

El tío Ernesto siempre estaba intentando que su padre y el mío hicieran las paces; todos decían que era un gran hombre, muy compasivo, gran mediador. Era lo contrario de papá. En casa nos educaron muy críticos de la religión; mi padre se autocalificaba como ateo. Su hermano Ernesto, en

cambio, trabajaba con los Legionarios, iba a misa todos los domingos, tenía una fundación que ayudaba a la Iglesia.

Yo no quise tener hijos, y si bien me enamoré de mi esposa al poco tiempo de conocernos, una de las razones por las que me sentí inclinado a casarme fue porque ella había sufrido una enfermedad y no podía tener hijos. Yo jamás quise procrear, entonces resultaba perfecto: nos queríamos y ella se sintió aliviada al saber que al hombre que se casaría con ella le importaba un comino que fuera infértil para parir hijos. Porque hay que decir que mi Lucía es una mujer que ha creado mucho, es una gran profesora también. La fecundidad intelectual es tan importante o más que la reproducción humana, ¿verdad?

¿Por qué? El mundo está sobrepoblado ya y... tal vez temía que un niño me recordara mi infancia. Mi padre era bastante torpe con nosotros, al menos sentimentalmente hablando.

> «Me parece que, aunque uno lo supere como puede, la violencia avasallante del abuso sexual de un padre, un abuelo, un tío, te deja roto para siempre.»

Aunque entiendo que efectivamente, como usted apunta, nos convertimos en sobrevivientes. Pero los hombres no desarrollamos las armas que tienen las mujeres para expresar las emociones, para curarse el alma; casi siempre cultivamos más rabia que perdón. Somos más propensos a la ira que al entendimiento. ¿Por qué propensión? Ciertamente puede ser más bien una debilidad masculina, no atrevernos

a expresar el miedo y la angustia; nos educan para embotellar todo. Hay quienes revientan y hay quienes reproducen los patrones que llevan atrapados.

Nosotros somos más lentos, como académico lo puedo comprender; vivimos procesos educativos diferenciados por género, es cierto. Sin embargo, hay algo en lo biológico que nos hace mucho menos sofisticados que las mujeres. Usted ha entrevistado a neurocientíficos, así que lo sabe perfectamente. Ser menos sofisticado implica tener una capacidad inferior para complejizar y profundizar en los problemas que tocan las emociones, por ello es más fácil escribir sobre filosofía e historia de la religión que sobre los sentimientos humanos y la crueldad desde una perspectiva honesta e íntima.

Sí, efectivamente, considero que cuando los hombres, en broma o en serio, decimos que no entendemos a las mujeres, muchos no lo decimos peyorativamente, es decir, no deseamos descalificarlas; es que simplemente nos parece insólito que una mujer pueda hacer cuatro cosas a la vez y encima cuide a los demás en su familia y comunidad, recuerde todo lo importante e, incluso con poca formación escolar, aprenda un poco de enfermería, de cocina, de todo. Históricamente les hemos dejado la mayor carga social.

Sí, hay mujeres superficiales y desinteresadas de los demás, claro; mas para ser sincero debo decirle que la gran mayoría de féminas que he conocido en mi vida son buenas y se han dedicado a cuidar a otros antes que a sí mismas.

No sé si es bueno o malo; más que calificarlo prefiero decir que entiendo que es el efecto cultural del machismo: sobrecargarlas de responsabilidades y tareas para que los hombres tengan más tiempo libre. Por ejemplo, nosotros nos dimos cuenta que hacíamos lo mismo en la universidad y ella

trabajaba más horas extras gratuitamente; a mí jamás me pidieron que trabajara gratis y a ella siempre, como "un favor". Qué le digo que no sepa de que incluso en la UNAM los profesores tienen más privilegios que las profesoras y que ellas siempre ganan menos y deben demostrar más por qué se merecen el trabajo. Yo conozco profesores que lograron su plaza de investigador llevando a su jefe a cenar, a sitios de bailarinas o cantinas de moda... Ya sabe de qué hablo: los rituales de la corrupción que hermanan a ciertos hombres.

Yo, durante toda mi vida activa como profesor, pude analizar teorías e incluso, discúlpeme usted la falta de modestia, debatir con maestría ciertos aspectos del conocimiento humano. Pero no reaccioné sino hasta que llegó a mí algo tan sencillo como la lectura de la voz de un niño al que se le reitera que no es culpable de nada. Pasados cuarenta años de haber sido vejado sexualmente, gracias a una lectura fui capaz de sentir, en verdad admitir, mis sentimientos, que es a fin de cuentas lo que me permite reivindicarme como hombre, como niño, y sólo así decirle la verdad a la mujer con la que he pasado toda mi vida adulta.

Mi padre, vamos de vuelta a él. No tengo ni idea si él temía haberse convertido en un abusador; jamás habló con nosotros sobre sus emociones. Cuando éramos niños nos explicó que su padre era un hombre malo, corrupto, que no los amó de niños y no lo quería cerca de nosotros; hablaba de él con una acidez porfiada. En la adolescencia le preguntamos a mi madre, porque, al igual que en todas las familias, ya se habían regado como alpiste los chismes e historias de violencia. Mamá decía que la de mi padre era una familia muy cruel. Mi tío Ernesto, que parecía el bueno de la familia, resultó pederasta también, como ya le dije.

Yo me tardé en decirle a mi madre; sólo logré hacerlo cuando ya habían parado los abusos y mamá nos contó lo que en realidad había sucedido en la casa paterna. Ella decidió ese mismo día que no volveríamos a ver al tío.

> «Por desgracia hablé muchos años después de que comenzó el abuso. ¿Por qué? Pues pienso ahora que por una parte mi temor a la venganza del tío era grandísimo; me amenazaba con decir que yo me le metía a la cama.»

¡Imagínese! Él, tan bueno y caritativo, pues a quién le iban a creer; yo estaba convencido de que todos le creerían al adulto. Por otra parte, yo quería proteger a mi padre: ya tenía suficiente con su historia personal, temía enemistarlo con su hermano.

Mi padre era un hombre muy metido en su trabajo, afectuoso, pero de formas muy lejanas. Siempre nos escuchó y le interesaba que fuéramos felices, invariablemente nos reiteraba que un ser humano capaz de sentir felicidad y compartirla puede enfrentar cualquier cosa. Resultaba paradójico, puesto que él era más bien un tipo melancólico y deprimido, casi no tenía amigos; estaba muy pegado a mi madre, he de suponer que era la persona más cercana a él. Ella lo procuraba mucho, casi como una madre... Supongo que sí, que soy taciturno, solitario como mi padre.

Probablemente él promovía la idea de la felicidad para ver si algún día la hallaba en su interior. Era un buen hombre, tal vez asustadizo, no se exponía, temía mucho al ridículo; yo lo entiendo muy bien ahora, a esta edad.

Él tenía veinte años cuando yo nací. Eran otros tiempos. Claro, no terminé esa parte de la historia. Mi madre me explicó que a mi padre le habían hecho lo mismo, que tal vez serviría que yo hablara con él; pero esa noche tuve pesadillas, pensé que mi padre mataría a su hermano, soñé escenas esperpénticas y no pude con el pavor de la responsabilidad. Le pedí a mi madre que no le dijéramos a papá, que bastaba con alejarme del despreciable tío. No tuve la valentía de más. Era un niño quebrado; apenas podía con mis miedos, era sólo un chiquillo tímido, asustadizo. Durante un par de años, antes de irme a dormir mamá entraba al cuarto con una escoba y "barría" a los monstruos de debajo de mi cama; yo me paraba en el quicio de la puerta. Ese rito era un secreto entre mi madre y yo, pues yo ya era adolescente; me apenaba profundamente que a esa edad me paralizara ir a la cama sin saber si alguien estaba escondido debajo de ella para atacarme una vez que la luz se apagara. Un día mi madre dejó la escoba dentro del cuarto y me dijo que sería buena idea que por higiene todas las noches yo barriera debajo de la cama. Su gentileza para hacerme saber que el miedo era aceptado y no me hacía menos hombre fue vital para mí en esa época de tantas inseguridades.

He reflexionado sobre cómo se podría terminar de una vez por todas con este crimen enorme de la pedofilia, la pederastia, la pornografía infantil y esos nuevos fenómenos de venganzas pornos que hacen los jóvenes en internet, cuyos

alcances no comprendo por más que leo las noticias: todo me parece un caos inconmensurable. Sólo encuentro una respuesta:

> «Trabajar con los hombres, romper los ciclos de abuso de poder, porque eso son en realidad.»

Tratar a los niños y a las mujeres como subordinados del padre, el tío o el abuelo, como propiedades que pueden ser utilizadas, es una aberración.

Se puede decir que tuve suerte: aun cuando mi tío hizo lo que hizo, tuve un padre que dio otro ejemplo. No fue un progenitor amoroso, afectivo o tierno; tampoco juguetón, como muchos padres jóvenes que veo que se implican en la educación afectiva. Al menos fue bueno, se negó a reproducir el papel de macho de mi abuelo; es ya un mérito enorme para un hombre tan solo y tan roto como lo fue él. Estoy seguro de que sin mi madre nunca lo habría logrado.

Juan

«Mi papá fue un hombre bueno, cabal. Desde niño me dijo que yo iba a aprender un oficio que me daría para mantener a mi familia y a mi santa madrecita siempre. Y si me casaba a la buena, también a mi esposa. Era sabio el jefe; siempre me decía: "Búscate una mujer buena para casarte, a las demás nomás cógetelas". Eso me ayudó mucho siempre.»

¿Por qué? Pues va a ser que porque, cuando uno se enamora de verdad, se apendeja. Ya ve... Con todo respeto, que usted no es de ésas, se nota, pero hay mujeres que por una comida y unas flores se bajan los calzones.

Pegarme, lo que se dice mucho, no. Sólo cuando estaba muy atareado con el trabajo. Él recibía a los policías en la casa, les daba buenos consejos, les ayudaba, porque la verdad es que les pagan tan mal en ese oficio... El comandante Chato decía que siempre les caía bien una lanita para salir adelante, para que sus hijos tuvieran comida y estudios. Porque el gobierno es bien culero; los gobernantes nomás ven para ellos. Ya ve que las mansiones, que la Casa Blanca de Peña Nieto, y que dizque la culera de su esposa era la dueña, pues cómo le va a alcanzar a ésa para pagarse una casa así, ni que fuera una reina. Si los que ganamos para comprar la casa somos los hombres. Sí, usted disculpe, pero es cosa de hombres comprar la casa, y de mujeres cuidarla y limpiarla. Por eso yo sí creo que el que la compró fue el presidente, no sé por qué lo niega, si está chingona su mansión. Ese presidente es carita, pero es miedoso; debía ser más como el Chapo Guzmán, más calado, que acepte sus errores y su poder, ¿o no?

Yo, no por presumir, tenía un Corvette a los veinte años y lo presumía por todas partes, para que vean que uno tiene lo suyo. Era de segunda mano; me lo consiguió el comandante a muy buen precio porque les ayudábamos mucho allá en Tlaxcala a mantener el orden. Las chicas se subían y fluían rico conmigo.

N'hombre, cómo va a ser discriminación eso de que seamos diferentes; es lo que es. Así hizo Dios el mundo, por eso le fue como le fue a Eva.

Así mi mamá, que es una santa, siempre me dijo que, cuando me case, a la buena, no de las otras, y que sólo tenga hijos hombres, porque a las hembras se las llevan, y como son bien pendejas, pues es difícil. No se me vaya a ofender... Usted se ve educada y fina, pero las mexicanas no son así, no les importa lo que es lógico para los hombres. Como a usted, que viene a ver de verdad cómo pienso yo y cómo sentí así cuando chamaco, se interesa por lo que pensamos los hombres, está bien, que se sepa de todo para que no manipulen que sólo ellas pueden sufrir y contar sus historias. Nosotros también tenemos cosas para contar. No me tome a mal que le cierre el ojo; aprendí a guiñarles a las damas desde chiquito, me sale natural cuando estoy frente a una dama bella.

Yo aquí leo mucho la Biblia; me la regaló un compañero y la neta que sí me cambió la vida.

> «Por eso, le digo, desde Eva y así, como que Dios no les dio a las mujeres lo que nos dio a los hombres. Eva es de la costilla de un hombre. Así es y no va a cambiar.»

Sí, bueno, pues de niño yo era normal; en mi casa se comía tres veces al día. En el barrio los socios de mi jefe eran todo de carisma; nos decían: "Hagan la tarea para que no salgan burros", y luego nos ponían un rato todos los días a aprender las frases para ser bien verbo. Pues cómo que qué quiere decir; así como un galán, un donjuán.

Hay que aprender a conquistarlas desde chiquito, porque, como decía el tío Poncho, que era la Santísima Verga cuando yo era escuincle: si tú no las conquistas ellas te enamoran y ya valiste para pura madre. No crea, ya no pienso así, porque uno va madurando. Yo tengo treinta y dos años. Me casé diecisiete veces; eso te foguea, y ahora que leo la Biblia veo que también te da sentimiento de culpa. Cuando uno se apercibe de la culpa ya es difícil decir que no hizo lo que hizo.

Como ocho años tenía cuando el jefe me dijo que ya estaba listo para aprender, que me había escogido mi tío Poncho de padrino. ¿Por qué me escogieron? Porque soy carita; salí como mi mamá, más güerito y de ojo claro. Allá en Tlaxcala hay mucho prieto. Yo soy atlético. Aquí diario hago ejercicio; uno tiene que mantenerse en forma para que las chavas lo vean y piensen que será buen esposo. Pues mire, aquí, donde ve mi dedo, ¿no ve mucho pelo? Pues esta cicatriz, así de la mitad del cráneo, me la hizo el padrino Poncho; me reventó una botella de Bacardí en la cabeza porque me oyó decirle a mi amigo de la escuela que mi jefe era el más poderoso. Me tuvieron que llevar al hospital, yo ni me acuerdo. Dice mi mamá que pasé como tres días dormido en la clínica, que dijeron que fue una pelea callejera. No era cierto, yo estaba bien chaval para esas cosas; eso sí, no soy sapo y nunca dije nada.

Luego otras veces sí, a veces mi papá me hacía castigos que más que la verdad sí eran feos para un niño, pero yo se lo agradezco porque me hizo hombre.

¿Que cómo? Así, por ejemplo, cuando cumplí doce años me hicieron una fiesta y mi mamá me compró un pastel en la pastelería, así, de merengue sabroso de color azul, de dos pisos y todo. De ésos ya no como hace mucho, por aquí no los

hay. Y que me dan mi patineta; me puse contento y empecé a brincar de gusto: era la patineta así de marca más finolis de los United States. Yo corrí a abrazar a mi papá y le dije que lo quería, y enfrente de todos mis amigos trató de romper la patineta; no pudo porque era de un material especial. Entonces me empezó a pegar con ella en las piernas y me reventó la rodilla. Nadie se metía. De eso sí me acuerdo, que invité a la mitad de niñas de mi escuela; "a las más bonitas invita", me dijo mi jefe, y ellas vieron cómo me humilló. Esa parte sí fue muy poco agradable.

Ya después no me quisieron llevar a la clínica y un doctor del pueblo me fue a enyesar a la casa y a quitar una bola como de agua que se me hizo, como en la rodilla, que tenía la pata rota; aguanté como hombre. La verdad, sí, creo que fue el día más triste de mi vida, porque le tenía ilusión a esa patineta, pero después el padrino me hizo ver la realidad. Me dijo que no le guardara rencor a mi jefe, porque los que tienen corazón de pollo en el oficio familiar no sirven para una chingada. Allí aprendí a matar el sentimiento para ser un caballero.

«A mi mamá algunas veces sí, mi papá le daba sus madrazos; una sola vez la vi llorando y tenía sangre en toda la cara. Yo me fui contra mi papá, y mi hermano grande me detuvo, me dijo que ni me metiera; pero yo le dije que las reglas son las reglas, y el padrino nos había

> enseñado que a una mujer nunca le pegas en la cara porque le vas quitando lo bonita. »

Pues, ahora que lo pregunta, sí creo que sentí feo, pues si no ¿por qué iba a querer defenderla del hombre que me dio la vida? Ahora que soy devoto de la Virgen sí le he pedido perdón a ella, pero es una santa, una virgen. Por algo le pegaba mi jefe a mi jefa, pues ella siempre obedecía y era buena para llevar las cuentas del negocio. Algo habrá hecho, no sé qué, porque era muy buena y muy trabajadora.

Pues rencor, lo que se dice odio, no le guardo a mi papá. Yo ahora he tenido mucho tiempo para pensar, y creo que hizo lo que tenía que hacer. México es un país muy corrupto, de jodidos, o te chingas o te chingan. Yo así aprendí, igual que aquí; uno tiene que ser líder, porque si no eres líder pues te chingan feo, te va de la shit, bien fucked.

Me casaron la primera vez a los diecisiete. Me la llevé primero al norte, así a Tamaulipas, ya le puse casita y todo, bien enamorada y bonita, estaba buenísima. Usé la técnica y sirvió. Me saqué la lotería con la primera porque así me hice de reputación, ya que la pude llevar a Gringolandia y allá pedirle que pues tuviera relaciones sexuales con otros hombres para que pudiéramos vivir. Ella, si no fuera puta, ni hubiera aceptado, ¿o no? ¿Ella? Tenía dieciséis. No, pues sus papás eran de Puebla y no querían que nos casáramos, pero me la robé; como dice la canción, "eso es el amor".

Ya, la verdad, sí aprendí mi lección. Lo que hice no estaba bien; yo digo que todos somos culpables en este oficio, ¿o no? El hambre es cabrona, de la shit, y pues ser puta tam-

bién es un oficio como cualquier otro. Eso decía el cura en el pueblo, allá en Tlaxcala.

Aquí en la cárcel dicen que voy a pasar veinte años, pero si me porto bien puede que salga antes. No, mi jefe nunca vino a verme; él y mi padrino pues dicen que desaparecieron del pueblo, pero mi mamá, que me escribe (a ella también la metieron a otra cárcel), dice que están trabajando en la Ciudad de México y todo bien. Mi padrino era bien pilas, el hombre más sabio que he conocido; fue mi héroe. Él se hizo un acta de defunción cuando yo me casé la segunda vez; así estaba bien, si lo agarraban pues estaba muerto, ni modo que dijeran que estaba vivo. Creo que se lo recomendó un federal al que le conseguía chavas.

Pues dicen que estoy aquí por el delito que de "trata de personas", que eso que hice es un *crime*, como dicen los gringos aquí. Yo hice lo que mi papá me enseñó; es un oficio, como le dije.

Si el país tiene millones de pobres, pues qué quieres ser: ¿puta o puto? No se ponga seria; ríase que es un chiste que decía mi hermano grande, que también está preso, pero él en Arizona.

El machismo, pues eso es de antes, así, de las películas que veían mis jefes.

Ser macho es ser muy hombre; así nacemos, no tiene nada de malo.

Hasta en la Biblia dice que los profetas tenían varias mujeres. Bueno, así como decirle en qué versículo no me acuerdo, pero sí, créame que es cierto; si Dios era hombre y ya ve que a los hombres nos gustan las mujeres. Y las mujeres también golpean, no se crea; hay que dominarlas porque también se encabronan y pueden ser peligrosas.

No, yo no pienso que haya tanta desigualdad. En México, cuando una familia es pobre, todos son muertos de hambre, sean hombres o mujeres, sólo que a cada uno le toca algo. Sí, como decía el jefe: a ellas les toca cocinar y atender a los esposos; a nosotros nos toca traer el dinero, comprarles una casita. Todo es un intercambio; el amor es un negocio. Sí, el otro día le estaba diciendo a mi compañero de celda, que es de El Salvador: "Neta, compa, a los hombres nos toca más difícil. Las viejas sólo se tienen que buscar a uno rico y ya; a nosotros nos toca lo cabrón, hacerse de un oficio para mantenerlas". Esto es un intercambio. Sí se nace pecador; yo ya pedí perdón y rezo mucho para expiarme mis pecados. ¿El peor pecado? Pues que me haya dejado agarrar, como decía mi jefe. Sólo a los pendejos los agarra la policía.

No, no me parezco a mi jefe; él sí tenía mejor verbo, mucha labia para que nunca lo agarraran en los engaños. Mi mamá, pues sí la extraño. Era muy buena con nosotros, nos atendía muy bien; también medio pendeja, porque nos agarraron a varios de la familia. Ni modo, esta vida nos tocó. Como decía mi papá, hay que ser macho en las buenas y en las malas.

No, al contrario, gracias a usted por preguntar; creo que sirve mucho que uno pueda hablar de su vida para ir entendiendo cosas. Por ejemplo, yo después de estos días hablando con usted he soñado con mi mamita; la extraño, ella era una buena mamá. Quiero estudiar para abogado aquí en la cárcel, como en las películas, para salir y sacarla a ella de la cárcel.

Otra cosa buena, ¿ah?... Será que me enamoré de la Eréndira. Por enamorarme y no llevarla a abortar tuvimos a la bebé y así nos agarraron aquí en Gringoland. Luego la

cabrona testificó contra mí, que si a la fuerza la traje y no sé qué. Pues ella tenía quince años, pero ya era bien hembra cuando la conocí; la enamoré y me la robé, sí, pero como los enamorados.

«Eso sí, la enamoré como todo buen padrote que se precie; pero ella quiso, ¿o no? ¿Por qué dice que me confundo? Yo no me confundo; la que no entiende es usted. Le digo que es un oficio; así como María Magdalena y eso, ¿por qué no entiende? Digo, sin ofender, creo que las mujeres son muy complicadas, solitas se hacen bolas; por eso es fácil que caigan con los domadores.»

Ah, eso lo aprendí de mi papá, a domar a las mujeres. El amor, así como el amor, sólo lo sienten las viejas, pero nosotros no. Si nacimos donjuanes y caritas ya la hicimos en la vida. Bueno, dije que me enamoré, pero sólo un poco; más bien a lo mejor sólo me apendejó ella con sus mimos y su cuerpo tan bonito.

Pues domar como una yegua. ¿Qué, nunca ha visto cómo se educa a los caballos? El amor doma a las mujeres. ¿Usted está casada? Le explico, mire. Sí, a los hombres los controlan las viejas si ellos se enamoran, pero más bien se apendejan. No hay mujer que pueda domar a un hombre,

eso es un hecho; usted, que se ve que lee mucho, pues ha de saberlo.

¿Que si ser mujer es difícil? Pues cómo voy a saberlo yo, si soy hombre. Si naces fea, seguro sí es difícil; pero si Dios te bendice con belleza ya la hiciste, porque siempre sales adelante a como sea, con el cuerpo es más fácil. Aunque a ninguna debe decirle uno que es fea; a todas les sacas alguna cualidad. Les das flores, les llevas mariachis, les dices que las quieres y que nunca habías querido antes, y caen como la manzana del árbol... directito a tus manos. Algunas son traidoras, como la Eréndira, que dizque se escapó de la casa y me fue a denunciar que porque la prostituía. Yo sólo le pedía que lo hiciera por amor a la familia, y ella, pues, para qué se enamora, ¿no? Es difícil de explicar, porque, no sé, es complicada la cosa. Ustedes las mujeres, con todo respeto, son como la policía: nomás se la pasan haciendo preguntas.

¿Lo más importante que me dejó mi papá de niño? Pues quitarme lo corazón de pollo. ¿Usted cree que yo iba a sobrevivir aquí en la cárcel americana con sentimientos? Pues nada, hay que matar los sentimientos para estar en paz, pues hay mucha soledad en el mundo y está muy cabrón aguantar si no se vuelve uno duro como piedra. Así debe ser, eso es ser hombre de verdad. Si yo tuviera un hijo hombre, uno que supiera que es mío, no creo que le pegaría mucho; más bien le enseñaría el arte de ser hombre. Ése es el trabajo de un buen padre: respetar lo que los hijos quieren pero siempre enseñándoles el camino para salir adelante. A mí me enseñó a ser domador de chicas, eso estuvo divertido mientras duró. Bueno, a lo mejor no estuvo bien engañarlas y eso, pero ellas también dicen mentiras.

Aquí me hicieron muchas pruebas para ver si soy psicópata y no sé qué tanto. Yo les dije que no, que soy un hombre normal, tal vez un pecador que se enamoró; pero no estoy loco, nada más he tenido una vida diferente. Si no me hubieran agarrado quién sabe, a lo mejor ahorita sería diputado y tendría una Land Rover blindada y todo. Negra o plateada sería más elegante, con más distinción.

«¿Que por qué digo que era sabio mi papá como si estuviera muerto? Porque él nos enseñó siempre que si nos agarraban ya no existíamos para él.»

Entonces yo el otro día pensé: "Pues él ya tiene otra vida", y me acordé del día de la patineta y pensaba: "Pues nada de corazón de pollo". Si no tengo padre es más fácil, así no extraño a más personas, nada más a mi mamá y al tío Poncho; a lo mejor a la Eréndira, pero no creo".

Alberto

«No tengo clara la primera vez que tuve conciencia de ser hombre y ser diferente a las niñas. Tengo recuerdos dispersos, pero el más persistente es lúdico. Alrededor de los tres o cuatro años, tal vez. La imagen de estar jugando con mis primas y unas vecinas a ser doctores y examinarnos mutuamente desnudos, llenos de risa.»

Recuerdo la emoción de curiosidad y a la vez de felicidad de mirar y tocar con delicadeza, muy levemente, y ser tocado. Es curioso que no recuerdo vergüenza, pero sí cierta intimidación de ser examinado. Tampoco hubo en esa experiencia una excitación como la que tuve después, cuando vivíamos en el desierto y a los niños y niñas nos bañaban en los patios, con cubetas de agua tibia. Había una vecina que era un poco más grande que yo y recuerdo claramente la sensación de excitación, de sentir latir el corazón en mi pene, al ver cómo el agua escurría por su espalda y le daba a sus nalgas erguidas un brillo húmedo y a la vez una caricia. No sabía qué me estaba sucediendo, pero me gustaba y me llenaba de felicidad recordarlo. Nos hicimos amigos y yo jugaba a lo que ella quisiera y viceversa.

No relacionaba mis órganos sexuales ni mi excitación con las supuestas actitudes que debíamos tener los niños. Tampoco recibía de mis padres ni de mi entorno señales de conductas específicas de hombrecito. Recuerdo solamente que en determinado momento el mundo de los niños y las niñas se dividía entre los que eran golpeadores y agredían a todos y los que no. Había niños y niñas violentos. Pero era más común que fuera un niño el peor. Lo que ahora se llamaría bullies; entonces no se usaba ni siquiera el término de abusadores. Eso eran.

Recuerdo, cuando ya vivíamos en la colonia Roma, en la calle de Coahuila, un momento en el que yo me ponía entre unas vecinas que eran mis amigas y un vecino más grande y gordo que trataba de pegarles. Yo resultaba golpeado, pero yo pretendía que no me dolía para molestarlo más. Él me gritaba: "Soy más hombre que tú y más fuerte". Yo me reía diciéndole que no era tan fuerte ni tan hombre. Que ni dolía.

Después de un par de moretones mi madre me interrogó y no le pareció muy buena idea mi estrategia. Me dijo: "Los niños, cuando de verdad son hombrecitos, no les pegan a las niñas. Es un pobre maleducado, seguramente su papá le pega a su mamá y es lo que ve en su casa. Pero no le tengas lástima: vas a tener que pegarle para que deje de molestarlas y deje de pegarte. Si no, al rato vas a estar todo moreteado. Y yo me voy a enojar tanto que voy a castigarte. Tienes que detenerlo".

Me vi obligado a ser violento. No se lo esperaba. Pero resultó. Nunca volvió a molestarnos. A los otros niños y niñas les pareció que yo había hecho algo especial. A mí no me lo parecía. Fui obligado a ser como él y no lo disfruté ni tantito. Su nariz ensangrentada me daba un poco de lástima. Me acusó con su madre. Ella vino y me gritó y lo entendí todo. En esa casa todos gritaban y golpeaban. Y se fue golpeando a su hijo por dejarse golpear por mí. Yo ni siquiera lo detestaba.

> «¿El machismo? Para mí es una enfermedad social, una violencia contagiosa y difundida por todos los medios; el principal es el ejemplo.»

Su idea y su mensaje de desprecio por la mujer es explícito e implícito. Está presente en todas las situaciones familiares. Y en todas las situaciones sociales. Creo que nadie se escapa totalmente de estar alguna vez bajo sus dominios.

Contrarrestarlo y, si se puede, anularlo implica un gran esfuerzo y es tanta su penetración que ese esfuerzo nunca cesa. La patología machista renace siempre de sus cenizas. Y los niños con frecuencia la padecen tanto como las niñas. Nadie puede presumir de haber dejado de ser machista cien por ciento. Siempre se está en proceso de serlo o dejar de serlo. No hay punto muerto. Si no se avanza se retrocede.

Ahora me doy cuenta de lo importante que fue haber crecido entre cuatro primas hermanas más o menos de mi edad. Cinco, si se cuenta a una un poquito más joven. Y fuimos de verdad muy cercanos. Y me fui enamorando de cada una en serie. Fui descubriendo con cada una gustos y placeres muy distintos. Luego sufrí un poco al principio cuando ellas se enamoraron de otros y tuvieron novios, pero aprendí pronto a ser su cómplice muy íntimamente y para siempre.

La amistad, incluso amorosa, entre hombres y mujeres es un antídoto del machismo.

> «Tal vez debería incluirse en una definición del machismo, además del menosprecio y la violencia, la radical falta de amistad profunda entre hombres y mujeres, desde la infancia.»

Sí, la infancia marca. Un hombre, desde niño, está mal educado para tener amigas; todo lo convierte en conquista, en dominación. Con frecuencia no sabe qué es la amistad. Que no es evacuación del erotismo sino todo lo contrario. La

amistad es una de las formas del amor que se manifiesta y vive de maneras muy distintas.

Para mí fue fundamental para comprender algo más del machismo, ya en la juventud, mi vida con mi pareja Margarita de Orellana. Nos conocimos cuando ella era discriminada por ser mujer para entrar a una universidad. Un director había establecido que sólo se admitiría treinta por ciento de mujeres, aunque tuvieran mejores calificaciones que muchos hombres, por esta aberración de director que pensaba que las mujeres se casan y por ello su educación era considerada "un desperdicio". Ella no se detuvo hasta que fue admitida y el director comprendió un poco la estupidez discriminatoria de su política de admisión. Ella me hizo su cómplice. Después vivimos juntos muchos años en Francia, donde el feminismo había permeado todos los estratos de la vida y no era tan escolar y universitario como en México. No era sólo una cuestión de ideas y de política militante. El aprendizaje se multiplicó, como las lecturas posibles, y las modificaciones de la existencia. De Margarita y con ella sigo aprendiendo todos los días en todas las dimensiones de la vida y del pensamiento. Aprender dónde y cómo brota el machismo es algo que no cesa.

«Con mucha frecuencia me encuentro hombres, sobre todo de mi generación, pero los hay en todas, que consideran que mi escritura y los temas literarios de mis libros y ensayos en revistas no son suficientemente masculinos.»

Cualquier cosa que eso sea en su imaginación. Para mí se traduce en una extraña obligación social de "hacer más de lo mismo" que hacen otros. Mi negativa es orgánica, antes que nada. Cuando me condenan sobre todo pretenden negar el esfuerzo esencial que está detrás de toda mi escritura, que ha sido "escuchar" a las mujeres, a lo que me cuentan de su deseo. Detener los ímpetus del mío y convertir el mío en placer distinto, atento a la otra persona, sobre todo si se le ama. El deseo es sed de conocimiento.

¿Otros escritores? Pues los insultos que me dedican siempre son sexistas. El que más me gusta es cuando me acusan de ser un hombre "claudicante" ante la mujer. Para muchos la sensualidad no es un valor masculino, la ternura mucho menos. Lo más grave es que su esquema de sexualidad burda les obliga a tener una concepción también torpe de la literatura y de las artes. Una concepción realista y evidente, de dramatismo obvio.

Por ejemplo, en mi primera novela, *Los nombres del aire*, toda la narración se desarrolla en un nivel erótico de muy sutil sensualidad. Para demostrar lo intencional de mi intento y establecer un contraste introduje una escena un poco burda con un personaje abusivo. Pues hubo varios críticos literarios a los que esa escena les pareció la única buena del libro, la que mostraba el camino a seguir sobre la sexualidad y la violencia.

La verdad es que a mí nunca me ha importado demasiado esa descalificación. Ni siquiera me extraña; me divierte. Pero me doy cuenta de que es como decirle al golpeador que sus golpes no me duelen. La verdad es que esos críticos se definen a sí mismos y exhiben su incapacidad, su patolo-

gía machista, su poder ridículo en acto. Otros machistas les harán eco. Una gran mayoría, tal vez, hará lo contrario.

> «¿El miedo más grande del niño? El de la violencia física de los adultos sobre su persona es tan normal y tan frecuente que pensarlo da vértigo.»

La violencia de la burla o la descalificación es metáfora de la violencia física, corporal. Y son tantos los niños que se sienten obligados a entrar en sintonía con la violencia del ambiente que se vuelven ellos mismos agresivos. Y es muy raro que encuentren a su alrededor ejemplos de conductas alternativas.

Son verdugos chiquitos, proyectos de monstruos grandes. Su sexualidad será manifestación de eso y con ella todas sus relaciones de todo tipo con mujeres y con hombres, sobre todo en situaciones de poder.

Nunca me ha parecido malo tener miedo. Incluso una de las exigencias más comunes para "ser hombrecito" es no llorar y no tener miedo. El miedo es humano. Aceptarlo es antídoto contra el miedo, no pretender a la fuerza que no se tiene. Los niños con frecuencia son obligados a pretender que no tienen miedo y por lo tanto lo reprimen, como reprimen el llanto. Bajo la violencia de la educación machista los niños tienen miedo de tener miedo y tienen miedo de llorar, pulsiones incontrolables algunas veces. Desgraciadamente controladas tantas otras con gestos de violencia excesiva que acompañan lo que sí se considera masculino.

¿Los hombres de mi infancia? Tanto mi abuelo paterno, Joaquín, como mi padre, del mismo nombre, eran hombres dulces, sin temor de abrazar y besar a sus hijos. Nada violentos, siempre deteniendo la rabia posible para introducir un pensamiento, una reflexión sin moraleja impuesta a los demás, el placer compartido de una idea, de un gusto. Ambos fueron enamorados encendidos, capaces de profundas complicidades con sus esposas. Bailarines irredentos. Hedonistas modestos. Vivían sin culto por el poder, el dinero o la fama: ni venerarlo ni tenerlo.

Y un enorme culto por la belleza, sobre todo de mi padre, quien, entre otros oficios, fue pintor e ilustrador, músico e inventor. Mi padre nunca tuvo miedo de manifestar sus opiniones, pero tampoco se enamoraba de ellas. Lo mismo podría decirse de sus gustos. Y era extremadamente respetuoso de las ideas ajenas, hasta de sus prejuicios. "Las personas son mucho más que sus opiniones. Si discutes eternamente sobre ellas te quedas sin conocer todo lo demás que cada quien lleva dentro", me decía. Sin tratar de darme lecciones, ambos me forjaron con su ejemplo de masculinidad, sin duda. Entre más los pienso más me doy cuenta.

Me marcaron también por contraste: tanto mi otro abuelo, el materno, Alejandro Lacy, como muchos otros hombres adultos eran radicalmente distintos en cada uno de los rasgos con los que he descrito al abuelo paterno y a mi padre. Lo más común es la intolerancia, los prejuicios, la falta de reflexión y el desprecio clasista, sexista, racista, que siempre es una forma de violencia. Los contrastes eran muy abruptos. Y tanto mi abuela como mi madre se encargaban de hacerlo notar de vez en cuando.

A los abusadores sistemáticos, a los bullies, es mejor no responderles en sus términos mientras sea posible. Cuando un hombre famoso argumenta cómo "ser hombres de verdad", seguramente es en el fondo un hombre muy frágil. Hay que escucharlo y descubrir esa fragilidad, cubierta por una impostura. Hay que aprender a desmontar esa mentira y exhibirla sutilmente al principio, pero cada vez con más contundencia. A la seriedad de su llamado responder con risa, a la supuesta risa de lo que diga responder seriamente, a sus respuestas convertirlas en preguntas y a sus preguntas hacer más preguntas desde otro ángulo. Exhibirlo como lo contrario de lo que dice.

A los preadolescentes yo les hablaría de lo importante que es construir la amistad entre hombres y mujeres a un nivel más profundo, nunca excluyendo el vínculo erótico siempre presente.

Cada machín que va dando ejemplo es un caso a tratar, un nudo que desatar, una mentira que se abre y se desvanece al viento; si se le sopla con firmeza más que con fuerza, queda descubierto.

No me siento aludido cuando alguien dice "los hombres violentos", pero al mismo tiempo tengo conciencia de que ningún hombre escapa a algún condicionamiento machista interiorizado. Antes que nada, escucho atentamente cada caso. Trato de comprender lo que hacen los otros y lo que yo hago. Nada está exento de ser cuestionado.

Los hombres que se sienten aludidos reaccionan con inseguridad agresiva cuando su fragilidad es señalada. El racismo existe como existe el sexismo y el clasismo. Esas taras, esas patologías, cada una a su manera, ciegan a los humanos. Y en esa ceguera, quienes más las ejercen y

padecen más las niegan o niegan sus efectos nefastos en ellos, muchas veces con violencia. Es parte de la patología sexista.

> «Yo creo que el tema de "la cobardía" o la falta de militantismo antimachista es más complejo de lo que parece. Por una parte, no basta con tener conciencia y levantar el puño en abstracto. Rápidamente eso se convierte en una presunción machista.»

Veo recientemente a todos los hombres que de pronto se dicen públicamente feministas mientras desprecian al mismo tiempo a varias mujeres y no dejan de tener actitudes francamente sexistas y arranques de machines oxidados. Y no parecen darse cuenta. Casi podría decirse que una cosa viene con otra. Porque creen que el machismo es una opinión cuando es en realidad un modo de vida. Es y está en todo lo que hacemos y cómo lo hacemos.

No se trata sólo de tener miedo al más fuerte o a perder privilegios. El machismo es una patología activa en todos los frentes, en todas las dimensiones de la vida: desde la cama y la mesa hasta el tiempo libre, desde el trabajo hasta el baile, desde las ideas hasta los gustos. Desde el aseo cotidiano hasta la idea que se tiene o no se tiene de la divinidad. No se trata de ser buenos o ser malos.

Y ya sabemos que no hay nadie más malo que el que se cree con certeza muy bueno y superior a los otros. Esto no quiere decir que no haya remedio. Todo lo contrario. El remedio es minúsculo y mayúsculo al mismo tiempo. Se requiere una casuística incesante, una irradiación cotidiana no sexista, una actividad que sea más actitud propositiva que militantismo de llamarada de petate antimachista, y debe ser la vida, toda la vida.

Maruán

«Al hablar de machismo estamos hablando de patrones culturales. Culturas son muchas, y virilidades o feminidades son tantas. Amplias como sus latitudes de origen y su tiempo. Sabes que soy mezcla de lo árabe y lo mexicano, que tienen sus propias acepciones a lo femenino o lo viril y son brutalmente diferentes.»

Aquí, en México, el hombre proveedor no provee mucho y la mujer es la que tiende a tomar, en lo familiar y desde lo cultural, un papel dual de la matrona a la que se le pide ser la adulta de una relación, al mismo tiempo que se le minimiza.

En lo levantino es diametralmente opuesto. Por ejemplo, en el machismo árabe, a la mujer se le busca mantener en un estado infantil que lleva al hombre a ocupar el papel patriarcal, que a su vez tiene positivos y negativos. Los negativos son evidentemente las barbaridades producto de la segregación a la mujer.

En mi caso no hubo un darse cuenta de que yo era hombre en la niñez, como una definición desde lo cultural y la crianza, afortunadamente matizada, para situarme en el espacio de quien se ocupa, de quien resuelve, de quien cuida y no come hasta que los demás tienen el plato enfrente. La virilidad apuntó a ese espacio de manera natural. Es una virilidad de hombría a la vieja, en términos occidentales, más que de una sexualización con la que se pueda marcar la diferencia.

Todo eso se ve, incluso ahora, en la mesa de mi casa. De forma casi ceremoniosa es la anécdota que se desarrolló en la infancia: soy yo el que hace el café turco, el que lo sirve. Porque en esos rituales descubrí esa cosa que llamamos virilidad.

¿La fuerza emocional de la mujer cuando era niño? En mi caso, era mi madre la que, como migrante y la que había pasado por guerras, imprimió esa fuerza emocional que estableció la diferencia. Ésta existe, sin duda. Y dependerá más de lo cultural que del género, de lo que construye la vida de los individuos. Ignoro qué tan definida está esa fuerza en lo latinoamericano, pero en lo levantino, en lo árabe, en lo judío, en lo griego, es la razón fundacional de lo patriarcal positivo.

El miedo más grande como niños es nuestro contacto con el estado de naturaleza en la infancia y también en la adultez. Sólo que hay una etapa en la que esa niñez aún mantiene la inocencia que se pierde a los pocos años, en la que supongo no era todavía consciente de los peligros hacia mí como al entorno que me daba seguridad. Ahí no viví diferencia entre chicas o chicos, porque los patrones culturales todavía no habían hecho de las suyas. El temor de esos años era la fragilidad de lo que le da a uno protección. Que le pase algo a la madre, al padre, a la tranquilidad que te rodea.

El cambio lo vives en cuanto los patrones sociales intervienen, y como niño varón ves que normalmente son los varones mayores los que en el estado de naturaleza tienen más posibilidades de hacer daño. Entonces encuentras de manera más normal las vías de replicar lo que un día te dio miedo.

¿Un hombre que marcara mi infancia? Los recuerdos de esas edades se transforman en mitos de la adultez. Si hubo alguien era mitificado, aunque no concuerde con lo que terminó por representar. Me crie en varios países y en una casa demasiado politizada para un niño. Eran los años de los contras en Nicaragua, de la primera intifada en Palestina, etcétera. Con mucha cercanía a la Organización de Liberación de Palestina (OLP) y en la ingenuidad máxima, tras el encuentro de mis padres en Managua con Yasser Arafat, él era el modelo de esas emociones: patriarcal, combatiente, culto, sabía responder con poesía y le decían Abu Ammar, su *nom de guerre*. Qué niño de esos tiempos y en esas condiciones, con esa carga familiar y pertenencia, no iba a sentirse marcado por él. Los tiempos cambian.

Sí, viví recientemente un feminicidio en la familia. Mataron a la prima hermana de mi mujer. Ella (mi pareja) leerá

esto y mi reacción es la misma de ese día, por lo que seré prudente en cómo te respondo. En mi lugar, me toca proteger. Toda mi vida y por la crianza que ya conoces, no hay terreno para la duda en lo que debo hacer.

¿Cómo me sentí y si quise ir a buscar a los asesinos? Hay rabia, por supuesto, y es un estado permanente. Pero entre esa rabia lo que me importa es proteger a esas víctimas secundarias. ¿Encontrarlos yo mismo? ¿Y después? No, el ojo por ojo mostró sus peligros desde el Pentateuco.

> «¿En serio hay manera de negar que los hombres, en la acepción de humanidad, somos violentos? ¿Quién, en un ejercicio de conciencia -que no todo mundo es capaz de hacer-, duda que los hombres, en la acepción de género, hemos sido más violentos que las mujeres?»

Estamos hablando de la historia de la humanidad. Del estado de naturaleza que sólo ha sido controlado por la posibilidad de lo civilizatorio. ¿Qué entiendo por civilizatorio? El proceso en que nos dejamos de hacer daño. Por lo cultural, pero también por lo físico, el hombre se encuentra en posibilidad de lastimar más fácilmente. Negar la alusión en lo individual tiene sólo cabida en lo privado de cada uno, pero hacerlo en lo público niega que en lo social no hemos logrado dejar ese lado primitivo.

Déjame abrir un paréntesis análogo. Una vez en una conferencia, un estudiante reclamó mi pesimismo e incapacidad de asumir lo que llamó "felicidad". Ese estudiante se sentía feliz. Debía ser el tercer año de la guerra civil en Siria y le conté cómo era la vida de los chicos de su edad en la ciudad donde estaba mi familia. Cuando le pregunté si seguía reclamándome, la cosa cambió.

A quien se sienta agredido por la afirmación "los hombres ejercen violencia", le falta ser consciente de aquellas miles de mujeres sometidas a la violencia que, en casi la totalidad de los casos, ejercemos los hombres sobre ellas. Ése es el primer paso para salir del mentado estado de naturaleza y resolver el problema. A diferencia del estudiante en el que lo único que había era ignorancia —y dejó de haber—, la descalificación en este tema sólo va a cuenta de la imbecilidad de los hombres que lo niegan.

¿La corrupción y el machismo? Son dos temas entrecruzados y hay que tener cuidado al mezclarlos. Las razones de la corrupción son muchas, y en México parten de la ruta de la inequidad, impunidad, corrupción y violencia. Esa condición de inequidad tiene un vergonzoso componente de género. Por otro lado, el sexismo siempre terminará en violencia. La violencia tiende a ser el desenlace de cualquier creencia que supone la superioridad de unos sobre otros; entonces esa erradicación dependerá de un asunto de otredad. De entender desde el lado masculino que hay una otra sobre quien no existe esa superioridad.

No, que un hombre evite confrontar a otro más poderoso no es miedo a la violencia. Es algo mucho más grave: es el largo camino inconcluso de la civilización, que pide la aceptación de lo bestia. No lo hemos aceptado.

La violencia: ¿instinto o cultura?

«Ya no quiero sentir como que ya no puedo sentir más, quiero ser capaz de llorar porque mi hermana está muerta, quiero tener la capacidad de sentir porque no puedo ver a mi madre. Ya no quiero sentirme como un tipo que no tiene emociones; quiero sentirme como Yo. Ya no quiero tener miedo de ser yo.»

Éstas son las palabras de un prisionero que pide ayuda entre sus compañeros de El Círculo[1] en la cárcel Folsom, abierta en 1880 como la primera prisión de máxima seguridad de Estados Unidos.

Un grupo de hombres encerrados en la prisión de Folsom, California, se reúne en un grupo experimental que parece una locura. Asesinos, violadores y narcotraficantes lloran inconsolables, gritan, se arrodillan ya sin fuerza después de un ataque de ira al recordar algún evento traumático de su infancia. Los demás prisioneros desconocen que este grupo interracial, multiétnico, en el que se congregan miembros de bandas criminales que se odian entre sí, forma parte de un experimento terapéutico que ayuda de forma extraordinaria a los participantes a entender exactamente en qué momento de su infancia descubrieron la violencia como expresión vital y forma de interactuar con las y los demás.

Pude escuchar en persona cómo filmar esta experiencia para el documental *The Work* le cambió la vida a un camarógrafo méxico-americano que nunca imaginó lo que significa trabajar con la masculinidad y la violencia en un grupo terapéutico con hombres que han llegado al límite del ejercicio de la crueldad. Los prisioneros poco a poco deconstruyeron su vida hasta encontrar el momento preciso en que, a partir del trauma de la violencia introyectada en la infancia, comenzaron a odiar a las mujeres, a su madre, a su padre,

---

[1] El Círculo de Trabajo es un proyecto psicoterapéutico de inmersión emocional que ha arrojado resultados extraordinarios en hombres que han vivido sumidos en la violencia. *The Work* (2017) es el nombre del documental que revela cómo funciona.

a sí mismos, para más tarde entender, en lo que parecería un exorcismo psicoemocional, cuándo y cómo tomaron las malas decisiones que los llevaron a dañar a otras y otros, la forma en que perdieron la fuerza de voluntad que les habría permitido controlar el impulso de dañar a otros seres humanos. Sólo entonces comprendieron que destruyeron su propia vida al tomar decisiones equivocadas, basándose en rencores, ira contenida, resentimiento, racismo y sexismo inducido por quienes los educaron. Me refiero no sólo a la educación en el hogar, la escuela, las calles o en un orfanato, sino a la fórmula cultural que día a día alimenta el cerebro con ideas, emociones y reacciones sobre lo que significa ser un hombre de verdad, un líder, un niño abandonado, un chico entrenado para ser *bully* por un padre que piensa que ser agresor es la única forma de sobrevivir en un mundo que percibe como salvaje y peligroso.

Este proyecto, descrito en el documental dirigido por Jairus McLeary, explora cómo la angustia de la infancia marca a los hombres. Se basa en una idea desgarradora: la infancia puede ser una prisión emocional en que se promueve el odio y la autodestrucción. Esos criminales, algunos con sentencias de más de ciento cincuenta años de prisión, descubren que en la cárcel no pueden demostrar sus emociones, miedos, ansiedades y necesidades sentimentales puesto que ello les puede costar la vida y la integridad, en un entorno de crueldad casi absoluta: la alienación causada por el patriarcado que habita a estos hombres enjaulados, que asesina a quien demuestra sus emociones. Gracias a los facilitadores de este programa terapéutico, esos hombres han sido capaces de reconocer que su infancia no fue muy distinta de estar en prisión, puesto que ser hombre les negó el derecho más

importante de la niñez: la libre expresión de los sentimientos, el desarrollo sano de las emociones, el derecho a pedir y recibir afecto, protección y resguardo cuando sentían miedo y fueron víctimas de un padre cruel. Esos hombres se transformaron al encontrar su más tierna vulnerabilidad; al reconocer sus inseguridades lograron revivir a su niño interior herido, la figura paterna, los patriarcas que les mostraron que ser líder supone ir a la guerra contra quien piensa diferente. Miraron por primera vez a hombres sanando hombres y se sintieron espiritualmente vivos. Como demostración de la saña con que los defensores del machismo violento castigan a los varones que rompen las prácticas agresivas que ratifican su masculinidad "real y respetable", los reclusos del programa deben esconder su descubrimiento de los otros hombres de poder de sus propios grupos en prisión. Los patriarcas que promueven y celebran la violencia como fórmula cultural castigaron a un nativo norteamericano con nueve puñaladas, luego de enterarse de que quería ayudar a otros hombres a dejar de reproducir la violencia, esto es, compartir su conocimiento sobre cómo escapar del machismo salvaje. Puesto que él, que ha cometido crímenes indecibles, fue capaz de transformarse, quiere que otros lo logren también; su batalla es ahora contra los líderes de las comunidades que temen que los hombres se vuelvan sensibles, emocionales, y que utilicen su fuerza de voluntad para controlar la ira, la rabia y la frustración que los incitan a ejercer la violencia.

La violencia presenta muchas facetas. Algunas de ellas son claramente visibles, como la violencia directa; otras no lo son tanto y es necesario hacer un esfuerzo de abstracción

para entenderlas. Es el caso de la violencia cultural y la estructural.

La violencia directa es observable en comportamientos: gritos, insultos, golpes o atentados contra la vida. Es tan sólo la punta evidente de un iceberg de enormes dimensiones y cuya mayor parte está oculta: la violencia estructural y la cultural (también llamada simbólica).[2]

La violencia estructural es una consecuencia de la negación tanto de derechos elementales como de la satisfacción de necesidades básicas. Ocurre cuando los estándares de justicia no son respetados y se explota u oprime a las personas, ocasionándoles sufrimiento. La violencia estructural provoca que el interés egoísta se convierta en el valor personal más importante, con la conquista de la naturaleza y la acumulación de bienes a expensas de otros y otras como fines deseados. Un régimen político como el *apartheid,* en que por ley se practicaba la segregación racial, es un claro ejemplo de violencia estructural.

Por otro lado, la violencia cultural puede manifestarse como la imposición de ciertas interpretaciones de la realidad, con exclusión de otras formas de entender la vida. Comprende creencias, rituales y valores que legitiman la violencia directa y estructural.[3] Por ejemplo, la cultura patriarcal, que ensalza los valores de la masculinidad agresiva como superiores, es claramente violenta. Cuando a un niño se le niega el derecho a sentir, a expresar lo que sien-

---

[2] Eduardo Suárez Díaz Barriga, *Educar en paz y para la paz. Fundamentos para un modelo educativo*, Aldea para la Paz, CIAM Cancún, s.f.

[3] Ian M. Harris y Mary Lee Morrison, *Peace Education*, 3ª ed., Carolina del Norte, McFarland, 2013.

te y a pedir ayuda frente a lo injusto, se le arrebata la posibilidad de tener un desarrollo emocional estable y afectivo.

Violencia: acto u omisión intencional que ocasiona un daño, transgrede un derecho y busca el sometimiento y control de una víctima. Es la amenaza creíble del empleo de la fuerza o el uso real de dicha fuerza con la finalidad de causar daño. La violencia siempre es intencional; quien la ejerce actúa de manera deliberada y consciente. Quien actúa de forma violenta busca afianzar su poder sobre otra persona. El daño puede ser físico, psicológico, sexual o económico. Los derechos violentados pueden ser a la salud, la libertad, el trabajo o a una vida libre de violencia.[4]

La violencia de género y familiar

Muchos de los problemas de la violencia están relacionados con el comportamiento de los hombres. La cultura masculina

[4] Antonio Gómez Nashiki, Úrsula Zurita Rivera y Sergio López Molina, *La violencia escolar en México*, México, Cal y Arena, 2013; Edward Donnerstein, "Medios de comunicación", en José Sanmartín (ed.), *El laberinto de la violencia. Causas, tipos y efectos*, Barcelona, Ariel, 2004, pp. 165-173; Marta Torres Falcón, "Familia", en José Sanmartín (ed.), *op. cit.*, pp. 77-87.

es opresiva y tiende a justificar la agresión desmedida. En la mayoría de los casos, el niño tiende a culpar a su madre por miedo a confrontar al agresor, que es quien detenta más poder en una relación familiar con violencia y machismo. Son los hombres quienes mayoritariamente apoyan la guerra y ejercen la violencia de forma notable contra las mujeres, las niñas y los niños. Esta cultura patriarcal (el patriarca como el poderoso líder de grupo) está basada en valores como el heroísmo, el patriotismo, la dureza y la competencia.

La violencia de los hombres contra las mujeres se filtra y escurre por todos los niveles de la estructura social, desde las relaciones íntimas hasta las laborales, como en el acoso sexual de los jefes hacia las empleadas. Esa violencia directa, cultural y estructural contra las mujeres está estrechamente relacionada con las guerras y otros actos de destrucción en que la violación y el pillaje son la norma.

Es necesario recalcar que la discriminación hacia las mujeres, o sexismo, tiene importantes diferencias con otros tipos de discriminación, como la racial. La diferencia estriba, según Marta Lamas, en el arraigo histórico de creencias acerca de la supuesta vulnerabilidad y debilidad física de las mujeres, lo que deriva en ataques directos a sus intereses y a ellas mismas. Como se ha afirmado, las mujeres no están seguras casi en ninguna parte y esa situación parece importar muy poco, como lo muestra el índice creciente de feminicidios en México y el mundo.

Falocracia: Las raíces etimológicas de la palabra "falocracia" son griegas; esta voz significa "machismo, sistema donde manda

el pene". Sus componentes léxicos son *phallos*, "falo, verga, pene", y *kratos*, "poder, gobierno", más el sufijo -ia, que indica "acción o cualidad". Según el *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia, la falocracia es "el dominio del hombre sobre la mujer".

Para la gran mayoría de las personas, discutir la violencia familiar y contra las mujeres resulta complejo porque despierta el miedo a ser calificado como facilitador de la "guerra feminazi contra los hombres". En el fondo, quien denuncia la violencia machista cuestiona las estructuras verticales de liderazgo, sexualidad y poder; en cambio, quien se burla de los y las denunciantes, en casos de violencia sexual, acoso y hostigamiento, gana puntos frente al machismo estructural, es decir, se refuerza su sensación de que la manada machista lo protegerá si algún día es denunciado. Por ejemplo, un niño de trece años que denunció con gran valentía el persistente abuso sexual de un sacerdote en Veracruz quedó devastado cuando vio en el juzgado a un representante del obispado declarar a favor del pederasta; se dijo que el chico era gay, que siempre estaba excitado y que él había provocado a su agresor de cuarenta años. El sacerdote salió libre y el chico terminó sumido en una depresión que casi le cuesta la vida luego de dos intentos de suicidio. El miedo a la descalificación, e incluso a la humillación pública, provoca un doble discurso en quienes denuncian a un agresor sexual y después dicen: "Pero en el fondo es buena persona, por eso le tenía cariño o confiaba en él".

Para explicar la violencia en el seno familiar existen diversas teorías: modelos individuales basados en las características de las personas involucradas, como el abuso de alcohol o drogas; modelos de disfuncionalidad, como mala comunicación, alejamiento emocional o autoritarismo, y modelos socioculturales que buscan la integración de esas explicaciones en un esquema amplio y comprehensivo que incluya factores macrosociales, culturales, familiares e individuales. Las mejores estrategias para erradicar la violencia familiar se basan en la atención de esos distintos niveles de modo integral.

Sin aplicar una perspectiva de género, poder, raza y clase no se puede entender la subordinación que justifica el maltrato como una de las formas de afecto educativo en el hogar.

¿La agresividad es violencia?

Para Eduardo Suárez, profesor mexicano, biólogo y experto en educación para la paz, uno de los puntos que producen más discusiones cuando hablamos de violencia masculina radica en la confusión entre agresividad y violencia, entre lo que es influencia de la biología y lo que es producto de la cultura. Muchas personas justifican a los esposos, padres, hermanos u hombres que ejercen violencia por considerar que se trata de seres que simplemente reaccionan a su "instinto agresivo"; sin embargo, la agresividad como respuesta químico-biológica ante el peligro opera igual en el cerebro masculino que en el femenino. La ciencia ha demostrado que la violencia no es instintiva; constituye una elección informada

de quien maltrata. Según Suárez, para las y los estudiosos del comportamiento animal, la agresividad es un instinto, un rasgo seleccionado por la naturaleza con el fin de incrementar la eficacia biológica de su portador para el ataque, la huida o la competencia. Forma parte de un sistema neuroquímico regulado por el cerebro, con un equilibrio muy fino entre despliegue e inhibición.

Parte de la confusión entre agresión y violencia radica en no entender que ese sistema no es definitivo: los circuitos neuronales pueden modificarse por acción del aprendizaje y la cultura. Es decir, podemos re-educarnos para no reproducir la violencia que ejercieron en nuestra contra durante la infancia. La plasticidad neuronal responde a los estímulos del ambiente; así, biología y cultura son indisolubles, lo que evidencia un falso dilema.

Desde las neurociencias sociales, la violencia puede ser entendida como una alteración en el sistema eléctrico y hormonal de la agresión, por razones tanto genéticas como ambientales y educativas. La amígdala, órgano del sistema límbico, desencadena las respuestas relacionadas con la agresión: musculares, hormonales y de neurotransmisores. Por otro lado, la corteza prefrontal, que es el asiento cerebral de la voluntad, funge como un regulador del funcionamiento de la amígdala: desde la infancia el cerebro se va amoldando de acuerdo con las experiencias que vivimos; el entorno nos enseña a procesar las emociones y a producir sentimientos y recuerdos. Desde esa óptica, la violencia individual puede entenderse como la perturbación de la relación entre amígdala y corteza prefrontal.

En la última década, las neurociencias han demostrado que la educación emocional y sentimental con jóvenes y

personas adultas es capaz de inducir cambios en el comportamiento, los cuales llevan a producir hormonas de la felicidad y la tranquilidad; poco a poco la plasticidad del cerebro procesa de manera diferente los recuerdos, los activadores de la violencia, y puede transformar la ira y el rencor en nuevos mecanismos que permiten vivir sin reaccionar violentamente frente al conflicto o el miedo. Tales enfoques interdisciplinarios, que conjugan las ciencias sociales y las naturales, están disolviendo una falsa división que se creía definitiva: entre lo biológico y lo derivado del aprendizaje, esto es, lo cultural. También ayudan a entender que nuestra programación para la autoprotección no puede justificar, bajo ninguna circunstancia, la cultura de la opresión y la violencia que pretende controlar a las y los otros.

Se han propuesto numerosas teorías para explicar los comportamientos violentos, las cuales se pueden agrupar en tres clases generales. La primera, como ya se ha dicho, afirma que la agresión es parte de la naturaleza humana, una predisposición programada en el código genético humano, sobre todo en los hombres. En ese grupo caben los señalamientos acerca de los sistemas hormonales, nerviosos, musculares y sanguíneos que están automatizados en nuestro organismo para hacer frente a las situaciones de huida o ataque. Para el maestro Suárez ésta es una visión muy limitada y parcial del fenómeno, pues reduce incorrectamente lo cultural a lo biológico.

La segunda clase de teorías propone que la violencia es producto de la hostilidad resultante de las frustraciones. Las y los seres humanos tienden a adoptar un comportamiento guiado por metas; al no alcanzarlas acumulan ira y frustración hasta que se desbordan y expresan como violencia. La

frustración también puede ser generada por la violencia de otros y otras. Una persona cuyos derechos han sido vulnerados acumula ira, lo que puede distorsionar la forma en que se ve a sí misma y a las y los otros, con daño a sus sistemas de relación y sentido existencial. Esto puede dar origen a comportamientos reactivos violentos.

Por último, la tercera clase de teorías hace énfasis en la influencia de la dimensión social en el comportamiento de las personas. La violencia podría entenderse como algo aprendido mediante la observación de otros miembros de la familia, la comunidad, los medios de comunicación, sucesos históricos, etcétera. Vista así, la violencia es el modelado de algunos comportamientos propios de grupos dominantes. Esa visión supone la existencia de recompensas relacionadas con comportamientos violentos, como ocurre con los prejuicios y el odio, en los que la identidad de una persona se fusiona con la identidad del grupo al que quiere pertenecer, en contra de alguien excluido. Un claro ejemplo de condicionamiento social es la manera en que, en una total distorsión, la guerra se ha ensalzado como actividad heroica y aventurera.[5]

Por otro lado, la teoría feminista explica la violencia en el campo de las relaciones sociales desde la perspectiva de género. Desde esta visión, la sociedad es objeto de control social por parte de un sistema patriarcal y opresivo. El modelo feminista ha tenido una amplia participación en movimientos pacifistas, contribuyendo significativamente a grandes transformaciones sociales, legales y políticas.[6]

---

[5] Ian M. Harris y Mary Lee Morrison, *op. cit.*

[6] Richard J. Gelles, "Factores sociales" en José Sanmartín (ed.), *op. cit.*, pp. 47-55; Birgit Brock-Utne, "A Gender Perspective on Peace Education and the Work for Peace"

Para entender la violencia se requiere considerar la compleja interacción de todos sus elementos. Las conceptualizaciones que atienden sólo aspectos individuales no explican por completo las conductas violentas. Las estructuras y los factores sociales afectan a los individuos y sus comportamientos. Estadísticamente, la violencia se asocia a los hombres, la juventud, las desigualdades económicas y los valores culturales que la legitiman. Está claro que se trata de una combinación complicada de factores que ya se han demostrado científicamente.[7]

El maltrato machista tiene una dirección definida, producto de las jerarquías que se afianzan tras cada episodio violento. Las víctimas principales son mujeres, niños, niñas y jóvenes, ancianos, personas con impedimentos físicos o mentales, minorías sexuales, etcétera. Porque el machismo jerarquiza, y quien se rebela frente a ese orden social o pretende salir de él, como muchos de nuestros entrevistados, es castigado por el patriarca, el macho alfa y sus seguidores.

La violencia en el trabajo (*bullying* y *mobbing*): El acoso moral en el trabajo se puede definir como todo comportamiento abusivo (gestos, palabras, actitudes) que por su carácter repetitivo o sistemático atenta contra la dignidad o la

en *International Review of Education / Internationale Zeitschrift Für Erziehungswissenschaft / Revue Internationale de l'Éducation*, vol. 55, núm. 2-3, mayo de 2009, pp. 205-220, doi:10.1007/s11159-008-9122-z.

[7] Marta Torres Falcón, *op. cit.*

integridad física o psicológica de un trabajador, poniendo en peligro su empleo o lastimando el ambiente laboral. En el acoso laboral se busca excluir y atentar contra la identidad, el papel, la función, el estatus y la imagen de la persona para desintegrarla socialmente. Es posible diferenciar dos tipos de acoso moral: el *bullying*, ejercido por una persona contra la víctima, y el *mobbing*, ejercido por un grupo contra la víctima.

Acoso sexual: Comprende todo comportamiento con connotaciones sexuales impuesto a una persona sin su consentimiento y percibido como hiriente y degradante. Incluye bromas, insinuaciones, burlas, gestos, fotos, dibujos, miradas, contactos, etcétera, de naturaleza sexual y con fines de dominio. Es usual que el agente sea hombre, y la víctima, mujer. El hostigamiento sexual implica una relación de poder o autoridad en ámbitos escolares o laborales, según la ley federal mexicana, similar a la estadounidense.

El *bullying* como refuerzo del machismo

El *bullying* escolar consiste en burlas, amenazas, intimidaciones, agresiones físicas, aislamiento sistemático, insultos, etcétera, que se repiten en una relación asimétrica contra una víctima indefensa y que se mantienen a causa de la ignorancia o la pasividad de quienes presencian la agresión. El *bullying* parece ser parte habitual de la cultura escolar tradicional; en él participan casi todas y todos los alumnos y el profesorado, ya sea como agresores, víctimas o espectadores silentes.[8] Es común que ante casos reiterativos de *bullying* los adultos reaccionen con gran violencia contra los niños que lo ejercen, profundizando en ella e imposibilitando el análisis del conflicto para desentrañar sus mecanismos.

Una perspectiva muy útil para comprender la violencia escolar es el modelo ecológico del desarrollo humano propuesto por Urie Bronfenbrenner.[9] Las características de víctimas y agresores se han entendido sólo desde su desarrollo personal, sin considerar la interdependencia que existe entre los distintos sistemas en que ocurre la violencia, lo que oscu-

---

[8] Antonio Gómez Nashiki, Úrsula Zurita Rivera y Sergio López Molina, *op. cit.*; Faye Mishna, *Bullying. A guide to Research, Intervention, and Prevention*, Nueva York, Oxford University Press, 2012; David Johnson y Roger Johnson, *Cómo reducir la violencia en las escuelas*, Buenos Aires, Paidós, 2010.

[9] Véase Urie Bronfenbrenner, *The Ecology of Human Development*, Cambridge, Harvard University Press, 1981.

rece la necesaria conexión de lo escolar con lo familiar y lo comunitario.

En el *bullying* escolar, los participantes más frecuentes son hombres, como víctimas y como agresores; ello apunta a la influencia de los estereotipos sociales masculinos. Los niños tienden a ejercer la violencia confrontativa, como golpes, insultos o amenazas, mientras que las niñas incurren en la violencia indirecta, como hablar mal de sus compañeras. El acoso ocurre con frecuencia durante el recreo y las actividades en las aulas.

La víctima generalmente es una persona aislada, de escasa asertividad, con dificultades para la comunicación y baja popularidad. Presenta miedo y ansiedad; la inseguridad le causa baja autoestima y aumenta su vulnerabilidad. Puede ser víctima pasiva o activa; la diferencia estriba en la excesiva impulsividad del último tipo, lo que la hace actuar de manera irritante y provocadora, convirtiéndola también en un agresor reactivo. Las víctimas activas tienen peores pronósticos que las pasivas, y es probable que hayan sufrido una infancia hostil, abusiva y coercitiva por parte de su familia.

Según Eduardo Suárez, en la mayoría de los casos el agresor o *bully* es un chico y se caracteriza por vivir una situación social negativa o de rechazo. Aunque aislado, lo está menos que las víctimas y tiende a poseer una personalidad agresiva, dominadora, impulsiva y con baja tolerancia a la frustración. Tiene pocas habilidades sociales y bajo rendimiento escolar. Su capacidad para la autocrítica es escasa y presenta una autoestima media o incluso alta. Es posible distinguir entre los agresores activos y los pasivos;

la diferencia estriba en quién inicia o dirige la agresión y quién la refuerza o anima.

Militarismo y violencia: El militarismo es la subordinación de la sociedad civil a valores castrenses como jerarquía, obediencia, competencia y uso de la fuerza. Cuando la cultura militarista florece es posible verla en juegos de video, juguetes infantiles y todo tipo de productos que celebran la violencia o lo militar. En lo escolar, la expresión de esa cultura puede manifestarse de formas muy sutiles, no sólo en el estudio glorificado de episodios históricos de guerra, sino además mediante el abuso de estructuras jerárquicas y ambientes competitivos utilizados para fomentar el enfrentamiento y la lucha estudiantil por las calificaciones y las recompensas.[10]

[10] Carl Mirra, "Countering Militarism through Peace Education" en Monisha Bajaj (ed.), *Encyclopedia of Peace Education*, North Carolina, Information Age Publishing, pp. 25-31.

El machismo de todos los días

«Cientos de historias que hemos documentado, en las que el padre, el abuelo o el líder moral de la familia es el abusador de niños y niñas, nos recuerdan que no es sólo la impunidad lo que causa depresión, ansiedad, ira, desesperación y decepción en las víctimas de delitos denunciados y no castigados.»

Hay elementos más profundos de los que no solemos hablar al discutir la impunidad y sus consecuencias; uno de ellos es el condicionamiento producido en las víctimas acostumbradas al poder de su agresor, imposibilitadas de convertirse en supervivientes. Basta con escuchar a millones de hombres decir frases como "me golpearon de niño, pero eso me sirvió para ser disciplinado" o "en el colegio nos daban golpes con un cinturón, creo que eso me ayudó a ser más fuerte frente al dolor", y una más, escuchada en las entrevistas para este libro: "Los golpes me enseñaron a sobrevivir en el mundo laboral donde el *bullying* y el *mobbing* son muy usuales; le agradezco a mi padre haberme enseñado a sobrevivir entre hombre rudos".

Esas frases que parecen inocuas son en realidad parte de un proceso de normalización del maltrato y el abuso como fórmulas educativas y producto del síndrome de Estocolmo, ese mecanismo de protección psíquica que desarrollan las víctimas de secuestro, de violencia extrema y sistemática. Cuando una víctima de violencia no recibe terapia y reconocimiento de la injusticia que ha sufrido, guarda en su memoria sentimental la paradójica sensación de que merecía lo que vivió y por tanto debe sacar alguna buena lección de ello. Esto lleva a la normalización de las agresiones y a que tantos hombres reproduzcan los modelos de violencia en el ámbito familiar de una forma que consideran "instintiva" y que, sin embargo, es en realidad producto de un entrenamiento, un comportamiento aprendido y asimilado como inocuo.

Sin saberlo, mis entrevistados han hablado de lo que las feministas contemplamos como perspectiva de género; es decir, en sus padres, sus madres y en su propio comporta-

miento han ejemplificado cómo se construyen los roles a partir de que un padre toma a su hijo como un amasijo de barro para intentar moldearlo a su imagen y semejanza mediante la violencia o la educación afectiva.

Rescatar a las víctimas de la violencia paterna es probablemente una de las cosas más difíciles que existen en la defensa de los derechos humanos. No solamente porque se necesita una intervención costosa, de largo plazo y especializada que integre a las y los familiares de las víctimas, a las autoridades, a especialistas en salud mental y física, así como a expertos en psicología de la niñez, sino porque resulta indispensable explorar los patrones de la masculinidad violenta, del machismo, y casi indefectiblemente, cuando se llega a ese instante se rompe el diálogo porque los defensores de la violencia, como forma de poder apropiado por el género masculino, sienten que al señalar a un hombre los señalan a todos y que el poder colectivo de lo masculino está en juego para todos los demás hombres.

Además, hay que tomar en cuenta el impacto que cada victimario tiene sobre sus víctimas: el vínculo afectivo que ha logrado desarrollar mediante el ejercicio del poder económico (el hogar, los alimentos, la educación). Si no somos capaces de analizar cómo el poder patriarcal se impone sobre las libertades de los niños oprimidos, jamás desentrañaremos las tácticas y estrategias de la reproducción de las redes de apoyo invisible que crea la masculinidad como una trama cultural integradora de ideas, saberes y conductas.

En los casos más extremos, por ejemplo, hemos demostrado con investigaciones formales que miles de víctimas de trata de personas —en particular para la esclavitud sexual, en la que se integran la pornografía y la explotación infantil

y juvenil— quedan trastocadas de manera casi irremediable si la intervención especializada no incluye la justicia integral, que comprende el reconocimiento del daño ocurrido, la no culpabilidad de la víctima y la justicia restaurativa relacionada con el reconocimiento público y privado del abusador frente a su víctima.

Los juicios, por ello, van mucho más allá del hecho de que un jurado sentencie a un agresor: se vinculan directamente con el proceso psicoemocional de las víctimas y sus defensores. Hay un elemento fundamental en el reconocimiento de la inocencia de la víctima, del no merecimiento de la violencia recibida, de la anormalidad del abuso o delito que se cometió contra él o ella, y muchas veces una imperante necesidad de tratamiento psiquiátrico especializado que, cuando la víctima adulta se niega a recibirlo, le impedirá ser superviviente, no necesariamente por falta de voluntad, sino por la ausencia de resiliencia natural y de habilidades cognitivas para elegir lo que es mejor para ella. Así, no sorprende que tantos miles de padres que han sido maltratadores sistemáticos de sus hijos se hayan unido al movimiento para legislar, en países como Estados Unidos, España, Argentina y México, el síndrome de alienación parental (SAP), inventado por un infame pedófilo que desarrolló una estrategia de autoprotección para los actos criminales contra los niños. Miles de hombres que defienden el SAP ignoran por completo cómo se originó esa teoría descartada por las y los científicos más serios, tanto en el ámbito de la salud mental como en el jurídico.

La doctora Raquel Berman, investigadora y reconocida psicoanalista mexicana, cofundadora de la Asociación Mexicana para la Práctica, Investigación y Enseñanza del Psi-

coanálisis (AMPIEP), asegura que, debido a la perversión del concepto del SAP, ninguna institución psiquiátrica o psicológica reconocida acepta ese síndrome.

La experta profundiza en ello:

> Todos sabemos que el concepto patriarcal de hijos como propiedad de los padres está caduco y ha sido sustituido por los derechos del niño y la niña. Igualmente añejo es el concepto patriarcal de la familia heterosexual idealizada. Hay muchas formas de hacer familia; lo importante es la calidad de los vínculos entre sus miembros y las actitudes de los adultos que favorezcan el desarrollo psicológico del niño.

Tanto el abuso sexual como el síndrome de abuso infantil, perpetrados por uno o ambos padres, han sido estudiados en detalle por algunos profesionales de la salud mental, con base en la investigación de múltiples casos y de las características patológicas concretas del entorno familiar. La más importante contribución al tema del abuso infantil y del abuso sexual perpetrado por un padre y sus consecuencias patológicas para el niño y el adulto son las investigaciones de la doctora Judith Herman, de Universidad de Harvard, y del doctor Saul Shengold, autor de los libros *Soul Murder* y *Soul Murder Revisited*. Cuando una o un experto en salud mental presenta casos comprobables de la toxicidad emocional de un progenitor sobre su prole (incesto, violencia familiar crónica, seducción sociopática), etcétera, el SAP no puede ser aplicable. En esos casos, si no existe el Estado de derecho, el niño nunca debe tener contacto con el perpetrador, aunque aquél reclame su derecho paternal.

Machismo: Actitud de prepotencia de los hombres respecto a las mujeres. Se trata de un conjunto de comportamientos, actitudes, prácticas sociales y dichos populares que resultan ofensivos contra el género femenino. Actitudes y fórmulas culturales de quien sostiene que el hombre es, por naturaleza, superior a la mujer. El machista cuestiona la diversidad de masculinidades y maltrata a los niños y hombres que no obedecen su mandato de liderazgo vertical y sexista.

Hembrismo: Actitud de sometimiento y doble discurso de mujeres educadas en el machismo, las cuales reproducen creencias, conductas y prácticas sociales machistas a fin de mantener algunos privilegios que otorga la alianza con el poder machista. Las hembristas legitiman el menosprecio y los ataques violentos contra otras mujeres. Una mujer hembrista reproduce los valores sexistas y equivocadamente considera que comportarse como la igual de un macho es una forma de liberación femenina cuando es en realidad un complemento de perpetuación de la violencia machista

contra las mujeres y contra sí misma. La hembrista cobra al hombre por su sometimiento con formas de violencia sutiles; es una machista hiperfemenina.

El maltratador común: macho internacional

«Yo todos los días elijo no ejercer el machismo y educar a mis hijos en ello; es la tarea cotidiana de resistirse a la cultura de la desigualdad.»

Miguel Lorente Acosta

Después de uno de los ataques yihadistas en París, el entonces presidente Obama y su par, Hollande, se reunieron para discutir la guerra contra el yihadismo. Durante esa discusión, ampliamente cubierta por los medios de Europa y América, los políticos no solamente propusieron detener a individuos y grupos que mantuvieran y apoyaran moralmente a los terroristas; también dijeron que se debía estudiar, entender y desarticular la cultura del terrorismo, la

formación que éste da a ciertos grupos desde la niñez, especialmente la promoción, entre jóvenes árabes y europeos, para que se conviertan en mártires famosos por cometer un atentado mortal.

Lo más interesante de esa discusión —que provocó una cascada de artículos de opinión de periodistas y editores de diversos países— es que está claro que una forma de violencia sistémica debe ser intervenida desde la raíz, no desde sus consecuencias. En otras palabras, no separas a un niño violentado de un padre que lo tortura y después permites que el padre lo visite por el bien de la familia; por el contrario, vas directamente a proteger al niño, como primer paso, y después atajas los impulsos, motivos y patrones de conducta que el padre repite para ser un maltratador que con su violencia pretende, ante todo, criar a un machista como él o destruir a un niño incapaz de reproducir su modelo.

Como bien ha destacado Miguel Lorente Acosta, médico forense español especializado en violencia, "entre hombres de poder y políticos hay un absoluto entendimiento de que, sin atajar las raíces culturales del terrorismo, y en particular del yihadismo terrorista, no se podrá terminar con estas oleadas de terror". Lorente se pregunta por qué cuando en nuestros países sacamos las cifras, con nombres y apellidos, de pederastas, violadores, feminicidas y demás ejecutores de la violencia machista, los poderosos y políticos se niegan a atacar el machismo de raíz y simplemente van contra algunos machistas en particular. Generalmente hablan de los feminicidas o de aquellos que violentan a sus hijos "en exceso", como si maltratar a un niño tuviera, en términos éticos, medidas positivas y negativas.

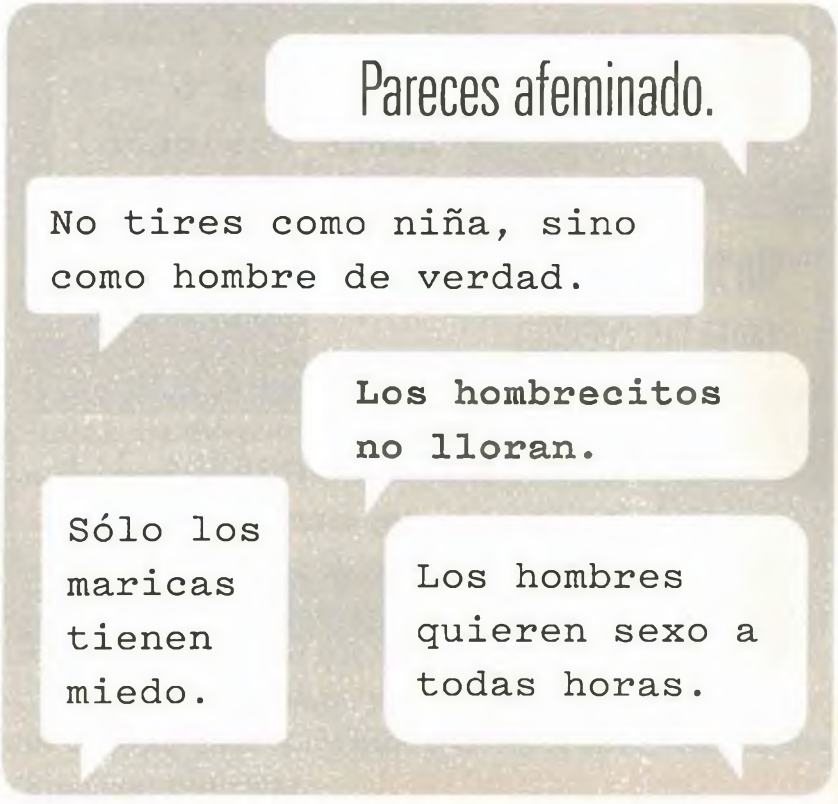
Por qué cuando hay una situación claramente diagnosticada como amenaza, como violencia, como una agresión no sólo contra las personas que la han vivido sino contra la propia convivencia en una comunidad, líderes políticos, jueces y periodistas entienden y por ello exigen que se actúe contra la causa de los atentados, es decir, el marco cultural que los produce. El yihadismo va más allá de decisiones individuales para causar muertes, terror e inestabilidad social, dicen; sin embargo, cuando se trata del machismo niegan ese mismo análisis sociocrítico y político.

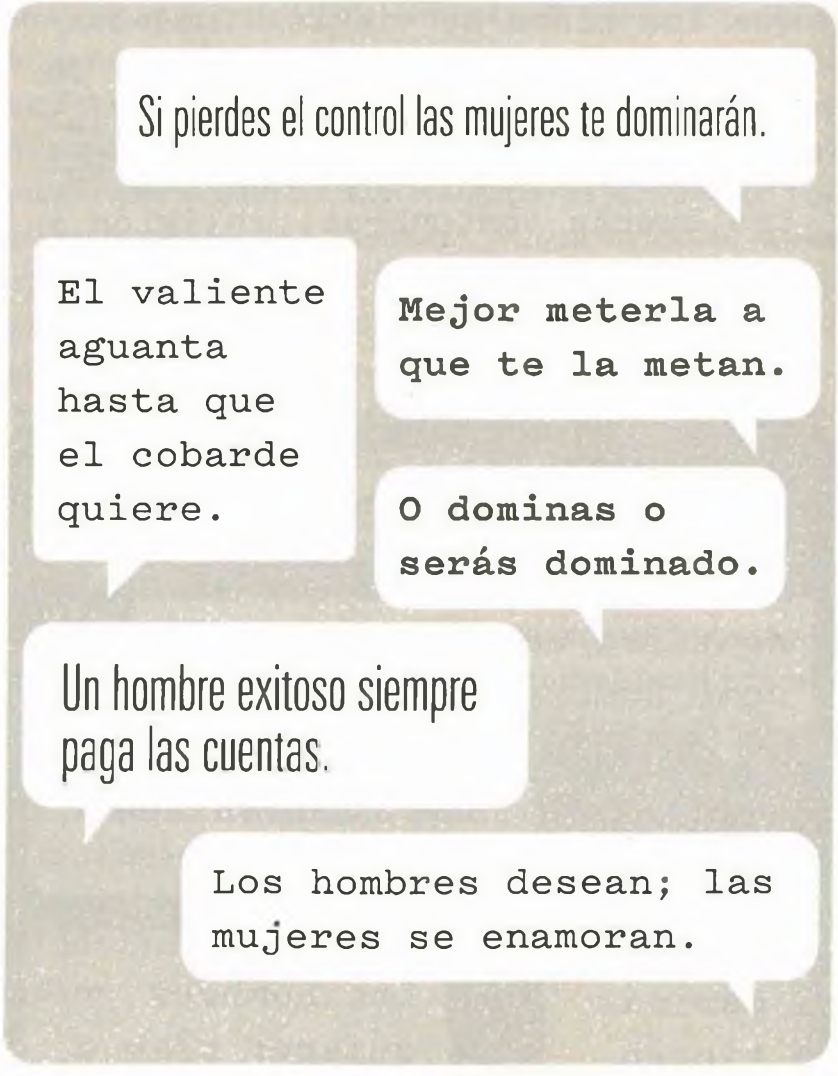
Para Lorente, a fin de entender el problema de negación de la violencia machista y sus consecuencias sociales, el machismo y el yihadismo pueden equipararse porque ambas son posiciones ideológicas que promueven la violencia e intentan imponer ideas y formas de poder; son posiciones ideológicas cargadas de valores, referencias culturales que permiten construir una realidad en la cual suceden cosas. En un caso el atentado a diez personas, que causa terror en miles, y en el otro una violencia sistemática en el hogar, las calles y las empresas, que asesina mujeres, hijos e hijas, que viola y genera terror social en millones de mujeres, niños y niñas.

Esas construcciones culturales tienen la capacidad de darle significado a algo que a la mayoría de las personas comunes, y en particular a niños y niñas, nos parece injusto, inapropiado, pero que vamos normalizando. En el caso del terrorismo, la repulsa pública de su origen ratifica que hay algo anormal y absolutamente inaceptable en ello. En el caso del machismo nos topamos con la pared, pues el doble discurso y la protección de ese referente cultural por parte de los poderosos y los negacionistas de la violencia

machista —que incluye editores, periodistas, intelectuales y reproductores masivos de cultura como el profesorado— nos hacen creer que esa construcción cultural es útil a la sociedad para mantenerla estructurada y segura; por tanto, se reitera que sus víctimas exageran el daño que provoca. Por eso un niño como Tadeo justifica a su padre a pesar de experimentar un claro resentimiento por sus malos tratos durante la infancia. Con el tiempo esa justificación fortalece la cultura de la violencia, porque divide las raíces culturales que sostienen el árbol del machismo de sus frutos, logra confundir a la mayoría de las personas para que pierdan de vista el origen de la violencia estructural y sistémica, de manera que los millones de casos de víctimas se perciben como aislados entre sí. Para que la sociedad sienta que la violencia machista es una excepción, de vez en vez mostramos un fruto podrido: un violador, un feminicida que ha matado a su novia, un pedófilo que ha violado a su hijo o que lo entregó para ser violado, con lo que esos casos se convierten en hechos falsamente aislados y crímenes cometidos por unos cuantos individuos. Con ello les arrebatamos la verdadera causa que da vida a esas raíces: la desigualdad, la construcción cultural de la hombría y la masculinidad violenta como práctica social, sumada a la imperecedera repetición educativa de los valores del machismo que pasan a diario de padres a hijos en millones de hogares.

Los valores del machismo se refuerzan cotidianamente con el uso del lenguaje sexista, que busca hacer que los niños se sientan inadecuados si no siguen las reglas de la masculinidad tradicional, la cual es un compendio de confusiones entre *buenas* costumbres, religión y preceptos sexistas:




Si pierdes el control las mujeres te dominarán.
El valiente aguanta hasta que el cobarde quiere.
Mejor meterla a que te la metan.
O dominas o serás dominado.
Un hombre exitoso siempre paga las cuentas.
Los hombres desean; las mujeres se enamoran.

La desigualdad como una de las raíces del machismo se ve claramente en la adultocracia: esos miles de adultos que niegan la palabra a niños y niñas que reclaman los abusos, que piden ayuda y a los que se ignora. En el caso de las mujeres es más evidente. Lorente Acosta lo define así:

> El machismo es una construcción social basada en que la posición social y la referencia masculina, las ideas de los hombres, las percepciones de los hombres (los espacios intelectuales y culturales tomados la mayoría por hombres) ocupan siempre un lugar prioritario para organizar nuestra convivencia, ya sea en el círculo familiar, en el social y en el político; para darle sentido a nuestras relaciones entre la sociedad, los hombres justifican la desigualdad como algo natural con argumentos biológicos e ideológicos sobre la maternidad y la debilidad o la superficialidad de lo femenino, como alguno de nuestros entrevistados hace al referirse a las diferencias entre un hombre y una mujer que gastan mucho en ropa y arreglo personal: para ellos es necesario, en ellas es vanidoso (aunque sean empresarias).

Cotidianamente encontramos argumentos empleados para justificar las diferencias del poder cultural de lo masculino que parecen inocuos. Por eso tantas personas dicen estar de acuerdo con las francesas que defendieron a los hombres y justificaron el acoso callejero y laboral como "el arte de la seducción", porque ello ratifica el discurso de la superioridad masculina a la vez que les da un estatus de mujeres más abiertas a la sexualidad, un atractivo más para los hombres de poder. Éste es el cliché más utilizado en relación con las mujeres francesas.

Las expertas en prevención de terrorismo en Europa y Estados Unidos tienen programas para detectar acercamientos de extremistas a niños y jóvenes en redes sociales y escuelas; saben que hay una cooptación para convencerlos de una ideología que fortalecerá su noción de poder y virilidad. De allí que busquen hablar en las escuelas sobre el yihadismo como una corriente cultural destructiva que daña a toda la sociedad. Al mismo tiempo, quienes previenen el terrorismo mediante la educación rehúsan hablar del machismo como la propia desigualdad y el abuso de poder en escuelas donde 35% de los niños son víctimas cotidianas de padres maltratadores que los están "domando" para ser machos.

El machismo es una fórmula cultural que destruye familias, personas y, sobre todo, hombres. ¿Por qué los hombres están dispuestos a sacrificar a tantos otros para defender la desigualdad y la violencia que genera la cultura machista? Según Miguel Lorente, la respuesta es sencilla: para que el sistema machista o patriarcal funcione, los hombres con mayor poder están dispuestos a sacrificar a otros hombres para mantener la supremacía sobre las mujeres y las niñas.

Como periodista de investigación me atrevo a decir que el machismo está dispuesto a destruir la integridad emocional de millones de niños con el fin de perpetuarse y lograr que los mejores aprendices de esa cultura hereden el poder y que el resto de los hombres vivan añorando la cercanía al poder del más fuerte, el más viril, el más inteligente, el que más dinero tiene, el que ya no volverá a ser víctima del poder machista.

- 95% de los asesinatos en el mundo los cometen hombres.
- 80% de las víctimas de homicidio intencional en el mundo son hombres.[1]
- Hombres asesinados por actos terroristas en el mundo entero (2000 a 2016): 72 000;[2] en Estados Unidos de América: 517.
- Tiroteos masivos cometidos por niños en Estados Unidos: 994.
- Entre 2001 y 2011 los incidentes mortales con armas de fuego en Estados Unidos dejaron 40 veces más muertes que el terrorismo.[3]
- Feminicidios cometidos por hombres en México (2000 a 2014): 26 267.[4]

---

[1] Entrevista con Enrico Bisogno, de la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNDOC, por sus siglas en inglés), y datos del Consejo Económico y Social de la ONU.

[2] Global Terrorism Database y Pew Research Center.

[3] Departamento de Justicia y Consejo de Relaciones Exteriores de Estados Unidos.

[4] INEGI, México.

La trampa de creer o no creer en el machismo y sus efectos

No es casualidad que la mayoría de los hombres no crean en el maltrato de la violencia machista. Bien sabemos que aquello que no se nombra no existe en nuestra mente como un concepto concreto. Una característica de la mayoría de los entrevistados para este libro —a semejanza de los actores que se han solidarizado con las actrices violadas o acosadas por productores y directores de cine y televisión— es que se quedaron callados cuando supieron de los hechos; fueron cómplices involuntarios de la violencia y el ejercicio abusivo del poder.

Resulta profundamente conmovedor y alarmante a la vez que los hombres que me confiaron las historias de su infancia hayan buscado con tanta vehemencia formas muy parecidas para no reconocer que los golpes, la humillación, el abandono, todas esas actitudes y fórmulas educativas de sus padres, abuelos o tíos, son violencia. Buscan la sutileza; los justifican de la misma manera en que miles de niñas y niños víctimas justifican a los pederastas que les hicieron tanto daño, es decir, sufren del síndrome de Estocolmo. La mayoría de los hombres que de niños vivieron violencias diversas, producto de una formación machista para "hacerlos hombrecitos", buscan argumentos, desde los más intelectuales hasta los más sencillos, para decir que la violencia psicológica, patrimonial o verbal no son malos tratos inaceptables, sino formas de ser de sus padres. Esto es fundamental para entender la afectación de la violencia en los hijos

e hijas del machismo; se justifica como mecanismo de supervivencia ante el poder vertical en la familia, de los políticos, de los empresarios que empobrecen a un pueblo entero para enriquecerse ellos. Las macroviolencias comienzan con las microviolencias.

Para gran parte de la sociedad, tal como han dicho los teóricos y grandes especialistas en violentología y machismo, este último es "una forma de ser", un comportamiento aprehendido y aprendido, un acto voluntario, consciente, estratégico. Un acto de poder, un modelo de liderazgo educativo. En un mínimo porcentaje de la población, el maltrato a los hijos e hijas lo perpetran psicópatas (hombres y mujeres); el resto son personas que en pleno uso de sus facultades eligen utilizar su poder para destruir la integridad del otro, para domar, para domesticar, para educar en el machismo y para el machismo, para ejercer una forma de liderazgo que necesariamente vive de la opresión y la discriminación.

Para saber si tienes privilegios como hombre adulto, cuando se habla sobre la violencia contra mujeres, niñas y niños, pregúntate: ¿Es mi problema? ¿Debo intervenir? Si respondes que no, eres privilegiado porque tú no eres la víctima.

"Violarla fue un error"
Los Porkys

Una noche de enero de 2015, un grupo de cuatro jóvenes de 18 años salió de un bar en Veracruz, México.

Una chica de nombre Dafne subió al auto de sus amigos del colegio privado, quienes prometieron que la llevarían a su casa. Una vez en el auto, los cuatro chicos, según señalan ella y las pruebas periciales, decidieron violarla al llevarla a un domicilio privado en una lujosa zona de Boca del Río. Otras niñas del colegio, eventualmente, admitieron haber sido violadas por el mismo grupo de jóvenes en condiciones similares.

La chica, sumida en estado de *shock,* pidió a sus padres que no hicieran nada luego de la violación, pues temía represalias en el colegio privado al que asistían ella y sus agresores. Asistió a terapia psicológica y el padre, frustrado por el trauma de su hija, procedió a obtener evidencia. Es lógico que un padre amoroso decida proteger a su hija; la mayoría lo hace. Lo grave es que la construcción de la masculinidad termina desempeñando un papel tan importante en la defensa de las hijas que los padres pueden causar un trauma secundario de larga duración por actuar desde la violencia e incluso ayudar, sin saberlo, a la defensa de los violadores. Éste es un caso ejemplar de lo que no se debe hacer para defender a una mujer de la familia que ha sido víctima de violencia sexual.

Javier Fernández, padre de la víctima, conocido de los padres de tres de los agresores, estaba desesperado. Argumentó que deseaba ayudar a su hija a sentirse reivindicada después de verla sufrir durante más de un año. Fue entonces cuando acudió a

los agresores. Habló con los padres de los chicos, los grabó sin su consentimiento, y al final de una acalorada discusión en un restaurante de Veracruz, aceptó un acuerdo a cambio de no interponer una denuncia penal. Con un teléfono celular en mano les preguntó por qué habían violado a su hija y les exigió que le pidieran perdón públicamente.

Los chicos fueron bautizados en las redes sociales como "Los Porkys" en alusión a una banda criminal de jóvenes que en 2001 asesinó a un niño.

Javier Fernández también grabó una larga conversación con los padres de los violadores de su hija. En el audio se escucha al padre de la víctima en un tono de ira y desesperación, a ratos rabia contenida, por momentos agresivo y vengador. Habla sobre los tres jóvenes que violaron a su hija y sobre un cuarto chico al que "todos temen, pues el joven va armado por la ciudad y todos los testigos aseguran que su familia está vinculada a la delincuencia organizada". Ese joven, a quien todos llaman Capitán, es el número 4 en las grabaciones.

La chica fue violada en enero de 2015. Al ver que las investigaciones no avanzaban, su padre decidió exhibir las grabaciones un año más tarde. Ante la sensación de que la impunidad ganaría la batalla, Fernández publicó asimismo una carta en los periódicos en la que señala a los jóvenes por su nombre, lo cual viola el derecho a la presunción de inocencia. Más tarde, cuando la sociedad creía que con las grabaciones se arrestaría y sentenciaría a los agresores, la defensa de éstos usó el material de audio y video para demostrar no la inocencia, sino la violación del debido proceso legal.

Los videos, audios y testimonios muestran cómo la figura de la víctima directa de la agresión sexual va desapareciendo, mientras la narrativa se convierte en una especie de guerra entre varo-

nes por la virginidad y la inocencia "robada", por la dignidad del padre de la chica y los nombres de las "familias bien" de un colegio católico de Boca del Río. El caso terminó transformándose en una batalla y negociación entre hombres. Conforme la violencia aumentaba, la voz de la víctima se diluía. Llama la atención que todos evitan utilizar la palabra "violación" y usan la retórica de la misma forma en que los medios de comunicación eluden el nombre correcto del delito.

Los audios y videos grabados en un restaurante

Javier Fernández, padre de la víctima: No tienen ni idea del daño que le hicieron. No tienes idea, tú, sobre todo tú. Me dirijo a tu hijo... los tres y el cuarto. Hay un cuarto elemento que anda armado y que anda con los malos. A mí me vale madres.

Jorge Cotaita, padre de uno de los chicos acusados de violación: Ok, sí, sí. Yo lo sé. Todos somos padres, tenemos hijos. Pero quiero que...

Javier Fernández: Quiero que se disculpen, quiero que no se acerquen a ella, porque la han visto. Donde ella esté ustedes se van... se van. Si no, voy a llegar yo. [Levanta más la voz] Son cosas muy sencillas. Y la tercera, que vayan a terapia. ¡Necesitan ayuda psicológica! Así de sencillo. Yo no estoy pidiendo nada más. No sé qué les haya dicho Ricardo [tío de la víctima], pero tengo lo suficiente para que se pudran en el bote. Son mayores de edad; ella es menor. Aunque haya sido consensual, que no lo fue, se van al bote,

y ¿saben cómo los van a recibir en el bote? ¿Saben lo que le hacen a un violador en el bote? ¿Han oído historias? Son reales, son reales. [Silencio] Es lo único que les pido. Viene la graduación y no los quiero ni cerca.

Ricardo Fernández, tío de la víctima: O sea, ella está con pavor. Ella no se quiere graduar.

Javier Fernández [en tono desesperado]: Ella no quiere ir a la escuela; ella no quiere vivir. Así se los pongo. No quiere vivir. Va a terapia todos los días. Le arruinaron la vida. Pretende hacer su vida normal y no puede. Vive con problemas serios. Toda la familia se hizo mierda por su pendejada. Y yo estoy seguro [de] que no fue la primera y no fue la última. Porque su actitud fue de depredadores, cómo actuaron, cómo se movieron. Privación ilegal de la libertad, no llegó a secuestro porque no pidieron rescate. [Se dirige a uno de los violadores] Le quitaste el teléfono, la maltrataste; cabrón, la dejaste llena de moretones. Tengo evidencia.

Héctor Cruz, padre de otro de los acusados: Sería bueno que los escucharas un poco, por favor. Te comprendemos. Yo te comprendo.

Javier Fernández: No entiendes ni lo vas a entender a menos que lo vivas. ¿Tienes hijas? Sí, yo tengo tres, ¡y no lo vas a poder entender nunca! Hasta que lo vives. [A punto de llorar] Hasta cuando ves que una sonrisa se vuelve una mueca, hasta cuando ves que la felicidad de una persona se esfuma, cuando su mirada es sombría. No tienes idea de lo que es eso. Que el contacto físico lo rechaza, de su padre, de sus hermanas, de sus abuelas. No tienes idea. No me digas que me entiendes.

Héctor Cruz: No, perdón. No lo entiendo...

Ahora el padre de la víctima se dirige al joven número tres. Está entre su padre, el señor Cotaita, y el padre de su víctima. Le dice: "Te voy a dar el beneficio de escucharte".

Joven 3: Primero que nada, le pido una disculpa de los tres, a usted...

Javier Fernández: Habla por ti. Quiero que la grabes, quiero que hagas un video. ¿Saben qué pasa? ¿Saben cuál es su peor trauma? "Papá, ¿por qué lo hicieron? Son niños del Rougier [un colegio de la élite de Veracruz], son compañeros. ¿Por qué?" Ella conoce a tu hermana, a tu novia. Les pidió: "¡No lo hagan, no lo hagan!" Les valió madres, cabrones. Les valió madres a todos. Ella les decía: "Oye, pero tú eres novio de fulana; tú eres novio de perengana. Oye, espérame". Les valió madres, cabrón. Estaban drogados. [El chico niega que estuvieran drogados]

Héctor Cruz: Pero sí, y me gustaría saber tu historia, lo que platicó tu hija, lo que realmente sucedió.

Javier Fernández: Hay cuatro testigos, menores de edad, que sus padres y madres están dispuestos a dar testimonio firmado, con anuencia porque son menores. Hay chats de Whatsapp. Hay muchos elementos que refuerzan esa versión. Y el hecho de que se la hayan llevado sin su consentimiento, que le hayan quitado el teléfono, que se la hayan llevado y las otras niñas correteándola, que los perdieron, que la metieron en una casa en Costa de Oro. Ésos son delitos mayores, no son cualquier mamada. Yo hice muchas pendejadas a su edad, tal vez ustedes sepan.

Jorge Cotaita: ¿Es verdad eso? ¿Se metieron forzada, que forzaron a la niña? Pero la versión de ustedes es otra.

Javier Fernández: ¿Cuántas veces te dijo que no? ¿Por qué tenía moretones?

Joven 3: Mire, le voy a contar la versión... este... cómo fue. Y este... Ella se subió al coche y el chavo que iba manejando el coche, Capitán, se acercó y le dijo: "Dafne, vámonos". Y su hija se subió al coche...

Javier Fernández: No fue así. Tengo cuatro versiones más la de mi hija. No fue así.

Joven 3: Nunca la forzamos ni la golpeamos ni nada... Le voy a contar.

Javier Fernández: ¿Y los moretones de dónde salieron?

Joven 3: Cuando llegamos a casa de Capitán, se bajó él con Dafne y nosotros nos quedamos en el coche. No sabíamos adónde fueron ni nada y este... Al final, cuando regresaron, nosotros le hablamos... Diego le habló a sus amigas para saber dónde estaban.

Javier Fernández: ¿Y por qué le quitaron el teléfono? Y no lo hicieron antes [hablarles a las amigas para que fueran por la víctima], cuando ella les dijo que no quería [estar con los hombres]. Les repitió que no quería. ¡Patadas de ahogado! Por supuesto que me vas a dar una versión diferente, vas a decir que pasó consensual; no fue así. No importa. Lo está superando y lo vamos a supe-

rar como familia. Sin embargo, el daño que le hicieron fue irreversible y lo vamos a superar, como sea. Pero la versión que estás dando no es.

Joven 3: Pues es la versión que vimos y eso fue.

Javier Fernández [ahora dirigiéndose al padre del chico en tono de negociación]: Jorge, fueron capaces de hacerlo y lo hicieron con mi hija, cabrón, y te lo digo con los pelos en la mano, cabrón. Porque esto no son sólo palabras, no son sólo testimonios. Hablé con las mamás y los papás de todas las niñas: cuatro niñas, y todos están en la misma línea y todos les quieren rajar su madre. Ayer hubo un pedote en el Rougier, ya se enteraron. Son ustedes, lo sabe la madre. Mi hija no lo puede superar, tiene ataques, tiene problemas... ¿Sí?

Jorge Cotaita: No lo puedo entender...

Javier Fernández: Y yo te garantizo, por la forma de operar... ya lo analizó la psicóloga, son actitudes que no fueron fortuitas; la víctima, sí, pero es un *modus operandi,* cabrón. [Se dirige al joven 3] Tú fuiste el más culero.

El padre del chico se angustia y le pide a su hijo que confiese lo que hizo en realidad. Le dice que no lo ve en esa actitud (violando a una niña). El padre de la víctima reacciona desesperado y les dice que él ya había planeado algo muy fuerte (mandarlos matar por violar a su hija), pero que gracias a Ricardo Fernández (el tío de la víctima) desistió de ello. Asegura que ya no es una amenaza, pero que en algún momento sí lo pensó. Entonces, ya más tranquilo, Héctor Cruz decide buscar una nueva salida culpando a

Capitán. Pasa por alto el hecho de que su hijo y los otros son amigos de él e iban juntos en el auto. Refuta la versión del padre de la víctima diciendo que las niñas consideradas como testigos no fueron presenciales, por lo que pone en duda su versión. Cruz dice que Capitán "es un chico difícil" y comienza a narrar los hechos inculpando a la víctima, asegurando que ésa es la versión de los jóvenes.

Héctor Cruz [en control de la conversación]: Se van a la casa, sí. Ésa es la versión. Allí Capitán se mete a algún lugar con tu niña y éstos estaban en otro lugar. No sé la verdad.

Javier Fernández [desesperado otra vez]: Pero de que subieron al carro, de que iba en medio, [señala a los chicos] tú ibas en un lado y tú ibas en el otro, de que la venían manoseando, de que le venían bajando el vestido, de que la venían... Qué te puedo decir. Este par, tú también. Luego se paran [detienen el auto], la pasaron adelante. ¿O no?

Héctor Cruz [a los jóvenes]: ¿La pasaron adelante? [Un chico asiente con la cabeza]

Javier Fernández: ¿Y por qué carajos la incomunicaron? Tengo todo armado, tengo pruebas, evidencias, todo. Y aunque no tuviera nada, ¡eso se llama estupro, cabrón! ¡Eso se llama estupro! ¡Se van al bote, cabrones! [Golpea la mesa] Yo no tengo que dar ninguna orden ni soltar un billete. Entran al bote y se los cogen. [Se refiere a que violarán a los jóvenes en la cárcel. Su tono de voz se escucha empoderado en cuanto se refiere a que una violación se paga con otra violación.]

El padre de la niña asegura que hubo una revuelta de abogados en la ciudad de Boca del Río en cuanto se realizó la reunión de padres de familia del colegio, luego de que las otras niñas revelaran que varias de ellas habían sido violadas. Son hijos de las élites; la familiaridad con la que hablan el afectado y los padres de los agresores convierte la conversación en una especie de batalla entre hombres por aminorar la gravedad de los hechos. Ninguno se atreve a mencionar la palabra "violación". Parece una negociación en la que los derechos y la voz de la víctima se desdibujan y lo más importante es la dignidad de los hombres presentes. El padre de la chica les asegura de pronto, otra vez levantando la voz, que se ha creado una comisión de abogados que irá "a la cacería de los tres jóvenes". Se desahoga emocionalmente y les hace tres exigencias.

Su argumento es que su hija les gritaba que era virgen, que nunca lo había hecho, y que ellos se reían de ella. Entonces les dice: "Quiero ver qué tan cabrones son aquí conmigo", poniéndose en el lugar de la víctima, insinuando que quiere ver si los jóvenes se atreven a intentar violarlo. Le dice a Jorge, el padre de uno de ellos, que se atrevieron a muchas cosas, que él no sabe si el castigo será que les quiten el celular o no salgan doce fines de semana. En un tono de desesperación expresa que no le importa: "Me vale lo que ustedes hagan con sus hijos". Entonces asegura:

"Pero lo que quiero es hablar con sus mujeres y con sus hermanas, porque los depredadores están adentro. Eso nos dijo la monja de la escuela ayer. No se preocupen por los chavos banda: aquí están los depredadores, dentro de la familia Rouger. El de al lado, ¡el hermano de mi amiga, el novio de mi amiga! Ésa es la pregunta que les parte la madre: ¿por qué lo hicieron si son niños bien?"

En ese momento los padres de los jóvenes bajan la guardia, se sienten aludidos en su privilegio y el de su prole; su tono de voz expresa vergüenza. Todo parece indicar que acaban de perder un estatus social, que son señalados para ir al ostracismo de los chicos ricos de la ciudad. Les preguntan a sus hijos qué hicieron, hablan de que Capitán es un joven muy violento. Ninguno reconoce lo que las niñas de la escuela dijeron más tarde: que varias chicas habían sido violadas dentro y fuera del colegio por el mismo grupo, que los jóvenes se mandaban mensajes, videos y fotografías de las violaciones. Las niñas temían que, por estar en un colegio religioso, las monjas las juzgarían a ellas. No fue sino hasta que una de las monjas reconoció el problema ante los padres y madres de familia cuando se destapó el inmenso problema de la violencia sexual en el colegio.

Entonces el padre de la víctima toma un celular, comienza a grabar a los jóvenes y les pregunta qué quieren decir.

Joven 3: Yo le pido una disculpa a usted, a Dafne y a toda su familia, y quisiera...

Joven 1: Mmmm, este... Estoy muy arrepentido y te pido una disculpa a ti y a toda tu familia por lo que pasó ese día.

Javier Fernández [en tono desesperado]: ¿Por qué lo hiciste, cabrón? ¿Por qué lo hiciste?

Joven 1: No... No sabía lo que estaba haciendo.

Javier Fernández: ¡No sabías! ¿Y es todo lo que tienes que decir?

Joven 1: Que le pido una disculpa a usted y a toda su familia. Que le hice un gran daño.

Joven 2: Desde el fondo de mi corazón te pedimos una disculpa. Sé que no lo podemos cubrir, pero estamos muy, los tres, muy, muy arrepentidos y sabemos que vas a salir adelante. Ehhh, todo se va a solucionar y...

Javier Fernández: ¿Por qué lo hiciste, cabrón?

Joven 2: Estábamos muy mal. Fue un error.

Javier Fernández: ¿Muy mal cómo? [El padre busca un argumento de drogas o alcohol]

Joven 2: Estábamos muy mal, fue un error, algo que no tuvo que haber pasado. Estábamos muy mal y no va a volver a pasar nunca en la vida.

Joven 3: Dafne, estoy muy arrepentido por lo que sucedió y te quiero pedir una disculpa a ti y a toda tu familia por el daño que les ocasionamos.

Javier Fernández: ¿Por qué lo hiciste, cabrón?

Joven 3: Por tonto; no tengo otra explicación. Tomamos una muy mala decisión.

Joven 4 [mira a la cámara en silencio. Se enfrenta al padre. Es el único que se mantiene de pie en silencio. Es Capitán y parece

que reta al padre de la víctima con el pecho de frente, el cuello erguido].

Javier Fernández: ¿Por qué lo hiciste, hijo de la chingada? [En ese instante cortan el video; interrumpe la voz de un hombre que dice: "No, espéreme. Espéreme, que no sea así"]

Después de oír a su hijo y a los otros chicos pedir perdón y reconocer la violación, Jorge Cotaita se escucha devastado. Con voz temblorosa, incrédulo, dice a su hijo y a los otros amigos: "Es que su actitud no es ésa. ¿Cómo pudieron hacer eso? Llegan a las tres de la mañana a la casa. Van con nueve de promedio, cabrón. No es posible. ¿Dónde tienen esa malicia? Y decir que no, que nada más estuvieron, que acompañaron... No es posible. Son unos chacales, cabrón. Eso es ser chacal. ¿Dónde madre lo ven? [Se refiere a que dónde aprendieron a violar niñas.] Todo se les ha dado".

El padre de la víctima interrumpe: "Ése es el pedo, Jorge. Ése es el pinche pedo. Sacaron las teorías de los mirreyes y ésos son unos pinches putos. Yo lo que quiero es sacarlo, les quiero romper el hocico a los tres juntos. Eso es lo que quiero y nada se va a complacer". Esta última frase la dice con un tono melodramático de venganza y advierte con ello que los llevará a juicio. Entonces, envalentonado, asegura que esto es un pacto entre hombres, que a su amigo le dijo como confidencia que iba a matar a los violadores. Asegura que se lo dijo como confidencia, pero sigue grabando.

Para ese momento su hija, o la posibilidad de buscar la justicia para ella, sigue sin aparecer. Permanece el reto entre hombres, insultos y manifestaciones de poder masculino.

Fernández asegura que su mejor acierto fue haberle contado a su amigo, porque los hubiera matado si no lo detienen. Insiste en que quiere hablar con las madres, con las esposas, porque da por hecho que los padres no harán nada (entre hombres se protegen). Entonces sube el tono de voz y sexualiza el castigo diciéndoles a los jóvenes: "¡Estos delitos no prescriben, y si en un año se me ocurre les voy a meter la verga, se las voy a meter, cabrones! No los quiero ni ver". Insiste en que le robaron la inocencia a su hija. Entonces los padres de los agresores reaccionan y les dicen a sus hijos: "Imagínate que violaran a tu hermana".

El padre de la víctima les da una coartada sin darse cuenta: "O andabas pedo o andabas drogado", dando por hecho que un hombre no viola a una mujer sin estar "fuera de control de sus facultades mentales". Les asegura que deben ir al terapeuta porque "están enfermos". Menciona el nombre del psicólogo que todos conocen pues pertenece a la élite de todo el grupo.

Los padres de los chicos le proponen al ofendido que sus hijos hablen con Dafne, que le pidan perdón en persona. Interviene Ricardo Fernández con voz suave, de mediador. Les advierte que deben decir la verdad, insinuando que todo quedará entre ellos. Mientras tanto, todo se está grabando y posteriormente saldrá en los medios de comunicación. La estación de radio MVS transmitió las conversaciones completas, lo que dio lugar a que el juez admitiera que se había violado el debido proceso y por tanto los jóvenes fueran exculpados del delito de violación equiparada y estupro.

La grabación del padre, cuya intención era defender a su hija, terminó sirviendo a la defensa de los jóvenes acusados debido a las amenazas de muerte, la forma en que los

convenció de confesar frente a la cámara, las negociaciones extralegales con los padres de los acusados, etcétera. Eventualmente todo fue considerado como coacción, y los abogados lograron sacar ilesos del juicio a los chicos.

Durante los meses en que las y los periodistas cubrimos el denominado "Caso Porkys", todo parecía indicar que los chicos terminarían sentenciados. Aunque en las redes sociales la víctima fue culpabilizada en un inicio por algunos hombres, la mayoría de la gente estaba del lado de la chica. Mientras en radio, televisión y Youtube se repetían las grabaciones de los chicos pidiendo perdón, más gente se sumó a la causa de Dafne. Ella misma habló de su caso en las redes.

El día que el juez desechó las pruebas y declaró improcedente el caso, las redes sociales crearon un *trending topic* al hablar del "Caso Porkys" y acusar al juez de corrupción. Entonces, para sorpresa de muchas activistas, el abogado Miguel Carbonell, reconocido públicamente como gran protector de los derechos humanos, formó parte de la defensa de los jóvenes y posteriormente defendió al juez en las redes, admitiendo que se había violado el debido proceso y por tanto ya no se podría sentenciar a los acusados. Más tarde, el mismo Carbonell me dijo que no se había tipificado correctamente el delito cuando comenzó el juicio y ésa era una de las razones por las que, a pesar de haber detenido a los agresores, éstos eventualmente salieron libres. Uno de los fiscales del juzgado de Boca del Río me aseguró que las grabaciones no servían puesto que era claro que el padre de la víctima estaba amenazando de muerte a los jóvenes y que también los había inducido a pedir perdón bajo la amenaza de que serían violados en la cárcel.

Desde la violación hasta el final del caso, el nombre de la víctima fue utilizado de todas las formas posibles, profundizando el trauma, arrebatándole el derecho a la privacidad y extendiendo el sentido de la vergüenza frente a la sociedad mexicana durante casi dos años. El padre de la chica hizo lo que consideraba justo y adecuado; sin embargo, no fue consciente —se puede apreciar en las grabaciones— de la ambigüedad con la que trató a los otros hombres. La reiterada mezcla de amenazas y complicidad para ocultar la violencia que ellos ejercen les impide ver con claridad que terminan negociando a través de la violencia para vengar sus propios sentimientos y emociones, y no para hacer lo justo. El padre de la víctima pide que los violadores de su hija "vayan a terapia porque están enfermos"; él mismo no puede creer que una hija de su clase social y su sangre sea violada por los hijos de sus amigos, que pertenecen a la misma élite. Cita las palabras de la religiosa que, indignada, dijo que no hacía falta que los padres se preocuparan por las bandas criminales de fuera del colegio, pues los delincuentes estaban dentro de éste y todos lo sabían. Era un secreto a voces. Como en la mayoría de los casos de violencia sexual contra niñas y mujeres, los hombres tienden a crear un doble discurso en su narrativa de los hechos. No se trata de defender a las mujeres, porque ninguna merece ser violada bajo ninguna circunstancia; más bien buscan razones para entender por qué lograron violarla. Eso implica que en ningún momento se cuestionen el machismo, el impulso de apropiarse del cuerpo de una mujer contra su voluntad; por ejemplo, el momento en que el padre les dice, ya desesperado, que aunque el acto hubiera sido consensuado sería un delito porque ella es menor de edad y ellos mayores. Sin percatarse,

inconscientemente, considera la violación como algo que sucede en un desequilibrio de poder, convencido de que sólo las mujeres son incapaces de defenderse por falta de fuerza; reta a los jóvenes, les pregunta envalentonado si lo quieren violar a él, a ver si se atreven. Admite, sin darse cuenta, que esto sería imposible, pues él tiene poder sobre ellos, los está grabando, es físicamente más fuerte y mayor, ellos son unos chicos de preparatoria.

Insiste en amenazarlos con el mito machista de que a los violadores los violan en la cárcel, falacia que millones de personas repiten sin saber que no es cierto. Los criminales no juzgan a los violadores. En algunas ocasiones lo hacen con pedófilos que han violado bebés, pero hay muy pocos casos seriamente documentados para asegurar que "hasta los más malos juzgan la violencia sexual contra las mujeres". Lo cierto es que el machismo estructural, con su relato de la superioridad masculina física, psíquica, sexual y política, justifica todas las violencias, y en particular la sexual como forma de control y poder; por ello se utiliza comúnmente la amenaza de violación como estrategia de cambio conductual o castigo. Basta ver en las redes sociales los miles de mensajes de gente que juzga a un pedófilo y pide que lo violen tumultuariamente "para que aprenda la lección". Los estudios hechos en prisiones demuestran que la mayor parte de los presos han sido criados con una mentalidad machista y que la entrada de una mujer a la cárcel, incluso una abogada, es peligrosa para ella, justamente por el riesgo de ser violada.

Sin duda, en el caso de Veracruz el padre intentó defender a su hija lo mejor que pudo; sin embargo, su machismo introyectado ganó la batalla. Este caso retrata a la perfec-

ción cómo la cultura machista está impregnada en todos los ámbitos de forma circular. Vemos el machismo de los jóvenes que abusaron de la chica; el de sus padres, que buscaban negociar con la víctima a puerta cerrada; el del personal de la fiscalía y el juzgado, que no hizo ver a la defensa de la niña que no se había tipificado adecuadamente el delito; incluso el machismo de miles de personas en las redes sociales que, con una supuesta sed de justicia y compasión, pedían que alguien violara a las hermanas o madres de Los Porkys, como venganza.

El falo como instrumento vengador, de poder, para hacer daño; ésa es la clave del machismo y su relación con la violencia sexual.

En toda la narrativa del caso la constante es la sonora voz masculina por encima de la voz de las mujeres; ellas, como actoras secundarias; ellos, como azorados espectadores de un delito grave e *inconcebible* en ciertos contextos. Una violación sucede cada 15 segundos en el mundo; no obstante, el discurso machista los lleva a ellos por los derroteros de una contradictoria confusión: subsumidos en su propio machismo, quieren justicia para ellos, para su dignidad, para la hija de su propiedad, y deshumanizan con más violencia un posible proceso de justicia y reparación del daño que reconozca de forma pública que ninguna mujer merece ser violada y ningún hombre tiene excusa para cometer ese delito. Todos buscaban alguna razón cuestionando a la víctima a cada instante, buscando la excusa de las drogas y el alcohol en los hombres para reafirmar su vieja noción de que el delito se mitiga si el violador no estaba "en su sano juicio". Las mujeres siempre terminan siendo señaladas: por haber bebido, por subirse al auto, por ir vestidas de cier-

ta forma. Los hombres, en cambio, obtienen, en su privilegio, el beneficio de la duda: por haber sido seducidos, por su instinto biológico (como si fueran animales irracionales). La gran mayoría de los casos de violencia sexual son ganados por los violadores con la misma estrategia: cuestionar a la víctima hasta el punto de desactivar su deseo de obtener justicia, agotarla por humillación sistemática.

A este respecto, el forense Lorente Acosta asegura que:

> A nadie se le ocurriría tachar de suicida a un peatón porque al cruzar la calle y ver venir el coche, en lugar de dar un salto hacia la acera se queda bloqueado mirando al coche que se acerca; tampoco se exculpa al conductor que se salta el semáforo y comete el atropello. Nadie pensaría que aquellas personas que no se juegan la vida para evitar que les roben un reloj en el fondo demuestran complicidad con el ladrón y significa que se lo han dado de manera consentida. Y cuando tras el atraco a una oficina bancaria el testimonio de los diferentes clientes que había en el banco no coincide en los detalles sobre la acción criminal, algo habitual debido al *shock* que sufren muchos de los testigos, a pesar de que la agresión no vaya contra ellos, no se duda de la realidad del atraco. En cambio, una víctima de una violación sí debe recordar todos los detalles, comportarse desde que se levanta por la mañana como si fuera a ser violada para que no haya incoherencia en su conducta previa y posterior y, por supuesto, no entrar en *shock,* cerrar las piernas con fuerza, y defenderse incluso a riesgo de su vida... Y si son varios los agresores, pues ella debió defenderse con más determinación. Desde la perspectiva machista siempre la equivocada es ella, la víctima.

#EllosHablan

¿Cómo colaboran los medios para invisibilizar el machismo?

Los hechos: Ramiro llevaba meses enojado porque su esposa María comenzó a trabajar después de que sus hijos entraron a la secundaria. Ella había dejado el trabajo a petición de su esposo para hacerse cargo de la educación y las labores del hogar. Llegado el momento, María informó a Ramiro que quería retomar su carrera, se preparó y consiguió un trabajo que resultó mejor pagado que el de él.

En la medida en que María le pedía a su esposo que dividieran las tareas del hogar entre los dos, él comenzó a ejercer violencia. Una vez que ella le solicitó el divorcio, Ramiro la encerró en la habitación, más tarde la golpeó con un bate de béisbol y le causó varias fracturas. El vecino la salvó y llamó a la ambulancia. Ramiro, el responsable de los hechos, huyó. La ley actual penaliza con cárcel este tipo de actos de violencia machista; la evidencia está lista para exponerse ante el juez.

Para analizar cómo se cubrió la noticia usaremos la técnica de análisis de la lingüista Julia Penélope, experta en cómo el uso inadecuado del lenguaje y nuestra cultura machista colaboran en que los hechos queden, o no, grabados en nuestro mapa psíquico y emocional.

La cobertura de la nota:

1) "Ramiro golpeó a María hasta dejarla inconsciente; el agresor le causó a su esposa

fracturas y lesiones graves penadas por la ley; los vecinos argumentaron que Ramiro quiso impedir que María saliera a trabajar. El médico de urgencias reportó que este ataque pudo costarle la vida a la víctima."

(El sujeto, Ramiro, aparece primero. La explicación de quién es la víctima y quién el victimario es clara, así como los motivos del delito con testigos.)

2) "María fue golpeada por Ramiro en una discusión doméstica."

(El sujeto agresor pasa a segundo término y el periodista argumenta una justificación.)

3) "María fue golpeada en una disputa doméstica por dejar a sus hijos solos por la tarde."

(El sujeto agresor desparece y el reportero juzga directamente a la víctima.)

4) "María es una mujer maltratada. Tres de cada 5 mujeres son víctimas de violencia."

(El sujeto, el delito y los móviles salen de nuestro plano psíquico, con lo cual Ramiro y otros hombres violentos desaparecen de las noticias.)[5]

Otros ejemplos:

"Las famosas y bellas de Hollywood se van contra el hostigamiento sexual."



"Productores de Hollywood al descubierto por condicionar el trabajo a cambio de favores sexuales: hablan las actrices más talentosas."



[5] La primera nota fue escrita por un reportero que tomó un curso de periodismo con perspectiva de género en la red CIMAC. Las otras tres son de medios convencionales.

El sol negro: psicópata, no sólo maltratador

(El sujeto, el delito y los móviles salen de nuestro plano psíquico, con lo cual Ramiro y otros hombres violentos desaparecen de las noticias.)[5]

Otros ejemplos:

"Las famosas y bellas de Hollywood se van contra el hostigamiento sexual."



"Productores de Hollywood al descubierto por condicionar el trabajo a cambio de favores sexuales: hablan las actrices más talentosas."



[5] La primera nota fue escrita por un reportero que tomó un curso de periodismo con perspectiva de género en la red CIMAC. Las otras tres son de medios convencionales.

El sol negro: psicópata, no sólo maltratador

«El psicópata es como el dios griego Jano, que mira hacia el futuro con una sonrisa y la otra parte de la cabeza piensa con amargura: son bifrontes, muy apreciadas por la gente de fuera pero dentro del hogar son insoportables.»

Hugo Marietan

«El psicópata es un *ser*, es alguien vivo que está entre nosotros, pero no lo podemos calificar de humano. ¿Por qué? Porque las características humanas son los sentimientos, las emociones, el valor del otro o de la otra, el instinto gregario (preocuparse por la tribu).»

Todas esas cosas que culturalmente fue adquiriendo el ser vivo que se convirtió en humano. Bueno, esas características no las tiene un psicópata.

Así comienza su explicación sobre los padres psicópatas maltratadores. Durante décadas, el psicólogo argentino Hugo Marietan —uno de los más reconocidos expertos latinoamericanos en psicopatía— ha estudiado la violencia en el núcleo familiar y las relaciones y vínculos que se establecen entre hombres y mujeres que violentan a sus parejas e hijos. Marietan ha denominado *sol negro* al psicópata que carece de habilidades para vincularse emocionalmente. Está casi vacío. Sólo tiene tres sentimientos: el entusiasmo, la ira y la euforia. Roba la luz, la energía positiva de las personas a su alrededor; cuando se trata de sus propios hijos es devastador.

La psicopatía es una forma de ser, no una enfermedad. Durante décadas se ha intentado curarla sin un solo resultado científicamente probado.

Según Marietan, los psicópatas son personas que viven en constante ir y venir entre los tres sentimientos mencionados. Una característica del psicópata es que crea tensión en los lugares y grupos en los que se encuentra, ya sea en la mesa de la casa, mientras los hijos temen sus reacciones —como muchos de mis entrevistados han revelado—, o en el ámbito político y empresarial. Generan temor y sentimiento de incertidumbre a su alrededor.

Con Marietan coincide otro experto, Robert Hare, el creador de los dos test[1] más utilizados en el mundo para

[1] Robert Hare, Escala de Evaluación de la Psicopatía (PCL y PCL-R, por sus siglas en inglés: *Psychopathy*

diagnosticar a los psicópatas. Este especialista asegura que la psicopatía no es una enfermedad que se cure, sino una personalidad determinada, un comportamiento con anomalías neurológicas. Los psicópatas jamás piden ayuda porque son incapaces de ver que son ellos quienes tienen el problema del ejercicio de las violencias.

¿Qué porcentaje de hombres son diagnosticados como psicópatas?

- Estados Unidos: 7%
- España: 1%
- Argentina: 3%
- México: 2%



Checklist y Psychopathy Checklist-Revised). El primer test tiene 20 criterios para evaluación especializada y el segundo 1012.

"No es mi padre; él sólo puso el esperma para que yo naciera"

Ésta es la frase que más veces he escuchado de parte de chicos, hombres y mujeres que han sido víctimas de un padre maltratador, y en particular de los hijos de psicópatas. Es importante distinguir entre un genitor y un padre. Según Marietan, la esencia de un padre es el cuidado, los afectos, la preocupación auténtica por sus hijos e hijas. Por ello a los psicópatas les llama *genitores,* es decir —tal como varios hombres narran en las entrevistas—, son percibidos en la vida adulta sólo como quienes participaron en el proceso de reproducción con la madre al entregar los genes a través del esperma.

En la psicopatía hay un elemento fundamental denominado empatía, que consiste en la capacidad de resonar armónicamente y colocarse en el lugar de otra persona para compartir sus sentimientos y vivencias; es darse cuenta de que el niño sufre, tiene necesidades de cuidado y afecto. Un hombre que elige ser violento con sus hijos (de ellos hablaremos más adelante) puede sentir empatía y por ello pedir perdón, arrepentirse y cambiar. Los psicópatas no cambian; utilizan a sus hijos para que reproduzcan un modelo de masculinidad que cosifica a las personas, esto es, las convierte en cosas. Para ellos los niños son objetos desechables, maltratables, cuya voluntad debe y puede ser moldeada mediante la domesticación de la violencia y la humillación.

La empatía ayuda a diferenciar a un psicópata de un padre que ejerce violencia machista. Hay machistas que

reproducen los valores y principios de la virilidad violenta, guerrera, abusiva, como el único modelo de masculinidad que conocen para acceder al poder y para que, según ellos, sus hijos tengan posibilidades de gozar de los privilegios de ese poder en la vida adulta, es decir, que no sean sumisos ni "mandilones", sino conquistadores y colonizadores.

Tanto el psicópata como el padre machista reproducen el modelo de masculinidad violenta, pero lo hacen de formas muy distintas y causan traumas y daños de diferentes profundidades.

El psicópata cotidiano, además de cosificar, siempre está invirtiendo, da regalos y cobra lo que da; todo el tiempo piensa de qué manera le puede ser útil la otra persona o su relación con ella. No se vincula emocionalmente con nadie; crea mapas mentales para saber cómo puede controlar o perjudicar a las y los demás. La teoría de Marietan, que también es profesor y capacita terapeutas para diferenciar a los psicópatas y a los maltratadores comunes, es reconocida en hispanoamérica; a pesar de ser crítico de varias corrientes del feminismo, este académico reconoce que el inmenso porcentaje de hombres que ejerce violencia, comparado con las mujeres que violentan, se debe a factores relacionados con el machismo, la masculinidad que impone la desigualdad con las mujeres y busca dominarlas mediante el castigo.

El psicópata forense, es decir, el que se convierte en feminicida, toma el cuerpo de sus víctimas y lo tira como si fuera un objeto. Los cientos de casos de Ciudad Juárez muestran diversos tipos de psicópatas forenses y de maltratadores sistemáticos que terminan con la vida de una persona e imitan las acciones del psicópata para confundir a las

autoridades; en particular, esto ocurre en los países con la más alta impunidad en violencia contra hijos, hijas y esposas o parejas sentimentales, como México.

Delitos cometidos por hombres y mujeres[2]

Delito	Hombres	Mujeres
Narcomenudeo	14902	1970
Armas de fuego	8965	234
Robo	569	60
Delito con lesiones	26602	5298
Homicidio	6154	415
Incumplimiento de obligaciones familiares	4821	54
Fraude	3643	1002
Violación	4467	64
Total	123261	12175

[2] Ignacio Lozano Verduzco, "Violencia de género masculina: la experiencia de hombres en procesos re-educativos", Género y Desarrollo, A. C., documento disponible en línea en <www.gendes.org.mx>.

Víctimas de delitos

Delito	Hombres	Mujeres
Delitos sexuales	7.1%	92.9%
Agresiones	71.9%	28.1%
Secuestro	57.9%	42.1%

Muertes por delito masculino

Homicidio:	68.2%
feminicidio:	58.3%

Suicidio

Hombres:	31.8%
Mujeres:	41.7%

El psicópata está siempre detrás del poder. Para Marietan, una de las características más notorias de estos hombres es la búsqueda permanente de poder político y económico. Ellos son los que controlan el dinero en la casa, el presupuesto de un país en el que consideran a millones de personas como objetos desechables; el sufrimiento por la pobreza, la corrupción y la violencia carece de importancia en su esquema mental. Pueden ser pedófilos —como los que describen mis entrevistados y he investigado a lo largo de mi carrera periodística—, líderes eclesiásticos corruptos que intentan destruir la vida de las mujeres usando su poder para controlar sus libertades. Marietan no se refiere al macropoder, sino a las capas de poder que se manifiestan en el hogar, por ejemplo.

El sol negro es un psicópata que controla a toda la familia —tiene los recursos para manipularla— y ejerce un liderazgo machista y controlador.

Éstas son sus características:

- Maneja todo el ingreso familiar y lo distribuye a cuentagotas.
- Toda la familia gira a su alrededor; es el líder.
- Opera en los límites flexibles de la ley, corrompe y se aprovecha.
- Genera ambientes de tensión en los que humilla a la madre.
- Doblega la voluntad de la y el otro.
- Carece de empatía.
- Tiene una tremenda egolatría; trabaja para él.
- Se considera el centro del universo y espera pleitesía.
- Espera que los hijos le demuestren que lo obedecen, que recuerdan que es el líder.
- Es profundamente ególatra.
- No se mira a sí mismo y no sabe que es psicópata.

- No siente culpa ni responsabilidad.
- Es impermeable a los argumentos de las víctimas de su maltrato.
- Todos a su alrededor son culpables de lo que le sucede; él jamás se siente responsable.
- Es un estratega; no comete actos de violencia con cualquiera ni en cualquier lugar, por lo que puede pasar por una gran persona ante sus no víctimas.
- Piensa en su seguridad para descargar su acto psicopático: en casa puede ser un tirano y en la calle un seductor.
- Es un artista de la mentira.
- Es un gran actor.
- Siempre se une con personas complementarias; no sabe amar ni a los hijos ni a las parejas.
- Maltrata a sus hijos pero es capaz de hacer dramas en los juzgados para quitárselos a su pareja, pues son objetos valiosos para causar daño.
- Tiene una gran capacidad de persuasión.

La madre culpable: complementaria del psicópata

No es casualidad que en cientos de entrevistas que he llevado a cabo con niños y niñas maltratados y víctimas de violencia extrema[3] —incluidas las de este libro— se culpe a la madre (cuando ella no es la maltratadora machista) de lo que hace el padre. Aunque —como ya hemos dicho— no todos los maltratadores son psicópatas, todos los psicópatas son maltratadores. En el caso de los padres soles negros se crea un vínculo familiar que Marietan y muchas colegas suyas expertas en violencia en el ámbito familiar han denominado la complementaria.

¿Qué es la violencia complementaria? Es la que se ejerce contra las madres descritas por los chicos y chicas, a las que terminan odiando y despreciando, sin darse cuenta de que imitan el comportamiento del maltratador, pues las aman y las resienten al mismo tiempo, porque ni la cultura ni millones de terapeutas, profesores, maestras, jueces, policías y personas involucradas en los ciclos de violencia han sido capaces de enfrentar el abuso de poder de los psicópatas, y tampoco tienen el conocimiento ni la preparación para hacer los diagnósticos correctos.

La persona complementaria del psicópata, entonces, es su pareja. Ella experimenta la sensación de falta de libertad interior; vive angustiada, y su angustia se profundiza

---

[3] Véase Lydia Cacho, *Los demonios del edén: el poder detrás de la pornografía infantil* y *Esclavas del poder: un viaje al corazón de la trata sexual de mujeres y niñas en el mundo*.

en la medida en que no entiende que vive con un psicópata. Tiene una enorme tolerancia para soportarlo; se queda con él, a diferencia de lo que sucede con la mayoría de las personas, que no toleran comportamientos psicopáticos. Según los expertos, la complementaria no es una víctima en estricto sentido porque nunca intenta huir; se convierte, más bien, en partícipe necesaria del ciclo del psicópata agresor. Para ayudar a una complementaria a salir de ese vínculo de humillación y malos tratos es indispensable que se percate de que vive con un psicópata y pida ayuda terapéutica. Para Marietan, es una esclava psíquica. Ella, contrario al otro, sí puede salir del ambiente de la psicopatía y vivir con una persona mentalmente sana, siempre gracias a un tratamiento terapéutico que implica nula cercanía con el psicópata. Lo mismo debe suceder con los hijos e hijas. Ellos deben estar lo más lejos posible del psicópata. Esto resulta complicado en países en que el machismo permea de tal forma que jueces y fiscales justifican a los maltratadores y existen muy pocas personas especializadas en peritaje de psicopatía en las agencias de procuración de justicia.

El hijo del psicópata

Por lo general, el psicópata busca que la mujer se embarace de inmediato para dominarla y usar a los hijos como rehenes a fin de mantener a la madre a su lado. El hijo de un psicópata no sabe que lo es porque no tiene un patrón de comparación. Se cría en un ambiente de maltrato, intolerancia, manipulación, mentiras. Sólo al llegar a la adolescencia comienza a percatarse de que eso no es normal.

Según el doctor Marietan, las secuelas que deja un padre psicópata son:

- Una alteración permanente y difícil de desarmar.
- En el interior los hijos no tienen la carga afectiva necesaria para dar y decodificar cómo se acercan afectivamente los otros.
- Deben aprender la gestualidad del afecto, las formas de mostrar cariño real.
- Les cuesta trabajo ser espontáneos; desconfían de las muestras de afecto.
- No asimilaron la ternura en la niñez, es decir, el afecto sin intercambio por interés.
- En general arruinan sus primeras relaciones amorosas porque no saben cómo establecer el amor en armonía, sólo conocen las relaciones conflictivas y tensas.
- La sensibilidad queda adormecida por la violencia.

¿Pueden sanar los hijos de un psicópata?

Según las y los expertos en la violencia paterna ejercida por psicópatas, los niños-hombres que han crecido en hogares con este tipo de genitores sí pueden sanar su vida y aprender nuevas formas de comportamiento no machista, no violento, no desconfiado, a diferencia de los psicópatas adultos, que no pueden sanar porque no tienen interés ni son capaces de mirar su patología.[4]

A quien lee este libro debe llamarle la atención que la mayoría de los entrevistados han estado en algún tipo de terapia psicológica, lo cual les ha permitido desentrañar ciertos aspectos de su infancia que les resultaron profundamente destructivos. Sin embargo, todavía no pueden ver la "película completa" del machismo que lo permea todo y que imposibilita señalar con absoluta claridad la anormalidad dañina de la violencia paterna.

La experiencia de psicoterapeutas y psiquiatras en el tratamiento de hijos de psicópatas demuestra que se debe ayudar a que el hijo despierte su sensibilidad, ternura, solidaridad, ingenuidad. Para especialistas como Marietan, el trabajo terapéutico para recuperar la ingenuidad es indispensable, pues el psicópata no permite que el niño la desarrolle; en su lugar le inculca una desconfianza absoluta hacia todos y todo. La ingenuidad es necesaria para confiar; es la

---

[4] También las niñas-mujeres, pero en este libro nos ocupa la conducta masculina y nos enfocamos en ella.

base para la espontaneidad en lo afectivo. Sin espontaneidad no hay placer ni sensación de bienestar. El hijo de un psicópata, al igual que el del machista común, aprende con el maltrato la fórmula cultural de la desconfianza y el abuso de poder. Cuando no existe el verdadero afecto espontáneo, los hombres se ven forzados a actuar como si estuvieran felices, enamorados, con el fin de lograr sus metas, pero pronto se agotan y pueden comenzar a reproducir el desprecio machista, sexista, racista, xenófobo, por falta de formación emocional adecuada.

El primer paso para descubrir que lo que vives como hijo de un maltratador es anormal consiste en convivir con amistades, hombres y mujeres, que viven en libertad. El niño descubre que sí existen personas que no viven en constante tensión, que hay padres amorosos, cariñosos, que no humillan ni desautorizan a sus hijos. Es decir, en el momento en que un chico descubre la otredad, la vida diferente de los otros que no sufren como él, puede comenzar a despertar. Si pide ayuda y es descalificado, si no se le escucha, si se le da la razón al maltratador y no al hijo, éste puede perder la oportunidad de salir de la adolescencia con emociones nuevas no dañinas, lejanas al comportamiento machista. Algunos, llegada la vida adulta, encuentran amigos, amigas, amantes que los ayudan a mirarse y a desear trabajar en esos traumas que ha dejado el maltratador en sus vidas.

Cuando los entrevistados expresan que en la infancia no podían valorar, evaluar, ver ciertas actitudes de la masculinidad violenta —ya sea con padres psicópatas o machistas comunes—, es porque en verdad no tenían herramientas para hacerlo. Tal vez allí radica la diferencia entre un chico que crece con un padre maltratador y una madre, tutora

u otro padre no maltratador ni complementario de la psicopatología. Por ejemplo, Samuel, quien participó en este libro, sabe ahora que su padre fue diagnosticado como psicópata desde los 22 años, pero el abuelo de Sam lo encubrió. El padre de Sam obtuvo tanto poder político que logró quedarse con su hijo durante toda su niñez, hasta que lograron rescatarlo de su tiranía. En ese caso, la madre complementaria pasó toda la infancia de Sam subsumida en el pavor y la justificación del agresor, hasta que, cuando sus amigas decidieron ayudarla a salir adelante y fue a terapia, el psiquiatra le dijo: "Huye ahora mismo con tus hijos: el psicópata te puede matar. Está al límite". El padre la descubrió y, usando sus influencias, la internó en un psiquiátrico de la Ciudad de México, como si ella hubiera sido culpable. Las alianzas del poder machista pusieron en juego la vida y la integridad de Sam, como ocurre todos los días con millones de niños en riesgo con maltratadores machistas.

Para Marietan, los psicópatas no modifican su conducta; se sospecha que en ellos existen elementos genéticos, pero aún no hay pruebas científicas para corroborarlo, sólo hipótesis sobre vías neurológicas alteradas, daños en la amígdala, etcétera. Hasta mediados de 2018 no hay datos concluyentes para entender el origen de la psicopatía.

Los hombres les hablan a los hombres

«Jackson Katz es un educador estadounidense, autor de varios libros, entre ellos *La paradoja del macho: por qué algunos hombres violentan a las mujeres y cómo todos los hombres pueden ayudar a prevenirlo*. Katz ha dedicado más de tres décadas de su vida a combatir la violencia masculina.»

Él mismo fue víctima en la infancia y se ha convertido en uno de los expertos en el desarrollo de estrategias educativas para crear liderazgos de masculinidad responsables contra la violencia.

Jackson asegura que todas las estadísticas sobre violencia han demostrado que los hombres son quienes perpetúan la mayoría de los abusos de poder y violencia. Entendemos ya que la violencia es cíclica, así que llamar la atención pública para señalar a la cultura de la masculinidad como un eje conductor de todos los problemas sociales no es ser "antihombres"; es simplemente reconocer con honestidad lo que sucede en la vida de niños y hombres. Y mientras las mujeres son quienes han estado al frente en campañas y discursos por el cambio para que los hombres sean conscientes de los efectos de la masculinidad tradicional, tenemos que comprender que no son solamente ellas quienes se benefician de que los hombres dejen sus prácticas de violencia y discriminación; también ellos se benefician en gran medida, porque no podemos negar los hechos: la mayoría de las víctimas de la violencia masculina son hombres y niños. Hay millones de hombres caminando por las calles que sobreviven en silencio el haber vivido con un padre que los violentó, bajo un *bulliyng* masculino brutal, o que fueron agredidos por otros hombres física o sexualmente.

En palabras de Katz:

> Los hombres jugamos un papel en este tema, no solamente los que hemos sobrevivido la violencia, sino también los que son violentos y pelean físicamente al defender a otros. El costo que la educación de la masculinidad tiene en nuestras relaciones emocionales y de pareja, como hombres, es enorme. Como educador contra la violencia machista yo todos los días

me enfrento a las contradicciones de los hombres, al sufrimiento de miles de niños y jóvenes que por un lado hacen de machos y por otro están llenos de inseguridades y miedos que sólo pueden expresar con sus amigas mujeres.

Trabajo con estudiantes, pero también en centros de detención juvenil, en el ejército, con deportistas y entrenadores deportivos. He visto grandes cantidades de hombres que a diario se ponen la máscara del macho, del hombre duro, para sobrevivir en cualquiera que sea la comunidad o presión cultural bajo la cual viven presionados para ser "hombres de verdad". Lo que ellos no pueden ver es el enorme costo que vivir con la máscara tiene en sus vidas en términos psíquicos y su habilidad para madurar [como] seres humanos decentes.

Por eso insisto en que analizar la masculinidad debe ser el interés superior de toda la sociedad. Abrir el telón para desenmascarar lo que significa la masculinidad es indispensable y no solamente exige mucho tiempo y esfuerzo. No va a suceder solamente porque algunos chicos y hombres hagamos reflexiones personales, en lo privado, sobre nuestra masculinidad y el ejercicio de la violencia. Tiene que suceder a nivel personal, sí, la introspección es fundamental, pero debe suceder a nivel institucional, público, grupal, empresarial y corporativo.

Y aunque está claro que las mujeres de ninguna manera son las responsables de la violencia masculina, ellas juegan un papel fundamental en esta tarea, en especial las chicas jóvenes y las mujeres que buscan "chicos malos", las que insisten en sentirse atraídas por los hombres machos, los tipos duros. Ellas tienen que aprender a rechazar esa máscara de la masculinidad que al final les termina haciendo tanto daño. Tenemos que buscar juntos, hombres y mujeres en la educación, las fórmulas para educar en lo sentimental y amoroso, para que

las niñas y mujeres validen a los hombres que no hacen despliegues machistas, para que mientras educamos a los chicos y jóvenes para no ejercer violencia como forma de demostrar su masculinidad, ellas refuercen esa exigencia de que no aceptarán el control, los celos ni a los "chicos malos", a los *bullies*.

Debemos romper el monopolio del sistema mediático en el cual en su mayoría los hombres blancos y millonarios son quienes deciden qué historias deben contarse y cómo se ha de retratar a los hombres y mujeres en el cine, la televisión y los medios periodísticos. Ellos deciden lo que significa la masculinidad, la retratan como el machismo del hombre duro que todo lo aguanta. Debido a esos ejemplos que desde la infancia nos han mostrado es que todos los jóvenes varones con los que hablo en mis charlas y capacitaciones me dan las mismas respuestas cuando les pregunto qué significa ser hombre. Usan las palabras "duro", "fuerte", "implacable".

Miles de hombres jóvenes están buscando nuevas formas de *ser hombres,* nuevos y diferentes conceptos de masculinidad no violenta. De maneras muy distintas, hombres y mujeres estamos sufriendo para lograr cambios culturales y estructurales que beneficien a esta sociedad.

Género: La construcción social de la diferencia sexual. Conjunto de ideas, creencias y atribuciones sociales construidas en cada cultura y momento histórico, y que toman como base la diferencia sexual; a partir de ello se construyen los conceptos de masculinidad y feminidad.[1]

[1] Marta Lamas, *Feminismo. Transmisiones y retransmisiones*, Ciudad de México, Santillana, 2006.

Hombre ..... Mujer
Masculino ..... Femenino
Machismo ..... Hembrismo
Heteroerótico ..... Homoerótico / Lesboerótico

Masculinidad tradicional: Es una construcción social con valores socialmente aceptados sobre las prácticas de ser hombres. La manera en que se comportan, actúan, piensan y se relacionan en sociedad. La construcción de las masculinidades se basa en el poder y las posiciones jerárquicas sobre otras y otros.[2]

Nueva masculinidad: La idea de una construcción cultural del "ser hombre" a partir del reconocimiento de la igualdad de derechos con las mujeres; el cuestionamiento del poder masculino, así como del monopolio de la violencia como instrumento de control social. La nueva masculinidad requiere romper el orden social preestablecido y la estructura de poder levantada sobre la desigualdad de género. Se podrá forjar con un feminismo compartido entre mujeres y hombres.[3]

---

[2] Robert Connell, Jeff Hearn y Michael Kimmel (eds.), *Handbook of Studies on Men and Masculinities*, Londres, Sage Publications, 2004; s/a, *Sensibilización en masculinidad y violencia de género. Guía metodológica*, Estado de México, Consejo Estatal de la Mujer y Bienestar Social, 2011; Michael Kimmel, *Guyland: The Perilous World Where Boys Become Men*, Nueva York, HarperCollins, 2008.

[3] Miguel Lorente Acosta, *Los nuevos hombres nuevos*, Barcelona, Destino, 2009.

Para Jackson es importante reconocer —él lo hace en cada presentación pública, desde una charla en una universidad o con padres y madres de familia, hasta una conferencia televisada— que el creciente movimiento estadounidense de hombres que están asumiendo una postura pública contra la violencia hacia las mujeres, esa que es ejercida por hombres, se debe en todos los sentidos a los movimientos de mujeres, tanto desde el activismo como desde la política y el feminismo activo. También, asegura Jackson, las mujeres activistas han sido la inspiración en la búsqueda de patrones de masculinidad sanos y no violentos para y con los hombres. Los movimientos de las mujeres han afectado de manera positiva al mundo entero.

"Los hombres que estamos en este frente educativo —dice Katz— tenemos la responsabilidad de reconocer que no somos héroes, que estamos siguiendo el ejemplo de los movimientos de mujeres." De acuerdo con este experto, el paso fundamental para transformar la visión de la masculinidad es cambiar el paradigma y el lenguaje que usamos cuando nos referimos a la violencia sexual, el hostigamiento, el acoso laboral, la violencia doméstica; es decir, lo que se denomina la violencia de género. El primer paso es, según Katz, demostrar que éste es un problema de los hombres y no un asunto de mujeres.

La violencia de género no es un "asunto de mujeres" o un tema de "estudios de la mujer"; es importante destacarlo, puesto que en incontables ocasiones Katz ha visto la reacción de los hombres a este discurso público. "En cuanto escuchan las palabras 'violencia de género' o 'estudios de la mujer', inmediatamente responden con desapego que ése no es su problema."

Cuerpos policiacos

Durante un taller de capacitación que impartí para 150 policías judiciales, ministeriales, fiscales y agentes de seguridad pública, trabajadoras del C4 y policías federales, planteé las siguientes preguntas:

¿Qué hacen ustedes a diario para protegerse de una violación cuando salen del trabajo? ¿Quién viola a quién?

Aquí las respuestas:

LOS HOMBRES

Risas nerviosas.

—Pues nada, ni que fuera maricón.

—Yo, nada; ni lo pienso.

—Más bien me preocupa que me mate algún malandro al que arrestamos y que dejaron salir.

—Nada. Pues los hombres son los que violan. Qué pregunta tan tonta, con todo respeto.

—Sí, no entiendo para qué pregunta eso, sólo los hombres pueden violar.

—Pues los violadores.

—No sé a qué se refiere; somos hombres, a nosotros eso no nos preocupa.

—¿Se está burlando de nosotros con esa pregunta?

LAS MUJERES
Silencio nervioso.

—Camino hasta mi casa con el gas pimienta en la mano y deteniendo la bolsa en la otra.

—Le tomo foto al número de taxi y ya arriba aviso a mi familia que les mandé la foto para que el taxista me oiga.

—Camino fuerte, pasos rápidos, con las llaves en la mano, y siempre la llave larga en forma de arma.

—Salgo de noche, marco por celular a mi hija y le voy diciendo por dónde voy por si algo pasa para que sepa dónde encontrarme.

—Cuando voy a mi coche traigo la linterna del celular prendida para asegurarme que no haya nadie en el estacionamiento de la Procuraduría. Manejo a la defensiva. Antes de bajarme a abrir el portón de mi casa toco el claxon para que crean que alguien me espera en la casa.

—Tengo un silbato que usaba cuando estaba en tránsito y siempre lo uso al cuello antes de salir en la noche. Practico seguido cuando camino para saber que estoy atenta.

—El traje de policía es muy ceñido, por eso me cambio antes de salir en algo menos "provocador", para que no me digan cosas en las calles. Porque aunque la gente no lo sepa los hombres sí hacen acoso a las mujeres policías, también los otros policías, y una se tiene que aguantar.

—A mí me preocupa más que algunos compañeros me vayan a echar montón en la oficina. A veces nos toca el turno de la noche de quedarse una sola y puros hombres, y ya hubo casos, pero el comandante que tuvimos dijo que de eso no se habla. [La mujer policía suda de forma evidente.]

—Pues yo siempre le pido a alguno de mis compañeros que son caballerosos que me acompañen al camión y se aseguren que me suba bien y todo.

—Yo también me quito el uniforme, porque en donde vivo hay bandas de cholos y atacan a las mujeres policías. A una compañera la violaron y casi la matan. Tenemos prohibido hablar de eso, que para que no se perciba a la policía como corporación débil.

—Más que la violación afuera a mí me da nervios que el jefe mande llamar a las más jóvenes y les diga que para darles el ascenso tienen que salir con él (usted sabe para qué). A mí me pasó y me negué, ahora ya no porque tengo cuarenta. Con los hombres para el ascenso se va a la cantina y el que le caiga mejor; a las mujeres, pues ya sabe, es eso de o sexo o nomás no asciendes aunque hayas pasado la prueba de confianza y tengas las calificaciones.

—Yo cuando camino por mi colonia, que casi no tiene luz, pues me les pego a mujeres que van caminando, o a familias. Para que no

se vea que voy sola. Fuera de horas de servicio no puedo traer mi arma de cargo aunque sea federal.

Conclusiones

Después de esta dinámica dividimos en equipos mixtos a las y los agentes. Sólo 37% son mujeres. Las dinámicas ayudaron a que ellos les hicieran preguntas centradas en la empatía. La mayoría mostró preocupación honesta. Algunos agentes pidieron perdón a sus compañeras por no haber siquiera sospechado que tenían miedo de ser violadas. La minoría hizo bromas sexistas muy agresivas, asegurando que las mujeres no deben provocar a los hombres o que los hombres son biológicamente más complicados y por eso a veces sienten "la necesidad de violar". Pedimos al grupo de hombres que dieran argumentos no violentos a los autores de las bromas; lo lograron con éxito. Hablaron de los derechos de las mujeres, les preguntaron si no tenían hijas, esposas o madres. Los demás pidieron disculpas a los hombres y un agente federal interrumpió para decir que debían disculparse con las mujeres y no con los hombres. En los compromisos finales acordaron acompañar a las mujeres y ser su contacto de emergencia en caso de algún incidente fuera de horas de trabajo.

Todos los hombres aseguraron no haber sido educados para proteger a mujeres que no fueran integrantes de su familia. Admitieron que les resultó incómodo percatarse por primera vez del alcance de la violencia masculina contra hombres y mujeres. No lo tenían en su mapa sentimental.

Las conclusiones del taller fueron positivas. Todas y todos aceptaron que nunca les habían escuchado con respeto en sus corporaciones; que habían recibido aleccionamiento sobre ciertos temas, pero no les habían permitido dialogar desde sus experiencias vitales sin sentirse juzgados. En sus hojas de comentarios,

86% pidió que se les impartieran más talleres participativos de este tipo. Expresaron que ellos también tenían preocupación por su familia, por la violencia que hay en el país, y que vivían con gran ansiedad la descalificación pública.

Cuando usamos la palabra "género" en un contexto de violencia, de inmediato pensamos en las mujeres. Algo similar ocurre cuando usamos la frase "asuntos de raza y clase" en relación con Estados Unidos: enseguida se piensa en personas negras, latinas, etcétera, pero no en la gente blanca. Lo mismo sucede cuando usamos la frase "orientación sexual": al instante pensamos en gay, lesbiana o bisexual. En todos esos casos el grupo dominante se siente automáticamente exclusivo de la discusión y de la referencia a su participación en el problema y la solución, como si al decir "género" no estuviésemos hablando del género masculino y su construcción cultural, con los efectos de que ya hemos hablado. Como si al decir "raza" los blancos dominantes no tuvieran que poner atención porque no es su problema que existan otras razas distintas de la suya. Lo mismo que el heterosexual de convicciones binarias que piensa que son las y los otros quienes deben tomar decisiones sobre su sexualidad.

El secreto está en develar que las personas heterosexuales sí tienen una orientación sexual, los hombres sí pertenecen a un género y las personas blancas sí forman parte de una raza.

Justamente ésa ha sido la estrategia de los grupos dominantes del poder para autoexcluirse de las discusiones, para pasar por la vida sin ser examinados, sin mirarse a sí mismos como parte del problema, perpetuadores o causantes de

él. La negación les da un tremendo poder de invisibilidad que les permite borrarse estratégicamente de la conversación como actores y convertirse en meros críticos.

Sabemos que 81% de los chicos que fueron maltratados en la niñez crecerán para ejercer ésas u otras formas de violencia contra hombres y mujeres.

Un problema masculino para ellas: el lenguaje como herramienta de la impunidad

"Se lo buscó por desobediente", expresó ante un juez el asesino confeso en Oaxaca.

"Para qué se mete a un bar lleno de hombres que están bebiendo si no buscaba que la violaran", chico en Facebook sobre una violación tumultuaria en la CDMX.

"Ella me provocó al denunciarme por castigarla. Era mi esposa, sabía cuáles eran sus obligaciones", exesposo asesino sentenciado en Cancún.

"Las compro en Argentina, Colombia, México. Las viejas así de bellas son las mejores putas, así me hice millonario", Raúl Martins a dos clientes en su burdel de Cancún.

"Para qué se ponen minifaldas si caminan en la madrugada saliendo de la maquiladora", el exgobernador de Chihuahua luego de las desapariciones convertidas en feminicidios.

"Ojalá te violen, maldita feminazi", anónimo en Twitter a periodista que defiende acciones contra la violencia sexista.

"Ese tema [el feminicidio] no es importante ahora. Lo urgente es la batalla por el petróleo", Andrés Manuel López Obrador.

"No vamos a discutir tonterías [el feminicidio en México]. Debemos enfocarnos en el crecimiento económico", Emilio Gamboa, líder del PRI, en el restaurante del Senado.

"Bueno, no hay mujeres en El Colegio Nacional porque no encontramos muchas que merezcan el reconocimiento", escuchado durante un evento de intelectuales en El Colegio Nacional de México.

"No eran mujeres decentes; eran putas", diputado panista a un reportero, hablando sobre la contratación de bailarinas exóticas en un evento del partido conservador de México.

"Esta vieja es una puta, a ver si la meten en cintura", gobernador Roberto Borge dando órdenes al procurador sobre la periodista Norma Madero.

"Pinche vieja, ojalá te violen y te corten en pedacitos por marrullera", amenaza recibida en mi blog por denunciar el incremento de la pornografía infantil.

"¿Querías rebelarte, pinche vieja? Para que veas quién manda", soldados mexicanos a mujer indígena de Chiapas después de violarla.

"Un putero, una lavandería, un putero, una lavandería… Así es como voy a mejorar la economía", dijo entre broma y en serio Mauricio Macri durante la grabación de sus videos de campaña en las elecciones de Argentina.

"Si son putas ¿para qué denuncian que las violaron los agentes?", jefe regional del Instituto Nacional de Migración sobre víctimas adultas de trata explotadas en un burdel en Playa del Carmen.

Mientras las mujeres marchan contra el feminicidio reciben insultos y amenazas; los hombres que podrían impulsar el

cambio entre los otros hombres guardan silencio o se evidencian. La opresión y el incremento de la violencia feminicida no son casualidades: el machismo mata; la ideología machista genera impunidad. El silencio masculino sobre la violencia machista es parte del problema: siete mujeres son asesinadas diariamente por hombres que las conocen.

¿Podrán los hombres cambiar su comportamiento violento?

«Ésta es una pregunta que he planteado constantemente a mis entrevistados durante treinta años como periodista, pero también a mis amigos y hermanos, a los hombres a quienes he amado. Descubrí un interesante fenómeno que debo explicar para seguir adelante con lo que opinan los hombres de diversas ideologías y con historias muy disímiles.»

Cuando alguien en la radio, en la televisión o en algún libro que he elegido leer menciona a las mujeres violentas, asesinas, madres maltratadoras, me intereso inmediatamente, pero jamás me doy por aludida; es decir, no creo que si alguien dice "las madres maltratadoras" se está refiriendo a todas las madres ni a mí, como madre adoptiva que soy. Se refiere en concreto a quienes han elegido ejercer la violencia, bajo diferentes circunstancias, en su maternidad. Lo he consultado con cientos de mujeres, a quienes curiosamente les sucede lo mismo; en forma coloquial decimos que no nos ponemos el vestido porque no es nuestro, ni nos sentimos agredidas ni respondemos con violencia a esas aseveraciones o investigaciones. Este fenómeno es, con sus excepciones, diferente en casi todos los hombres.

En cientos de ocasiones en que he dado mi opinión sobre la violencia contra las mujeres, la trata de personas y la pedofilia o la pornografía infantil en diversos países, siempre que he usado la frase "los hombres violentos" he sido interrumpida por un comentario del conductor del programa de radio o televisión, casi siempre con el mismo aspaviento de levantar un poco la mano, plantando la palma frente a mi rostro en señal de que debo callarme la boca o autocorregir mi lenguaje: "Bueno, pero no te refieres a *todos* los hombres". Es así como la conversación da un giro para comenzar la sutil defensa de una masculinidad etérea que es buena, no violenta, sanadora, paternal, amorosa. Digo etérea como inmaterial, porque ninguno de mis entrevistadores, de Suecia a España, Estados Unidos, México y Colombia, ha logrado argumentar con solidez el porqué de esa instantánea defensa ante la frase "los hombres violentos".

Resulta llamativo cómo tantos hombres brillantes y —estoy

segura— auténticamente interesados en los temas de mi especialidad, como la expansión de la delincuencia organizada, la trata de personas, los feminicidios, tienen esa reacción casi inconsciente para defender a los hombres que ejercen violencia como si fueran un colectivo monolítico. Aclaremos que estoy convencida de que la generalización que comienza con las palabras "los hombres siempre..." es inadecuada, tanto como "las mujeres siempre..." Pero las expresiones "hombres violentos" o "los que ejercen violencia" contienen en sí mismas la aclaración, es decir, se refieren a un grupo de personas del sexo masculino que eligen el ejercicio de la violencia.

Me percaté de esto después de una magnífica entrevista que me hicieron en la televisión sueca. Considero que ésta ha sido una de las mejores de mi vida, no por lo que yo haya dicho, sino por la inteligencia y el nivel de conocimiento del periodista, por su agudeza mental y su capacidad de profundizar el debate conmigo. Al terminar de grabar nos quedamos a conversar un momento; una vez fuera del aire le pregunté por qué un hombre como él, autodeclarado públicamente como profeminista y claramente integrado en el pensamiento igualitario, me había corregido. ¿Qué lo había movido a ello? ¿Estaba defendiendo al género masculino? Se me quedó mirando por unos instantes sin saber qué decir, mientras sus ojos se agrandaban. Era claro que estaba teniendo su propia epifanía. "¡Es verdad!", dijo asombrado.

Me atreví a preguntarle a quién defendía. ¿Tal vez a su padre o abuelo? ¿O a un *bully* que lo condicionó desde pequeño para no enfrentar a los agresores? La conversación se alargó un poco más, y, aunque por la falta de tiempo y la ausencia total de cierto vínculo de confianza entre ambos no pude explorar a profundidad algo que él no estaba dis-

puesto a compartir con la mexicana que escribe libros, estoy segura de que alguna de esas preguntas llevaba implícita la respuesta correcta: el sentido de pertenencia al masculino colectivo es inmenso y tiene una fuerza emocional extraordinaria.

A los hombres desde pequeños se le dice: "Mujeres juntas, ni difuntas". Ese decreto se ha convertido en una herramienta formativa para crear división y desconfianza entre las propias mujeres. A ellos les dijeron: "Unidos conquistaréis el mundo". Y basta leer las novelas épicas, las tragedias griegas y los libros de historia para comprender que los hombres unidos por una causa común de poder son capaces de aliarse a sus enemigos bajo la frase "esto no es personal".

La cultura formativa de la masculinidad contiene dos elementos fundamentales: enseñar a los hombres a competir para ser los mejores y al mismo tiempo decirles que si no se unen como hombres serán abatidos por las mujeres. Ya la mayoría de nuestros entrevistados lo ha dicho de diferentes formas: en la infancia los forzaron a convertirse en hombres. Porque tener un pene no es suficiente, debes crear lo que Carl G. Jung llamaba una *persona,* es decir, un personaje masculino exitoso: médico, abogado, político, deportista. Esa persona es la que define a un hombre frente a los demás; no es el ego ni el yo. Porque la persona es la que muestran, es ese hombre en constante lucha para demostrar que es suficientemente hombrecito para callar, para obedecer a sus congéneres, para imitar a los *bullies,* y si no es capaz de imitarlos, para someterse a sus reglas de masculinidad. Es el que debe probar que levantarle la falda a una niña otorga un lugar de superioridad frente a otros niños. La constante necesidad de demostrar la virilidad mediante

actos que juegan con la paradoja de usar a las mujeres como objetos de deseo y como sujetas a ser conquistadas, colonizadas y controladas va asignando colectivamente puntos de poder viril.

Para Jung, igual que para la psicóloga junguiana Jean Shinoda Bolen, el hombre pasa la vida intentando huir de su sombra. En esa sombra, aseguran expertas feministas, se oculta el macho alfa que debe controlar para permanecer en el grupo y obtener poder.

En la niñez ellos comienzan, al igual que las chicas, a desarrollar el proceso de individuación, esto es, el descubrimiento de que somos seres individuales separados del cordón umbilical de la madre dentro de la cual crecimos y vivimos nueve meses. De ese proceso de individuación nace el yo, el ego, que se debate entre lo que esos especialistas llaman la luz y la sombra.

Jean Shinoda escribió un libro titulado *Los dioses en cada hombre*. En él utiliza nombres y personalidades de la mitología griega para ejemplificar cómo los varones se instalan en diferentes figuras arquetípicas a lo largo de su vida.[1] La frase clásica de Carl G. Jung se aplica aquí a la perfección: "Lo que niegas te somete, lo que aceptas te transforma".

Los arquetipos, según Jung, son modelos, fundamentos libidinales de la psique, los motivadores últimos de la conducta, los sentimientos y los pensamientos humanos.

Abusadores y opresores invierten grandes cantidades de energía en reprimir y ocultar la violencia que ejercen; se niegan a admitir que su inteligencia, su capacidad de reflexión

---

[1] El mismo libro existe para mujeres, pero en esta ocasión nos referimos al de los hombres.

y autocontrol les permitiría dejar de maltratar a su hijo. Eligen entonces negarlo con perseverancia, fortaleciendo su propia sombra y la sombra colectiva de todos los negadores de la violencia que perpetúa un modelo de masculinidad agresora. La sombra, en términos terapéuticos, es el arquetipo que deben reconocer, explorar y trabajar.

Los hombres entrevistados que han llevado a terapia el sufrimiento de su niñez y lograron abrir los aspectos formativos de la violencia en su propia masculinidad, entraron en su sombra, arrojaron luz sobre ella y —según sus propias vivencias actuales— se sienten cada vez más ajenos a su lado sombrío, aun cuando saben que nadie deja de visitarlo jamás.

Mientras entrevistaba a los hombres para este libro logramos juntos, como experiencia dialogante, establecer un vínculo de confianza suficiente para que tocaran a su niño interior; sin duda, un acto de valentía que refleja su necesidad de ser reconocidos y la construcción de su propia historia del rito de paso para convertirse en *hombres de verdad*.

Con Tadeo tuve la oportunidad de ir a fondo en el viaje de Hades del libro de Shinoda, en cuyo capítulo 5 este dios representa la psique masculina. Hades es el hijo de Cronos y Rea, y fue engullido por su padre al nacer. Zeus y Metris lograron que Cronos regurgitara a sus hijos, y a Hades se le asignó el mundo subterráneo o el mundo del inconsciente. No debe confundirse con el demonio ni considerársele enemigo de la humanidad. Aunque la mitología lo relaciona con la muerte y el cuidado de los espíritus abandonados, Hades habita el reino del espíritu y el inconsciente. Es el dios que preside el descenso de los hombres a la

depresión, la ansiedad y otros trastornos emocionales asociados con la oscuridad del alma. Para Bolen, el reino de Hades es el inconsciente personal y pertenece al colectivo masculino; ahí están los recuerdos, pensamientos y sentimientos que duelen, que han sido reprimidos por miedo a enfrentarlos. En el reino de Hades se guarda todo lo vergonzoso o reprochable para los otros, pero también lo que es doloroso para uno mismo.

Las historias de la niñez se quedan en la profundidad del inconsciente. La experta asegura que cuando los hombres se atreven a observar su lado interior oculto, a visitar su Hades —ese costal que han llenado de recuerdos dolorosos e inenarrables porque ponen en juego su hombría—, se abren y logran mirar también la oscuridad de lo colectivo: esa sombra que no es sino el material psicológico reprimido, negado. Al recibir de sus padres o tutores masculinos el modelo de hombre como un génesis familiar, reciben también el modelaje, es decir, el ejemplo y las órdenes, los malos tratos, los dobles discursos. La sombra es la oscuridad personal, interior, ese yo que ellos también son, pero que temen que otros —en especial las mujeres— puedan verlo por miedo al rechazo, a la vulnerabilidad, a la humillación o la alienación. La historia de los presos de Folsom, con su documentación científica hecha por especialistas del sistema de reintegración social de prisiones de California, demuestra que sí es posible deconstruir el machismo introyectado, e incluso, con la ayuda profesional adecuada, transformar las reacciones neuroquímicas del cerebro, que gracias a su plasticidad es capaz de erradicar ciertas conductas antes consideradas equivocadamente como *naturales, biológicas, irreparables* o *instintivas.*

Caballerosidad: ¿qué diablos quieren ellas?

«Algunas de las preguntas que más he escuchado en los últimos dos años de parte de amigos y hombres con quienes trabajo o a los que entrevisto son: "¿Te molesta que abra la puerta?", "¿es caballerosidad o machismo levantarme de la silla cuando una mujer se pone de pie?"»

Esta interpelación, que también circula en redes sociales, parece tener un peso enorme en la psique masculina; aparentemente es una preocupación importante para miles de hombres que desean convivir con feministas o mujeres liberadas sin "provocar su enojo". No obstante, para la mayoría de las mujeres que discuten las violencias masculinas, la apertura de una puerta o la cesión de un asiento en un autobús no se relacionan en absoluto con la petición de trato igualitario y no violento. Parece existir una confusión distractora en los hombres que plantean esa interrogante. Algunas feministas que hablan, por ejemplo, de feminicidio, se molestan al escuchar: "Si somos iguales, ¿ya no debo cederte el paso al abrir la puerta?", y no por la validez de la pregunta, sino por el contexto en que se enuncia. En vez de eso, ellas esperan que les digan: "¿Qué puedo hacer para que otros hombres dejen de ser violentos?"

¿Qué subyace en la caballerosidad?

Hace falta regresar al origen de los gestos y formas sociales con que los hombres han sido educados. En latín, la palabra *caballarius* comenzó a utilizarse formalmente en el siglo XV para designar a los hombres que, montados a caballo, se dedicaban a proteger a los señores feudales, reyes, reinas, princesas y otros miembros de las élites a cambio de dinero, premios o reconocimiento público. Con la venia de los preceptos culturales eclesiásticos, poco a poco se convirtió en una forma educativa de galantería que demuestra hombría, educación y clase; es un mecanismo de pertenencia al círculo de los hombres que tratan con delicadeza a las mujeres.

Según Montesquieu, "la galantería caballeresca nació cuando la fantasía masculina creó hombres extraordinarios que, al ver la virtud unida a la belleza y a la debilidad [femenina], no dudaban en arrostrar por ella los mayores peligros y quisieron complacerla en los actos ordinarios de la vida".[1] La caballerosidad logró perpetuarse en la práctica medieval durante los torneos en que los hombres hacían despliegue de su virilidad a través de su caballerosidad, siempre dedicada a alguna dama de la corte o una mujer que los observaba. Por tanto, los actos de caballerosidad que se les enseñan a los niños en el siglo XXI tienen su origen en un despliegue de masculinidad cuyo objetivo consiste en que las mujeres se fijen en un hombre por la teatralidad del cuidado que pone para que ella no pase frío, cruce la calle con seguridad, espere que le abran la puerta del auto, no cargue su equipaje, etcétera. Los cuentos de hadas, de princesas y príncipes basados en el Medioevo han logrado reproducir ese modelo como deseable para hombres y mujeres, con muy pocos cuestionamientos. La gente más joven los encuentra cursis y trasnochados, aunque millones de familias siguen promoviéndolos.

Galantería o caballerosidad: Gestos amables de origen cortesano expresados por hombres hacia mujeres para llamar su atención. Puede referirse tanto a una acción como a una frase y se considera

[1] Charles Louis de Secondant, barón de Montesquieu, *L'espirit des lois*, 1748, c. 22.

una forma elegante de seducción o preludio del cortejo. Es sinónimo de gentileza, cortesía o actitud galante que se basa en la supuesta fragilidad de las mujeres.

La mayoría de las mujeres de menos de cuarenta años considera que la caballerosidad o galantería resulta innecesaria. La educación y el buen trato deben surgir entre hombres y mujeres, como entre personas del mismo sexo, para vivir en armonía. Para ceder el asiento a una persona mayor, con discapacidad o que simplemente se ve cansada, como un acto de empatía, no debe importar el sexo de quien da y de quien recibe.

Si un hombre siente el impulso de levantarse cuando una mujer se aleja de la mesa, esto no representa un problema; tampoco lo es que le cedan el paso en una puerta o elevador si así lo desean. Lo importante es entender que el concepto cultural de la caballerosidad y la galantería tiene sus orígenes en una forma de seducción que puede llevar implícito un despliegue en que el hombre siente que actúa con falsedad y la mujer lo percibe.

Los hombres actuales no necesitan fingir. Basta con que actúen con educación y con un respeto básico que no reproduzca patrones de la Edad Media. Un buen ejemplo: si una mujer puede cargar a su hijo o hija de treinta kilos, con la bolsa al hombro, sacar las llaves, abrir la puerta y empujar la carriola, ciertamente puede, por ejemplo, cargar un garrafón de 20 kilos (litros de agua) sin actuar como si se fuera a romper los brazos.

El hembrismo, del que ya hemos hablado, requiere una constante teatralización de la debilidad femenina que hace posible la caballerosidad por parte de los hombres. Ellas fingen debilidad y extrema feminidad (como de princesas) y esperan que la contraparte actúe en consecuencia (fortaleza de príncipe). Por tanto, si un hombre juega a ser príncipe valiente, quedará atrapado en ese rol mientras se relacione con mujeres que juegan a ser princesas.

"A mí me gustan las mujeres que no temen mostrar su inteligencia y fuerza interior. Mi papá dice que me van a dominar si me enamoro. Yo creo que el amor es igualdad, nadie domina a nadie. Por eso me gustan las mujeres que admiro y no las que juegan a ser tontas." Pablo, 21 años.

¿Qué ganan los hombres con la nueva paternidad?

«Una noche, en viaje de trabajo en Nueva York, acordé ir a cenar con Gael García Bernal, un querido amigo que desde hace tiempo se divorció de la mujer que amó. Gael me advirtió que cenaríamos con su pequeña porque le tocaba estar de padre de tiempo completo durante más de un mes.»

A lo largo de la cena el actor dejó de ser el personaje público e hizo lo mismo que habría hecho una buena madre de una pequeña de cuatro años: antepuso las necesidades de su hija, quien conversó alegremente con nosotros y preguntó por las rarezas de la comida oriental. La cena fue a una hora adecuada para que ella pudiera llegar a dormir en su horario establecido. Cuando la acompañé al baño me dijo, con la certeza clásica de una niña segura de sí misma, que su papá, al igual que su mamá, siempre la acompañaba al baño, pues jamás debía ir sola a ciertos lugares; que le contaba cuentos antes de dormir y le explicaba todo lo que ella le preguntaba.

Alfonso es un abogado poderoso, cuyo despacho ha llevado algunos de los casos más notables en América Latina. Se divorció hace dos años. Antes de ello pasaba incontables horas en el despacho y viajando; su esposa se encargaba de todo el cuidado del hogar y de sus dos hijos. Durante el divorcio entró en una crisis emocional profunda. Su esposa decidió que sus hijos varones, de once y dieciocho años, vivirían con él. Su vida quedó absolutamente trastocada. De pronto se vio obligado a mirarse en el espejo y reconocer su larga ausencia en la crianza de sus hijos, a quienes amaba profundamente pero conocía muy poco. Me dijo que descubrió la culpa, el miedo a ser un padre incompetente y, sobre todo, a verse forzado a adaptar su vida en función de las necesidades de sus hijos, sin contar con los problemas implícitos de un divorcio difícil y de dos chicos en crisis adolescente. Comenzó a organizar las citas de trabajo en su casa después de las seis de la tarde, a dejar las parrandas de fines de semana para estar con sus chicos, haciendo lo que ellos querían hacer. Se descubrió agotado, azorado y a ratos desesperado por sentirse incapaz de cubrir todas las expectativas.

Su exesposa pasa por ellos algunos fines de semana. Por primera vez tiene tiempo para disfrutar la vida personal que merece y que Alfonso por fin pudo reconocer como un derecho. Para Alfonso, los fines de semana con una mujer son cada vez más lejanos; teme involucrar a una posible pareja en su compleja relación con dos adolescentes. La trabajadora del hogar es su mejor aliada. Su vida dio un giro radical; después de la crisis inicial está descubriendo quién es como hombre, como padre; quién fue como esposo, y cómo su educación machista lo llevó a perderse una parte fundamental de su vida afectiva durante veinte años.

Ciertamente, el divorcio ha provocado una transformación en la actitud de miles de hombres frente a lo que originalmente consideraban las obligaciones de la paternidad. Muchos han descubierto que la flexibilidad laboral sí es posible cuando hay voluntad y planificación; cuando el interés superior en su vida es la crianza y el cuidado de sus hijos e hijas. Esto es más común en hombres con una economía estable y con mayor acceso al poder. En otras clases socioeconómicas, el divorcio impide que los hombres desarrollen paternidades tan novedosas e integrales como las que he descrito aquí.

Por ejemplo, Otilio es un albañil divorciado. Su esposa, que siempre trabajó como enfermera, decidió que, como él se quedó con la casa, debía hacerse cargo de los hijos. Un caso similar es el de Antonio, de treinta y cuatro años, un burócrata de la Secretaría de Salud que acaba de descubrir el verdadero significado de la paternidad responsable a partir del divorcio; en su caso, su nueva novia lo abandonó en cuanto descubrió que lo que Antonio quería era que ella se desempeñara como nana de sus hijos.

Miles de hombres suplen a una mujer con otra tan pronto como termina una relación. Según sus propias palabras, lo hacen por temor a quedarse solos o a no saber cómo llevar un hogar. Las novias o amantes resultan útiles para mantener su libertad como cuando estaban casados, aunque en la realidad, según sus propios testimonios, esto se vuelve más complejo, crea más problemas y ellos, acostumbrados a que las mujeres resuelvan los conflictos familiares, se descubren incapaces de mediar. Algunos recurren a las viejas prácticas de violencia machista para resolverlo todo con mayor prisa y, como Antonio confiesa, "terminamos subsumidos en un remolino de angustia y desesperación inmanejable".

Para Otilio y Antonio, la batalla campal del primer año de divorcio fue transformándose en una mediación más razonable. Sin embargo, Otilio no tiene el poder de exigirle a su jefe como lo haría un actor famoso o un gran abogado. Antonio, en cambio, descubrió que las políticas de la Secretaría le otorgaban ciertos tiempos para la familia que jamás intentó utilizar porque la esposa se hacía cargo de todo. Sin duda, la clase, la raza y la posición económica desempeñan un papel importante en los niveles de poder masculino y en los derechos de los hombres. Sólo que éstos los descubren en situaciones extremas, como cuando la mujer que les resolvía los problemas y se hacía cargo del cuidado (esposa, pareja, madre, tía, hermana o abuela) los deja solos. Entonces encuentran los privilegios que tienen de ser hombres bajo el cuidado de las mujeres del entorno.

"Mi mamá es maravillosa; siempre trabajó en la casa y atendiéndonos a todos. Yo la amaba, pero, la verdad, siempre admiré más a mi papá. Él salía a trabajar, a jugar futbol; llegaba en las noches y mamá lo atendía. Así entendí que es mejor ser hombre que ser mujer. Tienes más tiempo libre y puedes hacer mucho dinero." Federico, 30 años.

El síndrome del refrigerador vacío

Rafael es quien nos regala esta definición al explicar su sensación de abandono. Creció en un hogar machista. Admiraba y odiaba a su padre, que ejerció violencia contra él y su hermana toda la niñez. Juró nunca reproducirla, y una vez casado comenzó a imitar los mismos patrones, pero con las sutilezas del neomachismo. No era tan descarado como su padre; la violencia que ejercía contra su pareja era psicológica, manipulación y celos. El divorcio lo forzó a asistir a la organización Gendes, A. C., en la Ciudad de México; allí se encontró con otros hombres que no entendían por qué eran juzgados por "ser hombres". Poco a poco descubrió que el ejercicio de la violencia es algo voluntario, planificado e intencional para tener poder sobre la pareja y los hijos. La terapia lo ayudó a mirarse al espejo sin autoengaño. Su exesposa e hijos adolescentes negociaron que el padre se quedara en casa con ellos; la madre los vería los fines de semana y los

recogería de la escuela todos los días. Como Rafael es periodista independiente, puede trabajar en casa la mayor parte del tiempo, aunque cuando estaba casado rara vez se quedaba ahí, sino en cantinas y restaurantes con sus colegas.

Un día cayó al suelo llorando por lo solo e inútil que se sentía frente a la pérdida de su matrimonio. Cuando llegó con los chicos a casa, abrió el refrigerador y lo encontró totalmente vacío, con una cebolla avejentada en el cajón de las verduras. Durante una hora no pudo parar de llorar frente a sus hijos, azorados ante un hombre rendido junto al refrigerador. "Lo que siempre le recriminé a Carmen fue que no hubiera cervezas en el refri. Siempre había comida para recalentar preparada por ella, verduras, frutas, leche. Mil veces peleamos por eso. Ella me explicaba el tiempo que tardaba saliendo del trabajo en ir al supermercado, limpiar la casa, ir por los niños, meter la ropa a la lavadora... De pronto descubrí que mi casa era un caos. No había nada de comer. No soy el proveedor que siempre presumí ser. Yo soy un caos, incapaz de darles de comer a mis hijos algo que no venga en una caja de comida rápida."

Ese día Rafael descubrió el significado del poder de la libertad masculina en el matrimonio. "Sí, ganar dinero es un mérito; pero cuando tu pareja también trabaja y tiene tres jornadas para que la familia sea funcional, uno no valora nada. La neta, siempre quise ser como mi papá, él tenía libertad. Mi mamá era como una esclava bondadosa. Me quise casar con una mujer inteligente y fuerte, pero yo no estaba preparado para ella. Creo que en el fondo quería una esposa sumisa y nunca lo entendí."

Nunca antes en la historia de la humanidad los hombres se habían visto obligados a descubrir sus habilidades

de paternaje como en el llamado siglo del divorcio. Ciertamente, como nos han dicho los entrevistados, durante generaciones hemos vivido con una gran mayoría de padres ausentes. En familias educadas para la división de las tareas, con los hombres ganando dinero en el ámbito público y las mujeres en el ámbito privado, proveyendo cuidados sin recibir pago por ello, poco a poco se fueron rompiendo las reglas hasta llegar a los grandes avances de las familias multiparentales y muy diversas que han forzado a los hombres a mirarse a sí mismos y descubrir que pueden ser gentiles, amorosos, pacientes y tan buenos cuidadores como una mujer.

Soluciones de y para los padres

Los movimientos feministas lograron que las leyes del mundo otorgaran a las mujeres que trabajan fuera del hogar permisos de maternidad y reducción de jornadas; que en ciertas oficinas y lugares como aeropuertos se habilitaran espacios para la lactancia. Ellas también pidieron permisos de paternidad; sin embargo, son los hombres quienes casi nunca los reclaman y por tanto cada vez más empresas los consideran un sinsentido: a falta de demanda, piensan, no debería invertirse en ofrecer el derecho a que el padre esté con su bebé al menos el primer mes de vida sin perder su trabajo, salario y puesto.

El 12 de agosto de 2015, Netflix anunció públicamente que daría permisos de maternidad y paternidad pagados por un año completo a todos sus empleados y empleadas. Esto puso en jaque a empresas que ni siquiera habían considerado el derecho masculino a la baja por paternidad, cuya finalidad

es que los hombres puedan cuidar de su familia, compartir las labores con su pareja e integrarse desde el inicio en el proceso psicoafectivo de su paternaje. Una cosa es que los gobiernos y las empresas ofrezcan la baja pagada por maternidad y paternidad, y otra muy diferente es que los hombres la acepten. Su entrenamiento para la competencia, su miedo a perder el control y su resistencia a entregarse a labores del hogar son obstáculos para que los hombres exijan esos derechos en leyes y convenios de todas las empresas.

El 99% de las mujeres aceptan hasta el último minuto ese derecho, pues han sido criadas y educadas para estar al lado de su bebé, disfrutarlo y cuidarlo. Otras renuncian al trabajo remunerado para estar presentes en los primeros años de crianza. Para los hombres esto depende de la región. En países donde se otorga más tiempo de baja por paternidad a los hombres, los mayores de 40 años vuelven al trabajo mucho antes de que termine el permiso. En Noruega algunos consideran que es aburrido estar en casa y cuidar de un bebé todo el tiempo; aun así, junto con Suecia, este país es un ejemplo en materia de cuidados compartidos.

Las bajas por maternidad[1] logradas por las mujeres son las siguientes:
Croacia ofrece 100% del sueldo durante seis meses de baja. Además ofrece salario para madres hasta por 410 días.
Noruega da 100% del salario durante 35 semanas, y 80% si las madres se quedan

[1] OIT, bajas por maternidad y paternidad a nivel global, 2015.

10 semanas más sin trabajar. Estados Unidos ofrece 12 semanas sin remuneración alguna. Venezuela otorga 182 días con 100% del salario cubierto. Cuba concede 156 días, con un promedio de 80% del salario. Chile da 156 días y hasta 100% del salario. Brasil otorga 120 días y 100% del salario.

Bajas por paternidad: Noruega ofrece hasta 14 semanas con salario, lo cual representa un logro de exigencia de hombres y mujeres. Islandia concede 90 días y 100% del salario, al igual que Suecia, con 70 días, y Finlandia, con 54 días. Eslovenia ofrece 90 días de licencia y 90% del sueldo. Estados Unidos otorga hasta 84 días sin goce de sueldo; Venezuela, 14 días; Colombia, 8 días, y México entre 2 y 8 días, dependiendo de la empresa u organismo gubernamental.

Diversos colectivos sociales han exigido que se respeten los acuerdos internacionales de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) en relación con la baja por maternidad y paternidad; sin embargo, la excusa de empleadores y grandes empresas es que los hombres no hacen valer ese derecho y no se puede actuar en desigualdad otorgándolo a unos sí y a otros no. Aún falta mucho por lograr respecto a la baja por maternidad para los 830 millones de mujeres que constitu-

yen la fuerza laboral del mundo. Si los hombres exigieran ese derecho para ellos, harían una aportación a la igualdad y mejorarían su vida afectiva y familiar. Los dueños del poder, los líderes machistas, aún se burlan de los hombres que exigen esa prestación en países como Estados Unidos, México y Colombia. Habrá que insistir hasta que la burla machista desaparezca y este derecho laboral sea respetado como parte de los acuerdos y pactos sociales de la igualdad. Los colectivos LGBT han seguido los pasos de las mujeres para exigir su derecho a estar presentes en la crianza.

Alfonso, el abogado, reflexionó durante la última vez que nos vimos: "Nunca me cuestioné por qué me sentía como un visitante en casa. Para mí la paternidad era la ausencia y la aportación de dinero. Mi padre y mi abuelo hicieron lo mismo que yo hacía: trabajar y llegar a dormir, pasar la tarde del sábado y el domingo con la familia extendida. En el fondo siempre culpé a mi esposa de los problemas serios de nuestros hijos en la escuela, por la adicción del mayor, por mi falta de deseo sexual. Hasta que nos divorciamos descubrí mi responsabilidad, mis debilidades. Cuando mis hijos comenzaron a recriminarme de manera amorosa todas las ausencias, ya estaba yendo a terapia; fue así que me di cuenta de que nadie me había enseñado a ser padre y yo mismo me resistí a ofrendar nada para serlo. Crecí convencido de que debía casarme con la mujer idónea para hacerse cargo de cumplir mi sueño de tener una familia; jamás imaginé que mi hijo me iba a decir, a los once años, que yo para él era el señor que pagaba las cuentas y que jugaba de vez en cuando con él. Ellos me enseñaron a hacer sacrificios sobre mis propias libertades para ser un padre presente. Todos mis esquemas se rompieron con la ausencia de mi pareja. Estoy

recobrando los pedazos de mi identidad como hombre. No sé cuánto tiempo me llevará. Lo único que tengo claro es que no quiero que otra mujer venga a suplir mis carencias; ésa es mi propia responsabilidad".

El 9 de abril de 2018, el escritor y surfista australiano Tim Winton, también colaborador del diario *The Guardian*, escribió una reflexión basada en su libro *The Sheperd's Hut:* "La masculinidad es tan tóxica que está empujando a los chicos hacia la misoginia de una forma inaceptable". En el *podcast* en que reflexionó sobre lo que sabe acerca de ser hombre y criar hombres, este autor habla del comportamiento cotidiano de niños y niñas en las playas, mientras aprenden a surfear. Es un observador acucioso de cómo se forma la personalidad de la gente en un entorno de libertad como la playa, frente a las olas del mar. Winton asegura que los jóvenes menores de dieciocho años se mantienen unos a otros bajo la constante exigencia de "ponerse el uniforme de la misoginia para pertenecer al ejército de los cabeza de pacotilla". Niños y jóvenes pasan la vida traicionando lo mejor de su naturaleza emocional; de forma rutinaria traicionan su propia conciencia para adoptar las peores características de lo que la sociedad percibe como un hombre verdadero. Al parecer, la única forma de validar su pertenencia al género masculino es empujarse unos a otros hacia la misoginia: de forma paradójica, odiar lo femenino y a las mujeres los lleva a convertirse en las peores versiones de sí mismos. La única forma de transformar esa cultura que los impulsa hacia lo que Winton llama el "ejército misógino" son las acciones que corresponden a los padres, a los varones, a quienes eligen, deciden, sueñan o ejercen la paternidad. Para el autor, que dice hablar con el corazón en la boca y la experiencia de

padre, la masculinidad tóxica es una carga pesada para los hombres que sólo ellos pueden erradicar de su vida. La misoginia o el odio y el desprecio hacia lo femenino, y todo lo que ello significa en nuestras culturas: lo emocional, lo sensible, el cuidado de las y los otros, la empatía y la no violencia destruyen a los hombres. Para Winton, odiar lo femenino es destruir a un niño en vías de convertirse en hombre.

"¿Podemos erradicar el machismo y la misoginia de y entre los niños?", se pregunta Winton. Sí; se requiere una liberación, un proceso de desarme, de reflexión, de renovación que es desesperadamente necesario y deseable para que en el mundo habiten más niños integrados a su yo femenino, lejos de la misoginia. Esta tarea se debe hacer en casa, en las escuelas, en los negocios, en la política. Para tener a los mejores padres del futuro necesitamos con urgencia escuchar a los niños varones, darles opciones de masculinidad que no les impliquen un gran sufrimiento, dejar de excluir y encerrar a los niños más bravos y rebeldes, dejar de huir de ellos para acompañarlos en el descubrimiento de su propia inteligencia y dulzura emocional. Sí, hay que dejar de otorgar ciertos privilegios masculinos a los niños varones e intercambiarlos, gracias a la educación, por ganancias que vayan más allá de cualquier espectro de género. Para Tim Winton ha llegado la hora de que los hombres, los padres, asuman la absoluta responsabilidad de erradicar la misoginia de la crianza de los niños.

El proyecto representación

Jackson Katz, el autor estadounidense del que he hablado anteriormente, participa en un proyecto que nació en 2014

con el hashtag #AskHerMore ("Pregúntale más a ella"). Su misión es que las mujeres famosas, cuya voz tienen gran resonancia en medios y redes sociales, hablen en las alfombras rojas sobre sus logros y la participación femenina en diferentes ámbitos del arte. La campaña es resultado de décadas de trabajo de las pioneras de Hollywood que incursionaron en el feminismo desde los años cincuenta y sesenta, como Jane Fonda, y que han llevado su conocimiento filosófico sobre la equidad al mundo del entretenimiento, que es, sin duda, la nube creativa que perpetúa o rompe esquemas culturales de machismo, misoginia, sexismo, hembrismo y masculinidad tóxica. Ya en España, México, Gran Bretaña y Estados Unidos existían movimientos que buscaban que hubiera más mujeres guionistas, directoras, productoras; que los papeles femeninos mostraran la riqueza de la diversidad étnica, ideológica, racial, cultural, y que las heroínas no siempre fueran víctimas o damiselas en riesgo. El proyecto está centrado en la mirada y el poder de las mujeres, acompañadas de hombres igualitarios que buscan lo mismo que ellas: erradicar la violencia machista que daña a mujeres y hombres.

A raíz del movimiento #MeToo iniciado por actrices y mujeres de cine en general, nació #TimesUp!, iniciativa de la Unión de Mujeres Campesinas representadas por Mónica Ramírez. Junto con cientos de mujeres, esta excampesina mexicana, ahora activista de los derechos laborales de migrantes, envió una carta a las actrices de #MeToo, quienes descubrieron que, unidas con mujeres de todas las áreas laborales, desde campesinas hasta trabajadoras del hogar, empresarias, políticas, periodistas, entre otras, podrían denunciar el hostigamiento y el acoso sexual como formas de

castigo masculino a las mujeres que obtienen prestigio, poder o trabajo en lo que antes era un mundo de hombres. Esta unión extraordinaria de mujeres de diversas razas, clases socioeconómicas y culturas se integra a un movimiento de varones que crearon el hashtag #AskMoreOfHim ("Pídele más a él"). Actores, activistas, cineastas y deportistas quieren ayudar a contrarrestar la oleada de ataques misóginos contra las demandas femeninas para erradicar el acoso y el hostigamiento sexual. Justin Baldoni, David Arquette, Don McPherson, David Schwimmer y otros se unieron al liderazgo de Jackson Katz para hacer un llamado a los hombres a fin de que cuestionen las prácticas violentas de los otros hombres con fama, poder y prestigio. Este nuevo movimiento, que en 2018 empieza a tomar fuerza, busca atraer a jóvenes varones hacia la discusión de la creación de una nueva relación entre hombres y mujeres, la erradicación del machismo y la misoginia en ambos sexos, así como de toda forma de violencia sexual contra mujeres, niñas y niños.

Resulta interesante que hayan comenzado a surgir denuncias de hombres que fueron acosados, abusados o violados por otros hombres, lo que ayudará a aquilatar mejor la importancia del movimiento #TimesUp! pues ha descubierto el entramado que hay detrás de la opresión de lo femenino en mujeres y hombres, y —tal como reflexionan en este libro varios de mis entrevistados— el profundo daño psicoemocional que el machismo y la masculinidad tóxica causan en la vida de niños y hombres, y que, como efecto multiplicador, rebota en los cuerpos, la dignidad y la vida de millones de niñas y mujeres. Para Jackson Katz,[2] el machismo es

[2] Entrevista con el autor.

un concepto cultural destructivo en el que todos y todas perdemos; sólo unidos podemos encontrar la fórmula para erradicarlo. El diálogo, la introspección, el debate, la empatía y el reconocimiento de la alteridad son elementos vitales para defender el hecho de que llegó la hora de erradicar el machismo y la doble moral que lo enmascara.

La doble moral de Hollywood: guerra sí, sexo no (por un rato)

«Uno de los errores más comunes de la crítica al movimiento #MeToo es que se ha vuelto moralista y ha despertado el puritanismo incluso en los directivos de los grandes estudios cinematográficos. Las críticas en medios escritos y electrónicos aumentan cada día, culpabilizando de manera absurda a las creadoras del movimiento de denuncia de delitos sexuales y, por supuesto, a las feministas estadounidenses.»

Afortunadamente, algunos análisis han conseguido identificar el impacto del poder machista y sus relaciones causa-efecto en hombres y mujeres; ésa es sin duda la tarea más importante de nuestra sociedad.

Lo que subyace tras los señalamientos destructivos al movimiento de denuncia de un fenómeno tan usual, dañino e internacional como el sexismo y sus violencias correctivas del comportamiento cotidiano, es un distractor que conocemos muy bien en las prácticas del poder y los medios estadounidenses: censuremos unas cuantas películas de contenidos eróticos o explícitamente sexuales para aplacar el ánimo público, y sigamos con el mismo discurso que propaga las violencias masculinas y los modelos de poder tradicional.

Tal es el caso de los estudios Warner Bros., que en enero de 2018 declararon que enlatarían (voz del argot cinematográfico que significa censurar o evitar la muestra de un filme durante cierto tiempo) la película sobre la vida de Hugh Hefner, el fundador de Playboy, producida por Brett Ratner, quien ha sido señalado por violencia sexual contra actrices. También se anunció con gran escándalo que el estreno de la película de James Franco sobre una niña rusa de 15 años sometida a la prostitución y titulada *Zola Tells All* ("Zola lo cuenta todo") se pospondrá. Tanto los medios del espectáculo como algunos periodistas serios que no hicieron la tarea aseguran que el movimiento contra el hostigamiento sexual ha logrado que se censuren las escenas más sensuales de Lady Gaga en el tercer *remake* del drama romántico de *Ha nacido una estrella,* cuyo guion está cargado de erotismo entre un actor en decadencia y una joven cantante a la que él ayuda a brillar, no sin cobrarle el favor.

Como si censurar temporalmente tres películas fuera la solución a un problema de cultura y valores que avalan el abuso del poder, medios como *Instyle* y *Hollywood Reporter,* lo mismo que columnistas de *The New York Times* y otros diarios, han manipulado la historia con encabezados exagerados y falsos. Un ejemplo es el de la revista *InStyle:* "Cómo #MeToo podría terminar con las películas más *sexys* del cine actual". La ignorancia de las y los periodistas para analizar las violencias y sus efectos sociales colabora directamente en el fortalecimiento del machismo descalificador con su desconocimiento y urgencia de más clics o lecturas de sus notas.

La reportera Tatiana Siegel aseguró que "una de las primeras pérdidas causadas por el movimiento #MeToo parece ser el cine erótico. Los estudios se están alejando del sexo". Nada más falso que lo dicho por la periodista del *Hollywood Reporter;* enlatar tres películas de forma momentánea, a sabiendas de que más de 80% de los filmes para adolescentes y adultos tienen contenido sexual y violencia explícita, no tiene ningún impacto en la industria ni en la sociedad.

Por su parte, *The Washington Post* publicó, en voz de Alyssa Rosenberg, una crítica atinada sobre el mismo tema: "Espero que los ejecutivos de Hollywood comiencen a navegar hacia el fin de una forma de pensar sumamente retrógrada sobre lo que resulta atractivo. En lugar de hacer películas que cosifiquen a las mujeres como objetos sexuales, deberían retratar el sexo y la sexualidad de formas más inteligentes".[1]

---

[1] Rosenberg, Alyssa, "Brett Ratner and Hollywood's Next Big #MeToo test" en *The Washington Post*, 12 de abril de 2018. Disponible en <https://www.washingtonpost.com/news/act-four/wp/2018/04/12/brett-ratner-and-hollywoods-next-big-metoo-test/>.

Nadie ha pedido que se sacrifique el erotismo, la sexualidad, la seducción y la violencia, sino los modelos narrativos que normalizan el hembrismo y el machismo en comedias románticas y dramas, incluso en aquellos que glorifican, festejan o celebran violaciones como algo natural y pasajero.

Entre todos los textos sobre el tema, sobresale la extraordinaria reflexión del periodista Peter Maass, autor del medio electrónico dirigido por el multipremiado periodista y documentalista Jeremy Scahill. El 27 de enero de 2018, Maass publicó un artículo en cuyo título usó un juego de palabras: "Es hora de valorar la guerra contra las películas de guerra que glorifican modelos anticuados de masculinidad".[2] En su reportaje, Mass se sumó a las reflexiones de Rosenberg alegando que no se trata de censurar, sino de replantear las nuevas narrativas, tanto sexuales como de masculinidad. Su texto es brillante porque integra los temas de una forma clara y puntual. Asegura que el género de películas de guerra ha distorsionado la forma en que los hombres se comportan. Cita algunos de los mejores filmes de ese tipo para mostrar cómo, a partir de los actos terroristas que derribaron las Torres Gemelas aquel 9 de septiembre, la industria del entretenimiento se enfocó en desarrollar filmes que no solamente muestran la violencia típicamente gratuita y ocasionalmente racista; también crearon un cliché de comportamiento masculino que navega entre el simplismo rampante y la monstruosidad varonil. Ya Jeremy Scahill ha criticado en foros y textos cómo el gobierno estadounidense aporta fondos a

[2] Peter Mass, "It's Time to Wage War Against War Movies that Glorify Outdated Models of Masculinity" en *The Intercept*, 27 de enero de 2018. Disponible en <https://theintercept.com/2018/01/27/12-strong-war-movies-masculinity/>.

películas de guerra producidas por Hollywood para fortalecer la narrativa oficial de buenos contra malos y darle siempre la razón a ese gobierno que lleva décadas invadiendo países, entrenando terroristas (que después se voltean contra ellos), imponiendo y quitando dictadores y vendiendo armas a todos los países que puede.

Para Peter Maass, los filmes de Jerry Bruckheimer como *Black Hawk Down* y *12 Strong* son una muestra inaudita de las fuerzas de tareas especiales que pelearon contra los talibanes en Afganistán semanas antes del 9/11. "Durante la escena esencial, el líder de los boinas verdes, personificado por Chris Hemsworth, avanza en un caballo —sí, en un caballo—, y va con su metralleta asesinando talibanes a su paso. El filme reproduce todos los lugares comunes de los hombres guerreros: los buenos contra los malos, lo moderno contra lo profano: la masculinidad en su esplendor."

Maass se ha ganado una reputación en Estados Unidos. Tiene una bandada de *haters* machistas que critican cada uno de sus puntillosos y acertados análisis sociocríticos sobre el impacto que las películas de guerra tienen en la vida real de hombres y niños. Uno de los comentarios que este analista recibe continuamente es: "Relájate, son sólo películas, no te las tomes tan en serio". La respuesta de Peter es la misma que durante décadas han dado las feministas respecto a la forma en que los medios, el cine y la televisión reproducen patrones de normalización de la cultura de violencia. El experto señala lo que muchos padres jóvenes quieren evitar para sus hijos, esto es, que absorban los modelos machistas que los bombardean mientras se entretienen: "Es necesario decir que las películas pueden crear y reforzar narrativas de la Historia y de la construcción de género

(masculina) que inducen a la gente a pensar de cierta forma. Niños y hombres desarrollan sus nociones de masculinidad desde una gran variedad de fuentes; éstas incluyen los filmes que miran". Aunque el crítico asegura que se trata apenas de una discusión incipiente, éste es un gran momento para forzar a los ejecutivos de los estudios (aquí yo añadiría a guionistas, directores y mercadólogos) a que reflexionen sobre sus ideas y conceptos manidos, como esa forma de patriotismo mortal que perpetúa un modelo de masculinidad violento para toda la sociedad.

Peter Maass no es ningún moralino; mucho menos un periodista puritano. Ha ganado prestigio por sus reportajes de guerra, en los que se ha jugado la vida cubriendo de forma crítica las invasiones de Irak y Afganistán, las guerras de Somalia y Bosnia. Reconoce el valor individual de los jóvenes soldados y sus vidas rotas; en algunos casos, su heroísmo para salvar vidas y el sufrimiento que conlleva el modelo de masculinidad, que hace creer a un joven que ser patriota y estar en medio de las masacres de guerra implica guardarse todas las emociones y quedar destartalado sentimentalmente. Este reportero también ha documentado la crueldad, las bajezas y los abusos de soldados que, aprovechando el caos de la guerra, cometen crímenes de lesa humanidad como si estuvieran en el set de una película.

En mi libro *Esclavas del poder: un viaje al corazón de la trata sexual de mujeres y niñas en el mundo* documenté los testimonios de excombatientes con nombres y apellidos sobre cómo el ejército estadounidense y otros como el francés y el filipino crearon redes de esclavitud sexual de mujeres y niñas en ciertos países aledaños a aquellos en que sus soldados estaban en guerra, para premiarlos en su descanso y recupera-

ción (R&R, por sus siglas en inglés) con sexo, drogas y alcohol. El combo perfecto de la masculinidad violenta, que aparece heroica y a la que, por su patriotismo, se le permite cometer delitos y crímenes sexuales, de consumo y demanda de estupefacientes que, en condiciones normales, llevarían a esos soldados jóvenes a la cárcel en su país de origen.

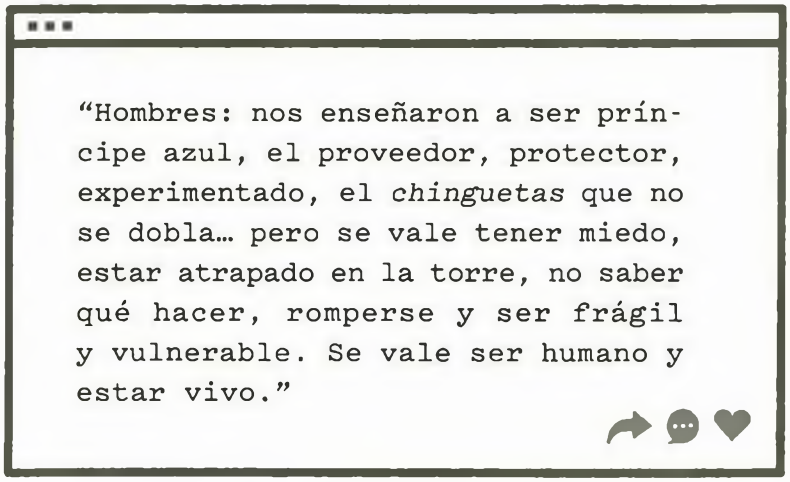
Lo anterior se traduce en ese doble mensaje que ellos reciben desde la infancia de parte de un padre, abuelo, entrenador deportivo, tío, sacerdote y hasta de un general del ejército; todo ello envuelto en un glamur normalizador que nos exponen en las pantallas por todo el mundo.

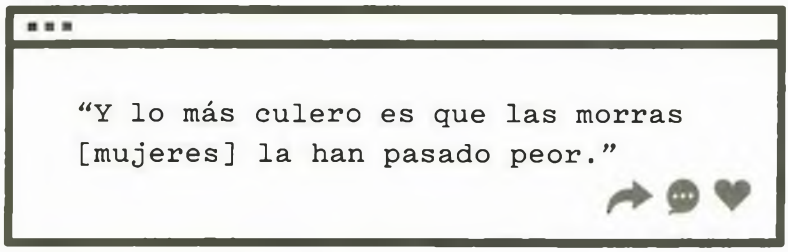
México y su #MeToo

«El actor mexicano Tenoch Huerta, de 36 años, recientemente estrenado como productor de cine y que ha participado en películas multipremiadas como *Güeros*, *Días de gracia* y *Get the Gringo*, con Mel Gibson, comenzó un solitario debate sobre la masculinidad en redes sociales, en particular en Twitter, que es el medio más utilizado en temas periodísticos y de actualidad.»

#EllosHablan

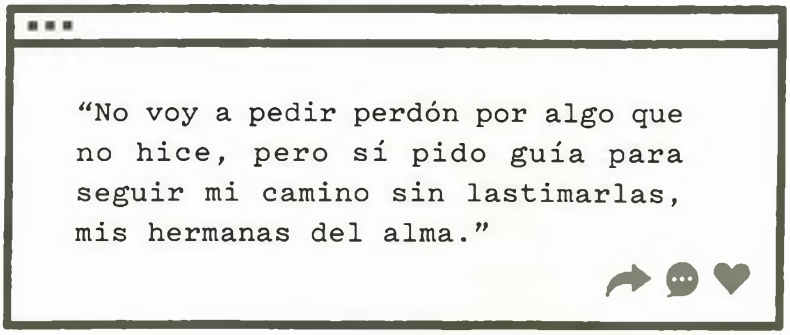
El 28 de enero de 2018, Tenoch lanzó al aire el siguiente tuit:





(Se refiere a los roles de género.)

Después se dirige a sus colegas y amigas actrices, que son muchas:



Por fortuna para nuestras sociedades, cada vez hay más hombres que se preguntan cómo hacer para encontrar modelos de masculinidad que les permitan amar y ser amados, ir por el mundo ejerciendo su profesión, cualquiera que ésta sea, sin reproducir el esquema del macho disfrazado de príncipe valiente y hombre cartera. Se muestran desgastados, hartos y sobre todo confundidos y solos, al igual que millones de mujeres que no quieren ser princesas bobas, dependientes, que reproducen el hembrismo. Ellos plantean muchas preguntas; sin embargo, siguen sosteniendo que no tienen privilegios por ser hombres. También continúan asignando a las mujeres la responsabilidad de "reeducarlos" o "guiarlos", como si ellos fueran incapaces de estudiar, leer, abrir YouTube y buscar a los hombres expertos en masculinidad que llevan décadas intentando acercarse a quienes quieran entender el sexismo y la desigualdad.

Responderles a ellos que se las arreglen solos es, además de ofensivo, absolutamente inútil. Tanto mujeres como hombres estamos en busca de nuevas narrativas vitales para no reproducir los roles de género que la cultura nos ha asignado. Basta leer los primeros testimonios de este libro para comprender las profundas contradicciones y el sufrimiento que el paternaje violento inflige a los niños, ese exigente alejamiento de lo materno-femenino como única fórmula para transformarse en hombres de verdad.

Tampoco las madres lo tienen fácil. A ellas, de igual manera, las han educado para reproducir esos roles, para buscar la protección masculina cuando se sienten agredidas y violentadas por otros varones, incluyendo sus padres y hermanos. La crisis de identidad es colectiva.

Después de casi cuarenta años de ser feminista y llevar a cabo investigaciones con perspectiva de género, lo tengo más claro que nunca: las nuevas narrativas de lo que significa ser hombre y ser mujer están en ciernes, son apenas semillas que debemos cultivar entre hombres y mujeres con toda nuestra diversidad ideológica, cultural y formas de vivir y ejercer la sexualidad y el erotismo. Es decir, una persona transgénero sufre, sentimentalmente hablando, de la misma forma que un hombre que fue educado a golpes para no ser un escritor tímido y amoroso; una mujer sólida que quiere ser deportista y cuyos padres la califican de marimacha y lesbiana (como insulto) padece igual que un chico común que no quiere reproducir los modelos machistas para acercarse a las mujeres. Dentro de esa gama de sufrimiento, crisis de identidad y búsqueda de nuevas formas de encuentro entre hombres y mujeres, ellas siguen estando por debajo de la cadena alimenticia del poder. De allí que esos niños que narran sus infancias de violencia experimenten resentimiento hacia sus madres, pese a saber que ellas fueron también violentadas, y aunque intuyan que en la escala de poder familiar ellas no tenían posibilidad de cambiar las cosas en determinados momentos, debido a las circunstancias. Los juicios más duros contra las mujeres en situación de violencia en el hogar son parte de una narrativa patriarcal creada por varones intelectuales, políticos, filósofos y hombres comunes, o por mujeres que han comprado el discurso de que una mujer que "soporta" la violencia de su pareja es estúpida (ellas opinan de esta manera no sólo porque reproducen un mensaje socialmente aceptado, sino porque es más fácil desmarcarse de la oprimida que atacar al opresor). En eso todas y todos estamos en el mismo barco: nadie quiere

ser víctima. En estos contextos diversos, la palabra ausente es el poder y sus múltiples significados.

Al principio de este libro cité al experto forense Miguel Lorente Acosta, para quien "el posmachismo no plantea alternativas y sólo critica aquello que viene a cuestionar las referencias y valores tradicionales. Según ese planteamiento, el ataque dirigido a las críticas que cuestionan la desigualdad existente sirve para desgastar el argumento de la igualdad, y para generar la duda que lleva a la pasividad cómplice con la continuidad del modelo tradicional de masculinidad".[1]

[1] Miguel Lorente Acosta, *Tú haz la comida que yo cuelgo los cuadros: trampas y tramposos en la cultura de la masculinidad*, Barcelona, Crítica, 2014 (Ares y Mares), p. 259.

La verdad acerca de las campañas #MeToo y #TimesUp!

«Durante la entrega de los Globos de Oro, un grupo de actrices, productoras y directoras decidió que había llegado el momento de plantar cara al machismo utilizando el potencial de 19 millones de televidentes en todo el mundo.»

Sin embargo, la cobertura de medios y agencias como EFE reportó en cinco líneas que éste había sido el año en que menos personas habían visto la gala de premios con más audiencia, sólo después de los Grammys y los Oscar; aseguraron que la transmisión bajó 11% en espectadores de entre 18 y 49 años. Y algo peor: omitieron explicar los motivos de la protesta, dejando entrever que formaban parte de las campañas #MeToo y #TimesUp!

Las actrices América Ferrara, Eva Longoria, Reese Witherspoon, junto a la exitosa productora, guionista y directora Shonda Rhimes, creadora de la serie *Grey's Anatomy*, con las notables abogadas Nina L. Shaw y Tina Tchen, entre otras trescientas feministas reconocidas en la industria de la televisión y el cine, lanzaron la campaña #TimesUp! Mandaron fabricar camisetas y pines que entregarían a quien deseara pronunciarse contra la desigualdad entre hombres y mujeres y las violencias que van desde el hostigamiento, la paga menor por el mismo empleo, hasta la violación a cambio de trabajo.

Lo que la mayoría de los medios y el público vio y entendió fue que Oprah Winfrey dio un discurso en el que explicó sin sutilezas que ellas, las famosas y poderosas, además de ser también supervivientes de violencia por ser mujeres o mientras eran niñas, esa noche estaban vestidas de negro para hacerse eco de millones de mujeres obreras, campesinas, trabajadoras del hogar, etcétera, que todos los días ven su acceso al trabajo condicionado por prácticas machistas, y son forzadas a usar su sexualidad como boleto para acceder al mundo de la economía libre. Otros se distrajeron con el gesto deprimido y el vestido blanco de Angelina Jolie, que parecía enviar un mensaje claro de no unirse a la causa. Lo

cierto es que desde el 1 de enero de 2018, las 300 mujeres de #TimesUp! habían transmitido a los medios el contenido íntegro de su iniciativa por la igualdad:

1) Un fondo —respaldado por 13 millones de dólares de donaciones— para lograr que mujeres sin privilegios ni fama tengan defensa legal adecuada y especializada frente a las cortes del hostigamiento y el acoso sexual en el trabajo.
2) Promover, con un grupo de connotadas abogadas, la legislación para penalizar a las empresas que toleran el acoso, el hostigamiento y el condicionamiento laboral e imponen el silencio de las empleadas. Esas leyes y sus reglamentos deben dejar claro que ninguna empresa —ya sea Hollywood o una maquiladora de ropa a las afueras de Chicago— puede forzar a las empleadas a firmar acuerdos de no revelación para silenciar a las víctimas.
3) Un impulso comunitario para alcanzar la paridad (el mismo número de hombres y mujeres en posiciones de poder en la industria del entretenimiento) en estudios de cine y agencias de talento, con el fin de abatir el sexismo y la forma en que se llevan a cabo los *castings,* además de erradicar las prácticas racistas y cosificadoras de mujeres y hombres. Es decir, no tratar como objetos sexuales a las y los actores, sino validar su habilidad para actuar en cualquier filme o programa, incluso uno erótico o con escenas sexuales. Con esta campaña se pretende iniciar el debate para erradicar el sexismo que se ve en pantalla pero que comienza en el guion y sigue en el *casting:* una

> mujer latina de belleza espectacular, cabeza hueca e inculta. Se trata, pues, de crear nuevas narrativas con el mismo potencial de entretenimiento pero que rebatan los valores culturales del sexismo.

El sitio www.timesupnow.com revela el verdadero alcance de este proyecto, que se une a varios modelos similares de América Latina. Por ejemplo, explica que una de cada tres mujeres de entre 18 y 34 años ha sufrido acoso sexual en el trabajo; que 71% de las afectadas no denunció por miedo a perder su empleo. Estudios de organizaciones como americanprogress.org demuestran que a pesar de hablar tanto del hostigamiento sexual en Estados Unidos, y aunque los medios hoy en día aseguran que es una exageración y que las mujeres señalan a un hombre por cualquier motivo, 25% de los casos más duros de acoso sexual tienen lugar en las industrias de servicios, es decir, contra las trabajadoras que ganan menos y que carecen de poder para defenderse e incluso desconocen la ley. Las estadísticas de México, Argentina, Colombia, Guatemala, Chile o España no son muy diferentes, lo cual explica el potencial de esta iniciativa para lograr un impulso global contra la violencia y la discriminación en el ámbito laboral. La página de #TimesUp! ofrece recursos y consejos para que las mujeres entiendan los conceptos de hostigamiento, acoso, violación, etcétera.

Al visitar esta página es imposible preguntarse ¿cómo es posible que las noticias falsas, la descalificación y la dureza de los y las opinólogos en medios pasaron la prueba de primer semestre de periodismo, que es ir a la fuente antes de opinar? La respuesta no es difícil de encontrar. Muy pocas personas están dispuestas a profundizar en el origen de esta

rebelión. Temen pronunciarse contra el machismo con argumentos sólidos, como ocurre, por ejemplo, con la nota que señaló a la actriz Scarlett Johansson como una "desquiciada, exagerada" porque levantó la voz en una arenga durante la marcha de 2018 para exigirle al director, productor y actor James Franco que les devolviera su pin de #TimesUp! El contexto es importante: Franco, a pesar de su reconocido talento, días antes de la marcha se vio obligado a responder, a través de sus abogados, a las acusaciones de violencia sexual y acoso de actrices y alumnas. Lo único que Franco reconoció públicamente en una carta —asesorado por sus defensores legales— fue que se había equivocado y que admitiría "los errores que sí cometió". En la búsqueda de columnas de opinión serias sobre Franco no hallé nada que equivaliera al ataque y la burla contra Johansson, a quien muchos atacaron diciendo que seguramente había conseguido trabajo por ser bella, rubia, y que le gustaba el sexo.

Nos quieren quitar el poder

Es cada vez más común escuchar a hombres enojados decir que las mujeres que denuncian violencia, acoso, hostigamiento, que exigen libertades, equidad salarial y otros derechos connaturales a la equidad entre hombres y mujeres, quieren "quitarles su poder". La confusión que ha creado el posmachismo es enorme y no aporta nada; ellos mismos reconocen que tienen un poder especial por ser hombres y que si lo comparten se sentirán emasculados. Ciertamente, miles de chicas han creído que la mejor forma de liberarse es imitando el machismo con las sutilezas de la feminidad. De ahí

que muchas digan: "No soy feminista: soy femenina", para luego emprender un ataque contra algún hombre con las fórmulas de la violencia machista que descalifica y humilla la virilidad y hombría, utilizando equivocadamente los argumentos de la filosofía feminista.

Al respecto, Lorente Acosta ha dicho: "Todo está muy bien diseñado para conseguir la apariencia del cambio en la continuidad del machismo. Es la trampa del posmachismo, un producto de la posmodernidad; se crea confusión, desorientación, duda y pasividad". Para este experto en masculinidad (que por cierto tiene dos hijos varones), la igualdad no puede construirse con parches sobre una cultura sexista; es preciso desmontar los valores y prejuicios para reinventar lo que significa ser hombre y el poder implícito en ello. Así lo ha hecho el feminismo, en el que las mujeres se han negado a seguir ciertos patrones de seducción y aparente sumisión, aunque han pagado muy caro el atrevimiento: han perdido empleos y se les ha calificado de conflictivas o poco cooperativas con la norma oficial. Por actuar en congruencia con la equidad, las feministas han renunciado a privilegios que sólo se ganan sometiéndose al machismo y jugando con él, vengándose de los hombres de formas sutiles y cotidianas. Para lograr la igualdad los hombres también han de ceder los privilegios de ser los atendidos, los receptores de los cuidados, los que ganan más, los que tienen más tiempo libre; pero al perder ganarán mucho más: afectos, salud, economías compartidas, menos estrés, más cariño de sus hijos e hijas, mayor disfrute de su verdadero yo, además de que morirán menos jóvenes y sufrirán menos accidentes.

"El posmachismo es una de las últimas trampas que la cultura patriarcal ha puesto en práctica. Su objetivo es claro: busca jugar con la normalidad como argumento y hacerlo, paradójicamente, en nombre de la igualdad. Para los posmachistas todo lo que sea **corregir la desigualdad,** que lógicamente se dirige a atender a las mujeres que sufren sus consecuencias, es presentado como un **ejemplo manifiesto de desigualdad por no contemplar dentro de esas medidas a los hombres.** Incluso llegan a presentarlas como un ataque contra ellos, puesto que muchas de estas iniciativas buscan modificar privilegios que la cultura les ha concedido, es decir, los privilegios que los hombres se han dado a sí mismos."

Miguel Lorente Acosta

¿Cuántos años tardaremos hombres y mujeres en alcanzar juntos la igualdad?

El *Informe Global de la Brecha de Género 2017* del Foro Económico Mundial, escrito por mujeres y hombres, busca crear

conciencia sobre los desafíos que trae consigo la inequidad de género y las oportunidades de un mundo mejor cuando logremos disminuir la brecha de desigualdad que ha creado la cultura machista.

El informe[1] monitorea el progreso de 144 países —entre ellos México— respecto de la brecha de género, mediante el análisis de indicadores como la participación económica, los logros educativos, la salud y la supervivencia, así como el empoderamiento político. De acuerdo con el documento, éstos son algunos de los resultados a escala global:

- Tomando en consideración la población mundial en 2017, la brecha de género en el mundo se ha reducido en 68%; es decir, aún resta 32% para alcanzar la equidad de género de manera universal.
- En promedio, los 144 países que se incluyen en el reporte han cerrado la brecha de género 95% en lo relativo a los logros educativos; sin embargo, las brechas entre hombres y mujeres en cuanto a la participación económica

[1] Este informe se emitió por primera vez en 2006, con el objetivo de tener un panorama de la magnitud de las disparidades existentes en la brecha de género y contar así con un instrumento que permita medir su progreso con los años. Con información de <http://reports.weforum.org/global-gender-gap-report-2017/>. Para más información sobre Plan International, véase <www.weforum.org/es/agenda/2018/01/que-pueden-hacer-las-empresas-para-enfrentar-los-estereotipos-de-genero>.

y el empoderamiento político siguen siendo amplias y sólo se han cerrado en 58 por ciento.
- Los países que han logrado los porcentajes más altos en cuanto a disminución de la brecha de género son los siguientes: Islandia, Noruega, Finlandia, Ruanda, Suecia, Nicaragua, Eslovenia, Irlanda, Nueva Zelanda y Filipinas. Por su parte, México ocupa la posición 81.

Todas las regiones del mundo registran una brecha más estrecha entre las oportunidades de hombres y mujeres. Hace once años era mucho peor. No obstante, urge hacer un mayor esfuerzo para acelerar el progreso. Al ritmo actual, según el informe, para cerrar la brecha de género a escala global se necesitaría la siguiente cantidad de años:

- 61 años en Europa Occidental.
- 62 años en el sur de Asia.
- 79 años en América Latina y el Caribe.
- 102 años en África Subsahariana.
- 128 años en Europa del Este y Asia Central.
- 157 años en Medio Oriente y África del Norte.

- 161 años en Asia Oriental y el Pacífico.
- 168 años en América del Norte (México, Estados Unidos y Canadá).
- Las brechas de género más desafiantes permanecen en las esferas económica y de la salud. Hay un aumento de la brecha económica -en la que las mujeres ganan menos que los hombres-, y se necesitarán 217 años para cerrarla, en comparación con la brecha educativa, que, al ritmo actual, sólo requiere 13 años más para cerrarse. Respecto de la dimensión política, la evidencia muestra que, de continuar con el progreso actual, en 99 años habrá la misma cantidad de mujeres y hombres en la política.

Hay mucho por hacer. Según las y los expertos en economía, la equidad de género es fundamental para el desarrollo mundial, además de que, a mayor equidad, menor violencia. En relación con 2006, año en que se encontraba en el lugar 75 del ránking mundial, México retrocedió seis lugares para ubicarse en la posición 81 al cierre de 2017. A mayor equidad menor violencia.

El gran retroceso se observó en el acceso a la salud y la esperanza de vida, categoría en la cual nuestro país retrocedió 57 lugares respecto de 2006, al ubicarse en el puesto 58 en 2017. A ello le sigue el indicador que mide la participación económica de las mujeres, donde se perdieron 26

lugares, al pasar del 98 en 2006 al 124 en 2017. Las empresas siguen prefiriendo tres veces más a los hombres que a las mujeres en el trabajo; así, los primeros obtienen 83.1% de las contrataciones, mientras que las mujeres sólo se quedan con 48.8% de los puestos.

La presencia masculina más fuerte está en las direcciones de las empresas que cotizan en la bolsa de valores, donde la participación femenina se limita a 5.2 contra 94.8% de los hombres.

En educación de acuerdo al sexo, México retrocedió ocho lugares. En empoderamiento político de las mujeres mejoró, merced a las políticas que se promovieron por medio de la Ley General para la Igualdad entre Mujeres y Hombres, publicada en agosto de 2016. Sin embargo, en el poder legislativo hay 71.6% de hombres y 28.4% de mujeres.

Según la organización Plan International, los diez países con mayor igualdad de género a nivel mundial son Noruega, Bélgica, Australia, Finlandia, Suiza, Alemania, Suecia, Dinamarca, Canadá y Estados Unidos; sin embargo, en ellos aún persisten actitudes violentas y discriminatorias contra mujeres y niñas.

En Bélgica, el segundo país con mayor igualdad de género en el mundo, 81% de las mujeres realiza trabajos domésticos, en comparación con sólo 33% de los hombres. En Suecia las mujeres ocupan menos de la cuarta parte de los puestos en sectores como telecomunicaciones y tecnologías de la información. Y en Finlandia únicamente 23% de los estudiantes de ciencia, tecnología, ingeniería y matemáticas (STEM, por sus siglas en inglés) son mujeres.

Angela Merkel, la canciller de Alemania, es una de las mujeres más poderosas del mundo, pero el desempleo en su

país es muy desigual. Una quinta parte de los hombres asegura tener más derecho a un trabajo que las mujeres.

De acuerdo con Plan International, para cerrar las brechas de género y alcanzar una verdadera igualdad en todo el mundo es necesario poner en marcha esfuerzos comparables a los de una revolución en la que participen todas las personas que crean en la paz y la igualdad.

Conclusiones

país es muy desigual. Una quinta parte de los hombres asegura tener más derecho a un trabajo que las mujeres.

De acuerdo con Plan International, para cerrar las brechas de género y alcanzar una verdadera igualdad en todo el mundo es necesario poner en marcha esfuerzos comparables a los de una revolución en la que participen todas las personas que crean en la paz y la igualdad.

Conclusiones

«La perspectiva de género surge en la segunda mitad del siglo XX, en el ámbito de las ciencias sociales. Responde a la necesidad de abordar de manera integral, histórica y dialéctica la sexualidad humana y sus implicaciones económicas, políticas, psicológicas y culturales en la vida social de los géneros y de los particulares, es decir, en la organización patriarcal de la sociedad.»

La teoría de género no considera a mujeres y hombres como seres dados, eternos e inmutables, sino como sujetos históricos construidos socialmente, producto de la cultura que nace y se perpetúa con organización de género dominante en la sociedad. Esta teoría ubica a las mujeres y a los hombres en su circunstancia histórica, por ello puede dar cuenta de las relaciones de producción y reproducción social como espacios de construcción de género.

En los espacios académicos, los movimientos y las organizaciones feministas, las organizaciones ciudadanas y los organismos públicos e internacionales se desarrolla una visión explicativa y alternativa de lo que acontece en el orden de géneros. A esta visión analítica, encaminada en su conjunto hacia la acción institucional y civil, se le conoce, precisamente, como perspectiva o enfoque de género.

Entrevistar con perspectiva de género supone estudiar el contexto cultural, social y emocional de la persona con quien se descubre una historia personal y colectiva. El análisis de la masculinidad no podría llevarse a cabo sin el aporte de las filósofas y antropólogas feministas al periodismo con perspectiva de género. Éste nos ayuda a ir más allá de una hipótesis para descubrir las capas que subyacen en la historia de vida, el origen del comportamiento, las justificaciones y la normalización de ciertos hechos; en este caso, la violencia masculina como instrumento de poder colectivo.

Por otro lado, en la antropología y la biología se ha encontrado cada vez mayor evidencia de la relación entre género y violencia. La dominación social por parte de los hombres, unida a la exaltación cultural de la agresividad masculina, tiene una larga trayectoria. La identificación de lo masculino con lo más elevado o importante está presen-

te en la mayoría de las culturas. La historia de la humanidad realmente ha sido la narración del Hombre. Así, resulta central para la supervivencia humana la reflexión sobre la forma en que la visión patriarcal, con sus códigos de honor y vergüenza, genera violencia.[1]

Existe evidencia antropológica[2] de que las sociedades eran fundamentalmente matriarcales cuando los grupos humanos vivían de la caza y la recolección, lo que duró muchísimo tiempo. Esto hace un doble señalamiento. En primer lugar, a la falsedad de la posición dominante de los hombres como algo natural; en segundo, a una plasticidad social que permita recuperar esa herencia cultural para la construcción de una sociedad basada en la equidad y no en la opresión, en la afirmación de la vida y no en su destrucción, en el poder sobre uno mismo en lugar de sobre las y los demás, y en la preponderancia de la colaboración sobre la competencia y la jerarquía.

Es necesario entender que el concepto de igualdad encuentra su primera definición dentro de un mundo masculino. Se trata de un concepto problemático; hay muchas relaciones que rara vez son igualitarias porque los equilibrios de poder cambian, con individuos fuertes en una situación y débiles en otra. Este ideal de igualdad puede contribuir a perpetuar las injusticias de los poderosos. La igualdad para las mujeres ha significado sólo la búsqueda de paridad con los hombres en salarios, participación militar, dureza política y pérdida de la capacidad para el cuidado solidario.[3] Por eso no se ha realizado el ideal de que la igualdad de las mujeres con los hombres

---

[1] Nel Noddings, Education and Democracy in the 21st Century, Nueva York, Teachers College Press, 2013.

[2] Ian M. Harris y Mary Lee Morrison, *op. cit.*

[3] Nel Noddings, *op. cit.*

desplace el equilibrio político hacia una mayor sensibilidad social, solidaridad y prevención de la violencia. Por ejemplo, para obtener esa igualdad las mujeres tienen que educarse en instituciones dominadas por hombres y por valores de la agresividad masculina, lo que resulta paradójico.

Así pues, para transitar hacia una cultura de paz es necesario valorar positivamente las características consideradas femeninas desde otro concepto, el de la equidad, donde las diferencias permanecen pero con un trato de justicia elemental.

En diferentes lugares del mundo los hombres han levantado la voz para pedir que las feministas les enseñen el camino hacia la no violencia para erradicar su machismo. Algunas de las condiciones para que ellos aprendan nuevas conductas son el desarrollo de la escucha activa y atenta, la colaboración equitativa con las mujeres, la tolerancia de las diferencias, el manejo de la ira y el control de los impulsos machistas por imitación, el cuidado de las y los demás, la empatía y el desarrollo de destrezas para enfrentar los problemas y la frustración sin abusar del poder. El cambio comienza por mirarse a sí mismos con honestidad, como lo han hecho los entrevistados para este libro. Una vez que la conciencia personal cambia, es posible ser parte de quienes transforman las estructuras sociales del machismo, que intercambia pequeños trozos de poder por sufrimiento y violencia.

Es hora de que los hombres que han hablado lean su propia historia y analicen, revisen y reconozcan el modelo de poder y liderazgo vertical e impositivo que nos ha puesto en el camino de esta discusión. ¿Es posible lograr la equidad y la igualdad sin señalar los principios y valores del machismo universal?

A continuación presento algunos test[4] y, más adelante, recomiendo lecturas y películas.

¿Qué tan macho soy?

1. Me molesta que una mujer me interrumpa, pero me parece normal interrumpirla si considero que su opinión está equivocada o es irrelevante.

SÍ ● NO ●

2. Considero que hablar de mí mismo, exponer mis inquietudes, opiniones o proyectos es suficiente como aporte a la comunicación.

SÍ ● NO ●

3. Tengo el derecho de criticar la ropa, el peinado, el cuerpo de mi mujer, pero no me gusta que ella opine sobre lo mío.

SÍ ● NO ●

4. Considero que decirle a mi pareja "es que así soy yo" es un argumento válido.

SÍ ● NO ●

---

[4] Inspirados en el trabajo de la psicoterapeuta Marina Castañeda, autora del libro *El machismo invisible*.

5. Me siento abrumado o aburrido cuando una mujer me habla de temas domésticos y problemas del hogar.

SÍ NO

6. Pienso que es correcto que yo le prohíba ciertos comportamientos o vestimentas a mi mujer y no creo que ella tenga derecho a prohibirme nada.

SÍ NO

7. Es normal que las mujeres dediquen su tiempo libre a las labores del hogar mientras los hombres descansamos, pues trabajamos mucho.

SÍ NO

8. Acostumbro dejar trastes sucios, ropa tirada o algo de desorden en la casa, porque ya sé que alguna mujer lo va a levantar y limpiar.

SÍ NO

9. Me parece normal llamarle a mi mujer a su celular cuando necesito algo, pero me disgusta que ella me llame en mis horas de trabajo o cuando estoy con amigos.

SÍ NO

10. Pienso que un hombre tiene derecho a pedir explicaciones a su mujer respecto de los lugares que visita y la gente que la acompaña, pero me molesta que ella me haga esas preguntas.

SÍ ● NO ●

11. Cuando tengo problemas de salud espero que mi mujer haga la cita médica, me acompañe, me recuerde la toma de los medicamentos y cuide mi dieta; yo no actúo del mismo modo con ella porque no sé hacerlo ni estoy acostumbrado.

SÍ ● NO ●

12. Pienso que los hombres y las mujeres somos diferentes en lo sexual, por eso los hombres sí podemos tener sexo ocasional con otra mujer, pero ellas no pueden ni deberían porque se enamoran.

SÍ ● NO ●

13. Me parece correcto despertar a mi mujer para tener relaciones sexuales aunque esté profundamente dormida.

SÍ ● NO ●

14. Me gusta que mi mujer se mantenga sexy, delgada y arreglada. No creo que se aplique lo mismo para los hombres: un

hombre con un poco de barriga no se ve mal; una mujer, sí.

SÍ ● NO ●

15. Me parece que no es deseable que mi pareja sepa cuánto gano, cómo invierto mi dinero y cuántas propiedades compro.

SÍ ● NO ●

TOTAL SÍ ▭ **TOTAL NO** ▭

Resultados

Si respondiste "NO" a todas las preguntas, seguramente sabes reconocer los disparadores del machismo cultural y mantienes una relación sana con hombres, mujeres, niñas y niños.

Si respondiste "SÍ" a 5 preguntas o menos, ¡felicidades! Es probable que tengas una vida equilibrada y que no discrimines a las mujeres.

Si respondiste "SÍ" a más de 10 preguntas, tu nivel de educación machista es relevante. Te convendría reflexionar sobre los siguientes temas:

- ¿Cuáles son los costos del machismo para ti? ¿Tienes amigas de verdad? Tus hermanas o mujeres de la familia y otras mujeres ¿confían en ti?
- Las mujeres en tu vida ¿se sienten a gusto hablando contigo de sus problemas o se los cuentan a otras personas?
- ¿Te gustaría tener una relación más cercana y amistosa con las mujeres?
- Si desconfías de las mujeres, ¿de dónde surgió esa desconfianza?
- Si en el fondo piensas que los hombres son intelectualmente superiores a las mujeres, ¿de dónde sacaste esa idea?

¿Vives con un macho?

1. Cuando estoy conversando con un hombre a menudo intento hablar muy rápido para terminar la idea por temor a que me interrumpa.

SÍ ● NO ●

2. A menudo me siento agredida o castigada por el silencio de los hombres.

SÍ ● NO ●

3. Estoy cansada de ser siempre la que inicia las conversaciones sobre temas delicados o personales con mi pareja.

SÍ ● NO ●

4. Me siento halagada cuando un hombre me habla de sus problemas o preocupaciones (en el fondo siento que me hace un favor al tenerme confianza).

SÍ ● NO ●

5. Si estoy en desacuerdo con un hombre, suelo darle la razón para evitar que se enoje.

SÍ ● NO ●

6. Mi compañero me critica, y se burla de mí delante de amistades o de nuestros hijos, hijas.

SÍ ● NO ●

7. Mi pareja descalifica, minimiza o demuestra poco interés en mi actividad profesional.

SÍ ● NO ●

8. Él suele corregirme, pero me prohíbe corregirlo cuando incurre en algún error.

SÍ ● NO ●

9. Suelo ocultarle a mi pareja mis problemas de salud para no incomodarlo o preocuparlo.

SÍ ● NO ●

10. Cuando tenemos algún problema en la relación sexual suelo pensar que es mi culpa o que hay algo que no estoy haciendo bien.

SÍ ● NO ●

11. Me prohíbe tener amigos varones, aunque él sí tiene amigas mujeres.

SÍ ● NO ●

12. Me exige tener acceso a mi cuenta de correo o revisar mi Whatsapp, contraseñas y archivos, pero él se niega a dejarme ver los suyos.

SÍ ● NO ●

13. Es común que me pida que le rinda cuentas sobre mis gastos personales, pero le enoja que yo le pida que me diga en qué ha gastado el dinero.

SÍ ● NO ●

14. Considero normal que mis ingresos extras sean para la familia, la casa, hijos e hijas, y los suyos los use para algo personal que lo divierta.

SÍ ● NO ●

15. Dejo que mi hombre tome las decisiones sobre gastos, inversiones, ingresos, cuentas, seguros, etcétera, porque dice que los hombres saben más de eso que las mujeres.

SÍ ● NO ●

TOTAL SÍ ▭ **TOTAL NO** ▭

Resultados

Si respondiste "NO" a todas las preguntas, has elegido bien a tu pareja y él a ti. En una sociedad machista es muy difícil que un hombre se mantenga lejos de las prácticas del machismo. Claramente tienen una buena comunicación y un trato igualitario.



Si respondiste "SÍ" a 5 preguntas o menos, has logrado mantener el equilibrio de poder en tu relación. Mantente firme en los terrenos que ya son tuyos; tienes espacio para que la relación sea más igualitaria.



Si respondiste "SÍ" a más de 10 preguntas, vale la pena que reflexiones sobre lo siguiente:



- ¿Cómo llegaste a este punto y cómo y cuándo cediste tu autonomía y capacidad de decisión?
- ¿Permites esas actitudes dominantes en tu pareja y en otros hombres, en el trabajo y la familia? ¿Por qué?
- Si sufres de depresión, ansiedad, problemas psicosomáticos, baja autoestima e insatisfacción sexual, ¿será por esa dinámica de relación con tu pareja?

- Si no quieres seguir así, debes trabajar en tu independencia económica y emocional. Pide ayuda para salir de una relación de sometimiento.
- Habla con otras mujeres. Es probable que compartan los mismos problemas y juntas salgan de relaciones machistas que las hacen infelices.

¿Qué tan hembrista soy como mujer?

1. Desde niña soñé con ser tratada como princesa y me dijeron que me merecía todo en la vida. Soñaba con un hombre que me mantuviera y me bajara la luna.

SÍ ● NO ●

2. Sé que soy inteligente, pero cuando estoy con un hombre siempre lo dejo hablar primero. Finjo que todo es nuevo para mí. Me visto para él aunque esté incómoda.

SÍ ● NO ●

3. Pienso que los hombres son más sexuales que las mujeres, que debo ser una fiera en la cama y hacerlo sentir seguro, aunque no me apetezca el sexo. Finjo orgasmos para que él termine rápido.

SÍ ● NO ●

4. Creo que la peor enemiga de una mujer es otra mujer. Si mi hombre se va con otra, creo que ella está mal por robárselo.

SÍ ● NO ●

5. Sólo me gusta salir con hombres con dinero y jamás pagaría una cuenta. Creo que son ellos quienes deben pagar, para eso son los caballeros.

SÍ ● NO ●

6. Creo que es bueno que una haga sentir a los hombres más fuertes e inteligentes. Para que sean felices necesitan que las mujeres seamos comprensivas con sus inseguridades, pero sin decirles nada.

SÍ ● NO ●

7. Pienso que biológicamente los hombres y las mujeres somos muy diferentes. Ellos deben sentirse los fuertes en la relación, aunque una sea quien en realidad la controla.

SÍ ● NO ●

8. Los hombres necesitan mujeres que los atiendan; es el precio de tener una vida feliz. Tú les dices que sí y ellos te cuidan como princesa.

SÍ ● NO ●

9. Pienso que a veces las mujeres provocan las violaciones. Los hombres cuando toman no pueden controlar su instinto.

SÍ ● NO ●

10. Si una mujer gana más que un hombre nunca debe decirlo. Ellos deben pagar todos los gastos de la casa. El dinero de una mujer es para ella.

SÍ ● NO ●

11. Si la vida sexual se va apagando es responsabilidad de la mujer buscar seducirlo siempre. Ellos se aburren más rápido de una misma mujer.

SÍ ● NO ●

12. Las mamás son las culpables de que exista el machismo; ellas educan a los hombres.

SÍ ● NO ●

13. Los piropos en la calle no son acoso ni hostigamiento. Los hombres nos dicen cosas porque son hombres, así nacieron.

SÍ ● NO ●

14. Para conquistar a un hombre debes hacerte del rogar, nunca decirle que te gusta. Él debe dar el primer paso, para eso es el hombre.

SÍ ● NO ●

15. Creo que los hombres no deben llorar frente a las mujeres, es de mal gusto. Me gustan los hombres muy masculinos y fuertes siempre.

SÍ **NO**

TOTAL SÍ **TOTAL NO**

Resultados

Si respondiste "NO" a todas las preguntas, te has librado de la cultura hembrista que complementa el machismo. Eres consciente de tu lugar en el mundo y tratas a los hombres de forma igualitaria.

Si respondiste "SÍ" a 5 preguntas o menos de, tienes cierto grado de machismo introyectado y probablemente sientas que debes obedecer a los hombres para no quedarte sola. Puedes cambiar ese comportamiento si comienzas a tratar a los hombres con más interés humano y menos interés económico.

Si respondiste "SÍ" a más de 10 preguntas, vale la pena que reflexiones sobre lo siguiente:

- El machismo es una forma cultural surgida de la desigualdad y la violencia. Si sueles sentirte sola con el hombre que eliges, si te gustan los "chicos malos", estás reforzando el comportamiento machista que desprecia lo femenino; así que, por más bella y femenina que seas, eventualmente los hombres te tratarán como un objeto y no como una humana con necesidades emocionales reales.
- Las mujeres que viven con los hombres por puro interés económico suelen vivir más deprimidas, se sienten inadecuadas, suelen gastar mucho dinero en cirugías plásticas e intervenciones para verse perfectas.
- Cada vez que una mujer culpabiliza a otra por un acto de violencia sexual o de otro tipo por parte de un hombre pone en riesgo a miles de mujeres y a sí misma, sin importar cuántos privilegios tenga.
- Las princesas sólo existen en los cuentos; las pocas reales son esclavas de la política de la apariencia. Los varones que fingen ser príncipes azules tardan aproximadamente 3 años en mostrar su verdadero rostro de hombres normales. Esas relaciones falsas dejan a hombres y mujeres vacíos, deprimidos, solitarios, abandonados o resentidos.

Guía de lectura y cine

Ensayos en la red 

Campos Guadamuz, Álvaro. *Así aprendimos a ser hombres.* San José, Oficina de Seguimiento y Asesoría de Proyectos OSA, 2017. Puedes consultarlo de forma gratuita en <http//www.endvawnow.org/uploads/browser/files/This%20is%20How%20We%20Learned%20to%20be%20Men_Spanish.pdf>. Este material forma parte de la serie Pautas para facilitadores de talles de Masculinidad en América Central 1.

De Keijzer, Benno. *El varón como factor de riesgo: masculinidad, salud mental y salud reproductiva.* Puedes consultarlo de forma gratuita en <http://www.codajic.org/sites/www.codajic.org/files/El%20varon%20como%20factor%20de%20riesgo_0.pdf>.

El blog Autopsia, de Miguel Lorente contiene varias entradas relacionadas con estudios de género. Se encuentra disponible en <https://miguelorenteautopsia.wordpress.com/>.

El blog Kolectivo Poroto: varones por un nuevo modelo de sociedad contiene entradas con visión crítica acerca de la masculinidad impuesta por las estructuras patriarcales. Puedes consultarlo en <www.kolectivoporoto.cl>.

Libros 

Adichie, Chimamanda Ngozi. *Todos deberíamos ser feministas*, México, Literatura Random House, 2018.

Cacho, Lydia. *Esclavas del poder*, México, Debolsillo, 2015.

____, *Sexo y amor en tiempos de crisis*, México, Grijalbo, 2014.

Castañeda, Marina. *El machismo invisible regresa*, México, Taurus, 2007.

Katz, Jackson. *The Macho Paradox: Why Some Men Hurt Women and How All Men Can Help*, Illinois, Sourcebooks, 2006. (En inglés)

Lorente Acosta, Miguel. *Los nuevos hombres nuevos*, Barcelona, Destino, 2009.

____, *El rompecabezas: anatomía del maltratador*, Barcelona, Crítica, 2006.

____, *Tú haz la comida, que yo cuelgo los cuadros*, Barcelona, Crítica, 2014.

Lozano, Mabel. *El Proxeneta: la historia de un proxeneta.* Barcelona, Alrevés, 2017.

Perry, Grayson. *La caída del hombre: Una guía pormenorizada para la necesaria actualización del sistema operativo de la masculinidad*, Barcelona, Malpaso, 2018.

Ritxar Bacete. *Nuevos hombres buenos: la masculinidad en la era del feminismo.* Barcelona, Península, 2017.

Varela, Nuria. *Feminismo para principiantes*, Barcelona, B, 2013.

Woolf, Virginia. *Una habitación propia*, Barcelona, Austral, 2017.

Películas 

Padre Padrone (1977), de los hermanos Taviani. Padres crueles hijos que sobreviven.

Chevalier (2015), de la directora Athina Rachel Tsangari. Un drama satírico en que un grupo de hombres se encuentra atrapado en un barco en medio del mar Egeo. Allí descubrirán, entre competencias sobre su masculinidad, sus miedos y el costo de pertenecer a la manada.

El Club (2015), de Pablo Larraín. La pederastia contra los niños y el papel que los hombres de poder eclesiástico juegan en la protección de los criminales.

North Country o *Tierra Fría* (2005), de Clara Bingham, con Charlize Theron. El acoso sexual y la incredulidad de una comunidad.

The Square (2017), de Ruben Östlund. Esta película, que le dio la Palma de Oro al director sueco, es una metáfora sobre el miedo masculino, la crisis matrimonial y el vacío existencial de un hombre que cree que lo tiene todo.

The Work (2017), documental de Jairus McLeary y Gethin Aldous.

Chicas Nuevas 24 horas (2015), documental de Mabel Lozano sobre la masculinidad y la trata de personas.

Mujeres del Siglo xx (2016), de Mike Mills. Con Annette Bening y Lucas Jade Zumann. Un filme que explora la búsqueda personal de un chico adolescente entre una familia feminista y un mundo machista y violento.

Tomboy (2011), de la francesa Céline Sciamma. Una película que muestra la dureza de la construcción de la mascu-

linidad en la infancia a través de la mirada de una pequeña niña que decide hacerse pasar por un niño.

Happy Together (2011), de Wong Kar-wai, explora las dificultades de una pareja de hombres enamorados que se enfrentan a reproducir los roles machistas y hembristas en el amor.

Te doy mis ojos (2003), de Iciar Bollaín, con Luis Tosar, aborda la violencia extrema en la pareja.

Sólo mía (2001), de Javier Balaguer, con Paz Vega y Sergi López, es una comedia romántica en la que se revelan los celos y el daño que el machismo hace a los hombres y su vida amorosa.

La teta asustada (2009), de Claudia Llosa, es una película peruana que explora la violencia sexual en tiempos bélicos. Basada en la narración de un padre sobre cómo las hijas sobreviven mutiladas emocionalmente frente al sufrimiento paralizante de sus padres durante la guerra.

No soy un hombre fácil (2018), de Éléonore Pourriat, con Vincent Elbaz y Marie-Sophie Ferdane, es una comedia francesa sobre cómo funcionaría el mundo si las mujeres fueran machistas y los hombres estuvieran sometidos a las reglas de la femineidad actual. En Netflix la encuentras como *I am not an easy man*.

Acusados o The Accused (1988), de Jonathan Kaplan, es un filme judicial basado en la vida real y escrito por Tom Topor. Jodie Foster ganó el Oscar por su interpretación de una joven víctima de una violación tumultuaria. Este clásico muestra las alianzas con los violadores y la valentía de quienes protegen a las víctimas.

Bibliografía

Brock-Utne, Birgit, "A Gender Perspective on Peace Education and the Work for Peace", en *International Review of Education / Internationale Zeitschrift Für Erziehungswissenschaft / Revue Internationale de l'Éducation,* vol. 55, núms. 2-3, mayo de 2009, pp. 205-220, doi:10.1007/s11159-008-9122-z.

Bronfenbrenner, Urie, *The Ecology of Human Development,* Cambridge, Harvard University Press, 1981.

Connell, Robert W., Michael Kimmel y Jeff Hearn (eds.), *Handbook of Studies on Men and Masculinities,* Londres, Sage Publications, 2004.

Freire, Paulo, *Pedagogía del oprimido,* 2ª ed., México, Siglo XXI Editores, 2005.

———, *Pedagogía de la autonomía,* 11 ed., México, Siglo XXI Editores, 2006.

Furlong, Gary T., *The Conflict Resolution Toolbox: Models and Maps for Analyzing, Diagnosing, and Resolving Conflict,* Ontario, Wiley, 2005.

Gómez Nashiki, Antonio, Úrsula Zurita Rivera y Sergio López Molina, *La violencia escolar en México,* México, Cal y Arena, 2013.

Harris, Ian M., y Mary Lee Morrison, *Peace Education,* 3ª ed., Carolina del Norte, McFarland, 2013.

Johnson, David W., y Roger T. Johnson, *Cómo reducir la violencia en las escuelas,* Buenos Aires, Paidós, 2010.

Kimmel, Michael, *Gayland: The Perilous World Where Boys Become Men*, Nueva York, Harper Collins, 2008.

Lagarde, Marcela, *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas,* México, UNAM, 2011.

Lamas, Marta, *Feminismo: transmisiones y retransmisiones*, México, Santillana, 2006.

Lorente Acosta, Miguel, *Tú haz la comida que yo cuelgo los cuadros: trampas y tramposos en la cultura de la masculinidad*, Barcelona, Crítica, 2014 (Ares y Mares).

Lozano Verduzco, Ignacio, "Violencia de género masculina: la experiencia de hombres en procesos re-educativos", Género y Desarrollo, A. C., documento disponible en línea en <www.gendes.org.mx>.

Mass, Peter, "It's Time to Wage War Against War Movies that Glorify Outdated Models of Masculinity" en *The Intercept*, 27 de enero de 2018. Disponible en <https://theintercept.com/2018/01/27/12-Strong-war-movies-masculinity/>.

Mirra, Carl, "Countering Militarism through Peace Education", en Monisha Bajaj (ed.), *Encyclopedia of Peace Education,* Charlotte, Carolina del Norte, Information Age Publishing, 2008, pp. 25-31.

Mishna, Faye, *Bullying. A Guide to Research, Intervention, and Prevention,* Nueva York, Oxford University Press, 2012.

Noddings, Nel, *Education and Democracy in the 21st Century,* Nueva York, Teachers College Press, 2013.

Rosenberg, Alyssa, "Brett Ratner and Hollywood's Next Big #MeToo Test" en *The Washington Post*, 12 de abril de 2018. Disponible en <http://www.washingtonpost.com/news/act-four/wp/2018/04/12/brett-ratner-and-hollywoods-next-big-metoo-test/>.

Sanmartín, José (ed.), *El laberinto de la violencia. Causas, tipos y efectos*, Barcelona, Ariel, 2004.

Sensibilización en masculinidad y violencia de género. Guía metodológica, Estado de México, Consejo Estatal de la Mujer y Bienestar Social-Secretaría de Desarrollo Social, 2011; disponible en <http://cedoc.inmujeres.gob.mx/ftpg/EdoMex/edomex_meta8_2011.pdf>.

Suárez Díaz Barriga, Eduardo, *Educar en paz y para la paz. Fundamentos para un modelo educativo,* Aldea para la Paz, CIAM Cancún, s.f.

«Mediante la educación decidimos si amamos a nuestros hijos lo bastante como para no arrojarlos de nuestro mundo y librarlos de sus propios recursos, ni quitarles de las manos la oportunidad de emprender algo nuevo, algo que nosotros no imaginamos lo suficiente como para prepararlos para la tarea de renovar el mundo.»

Hannah Arendt